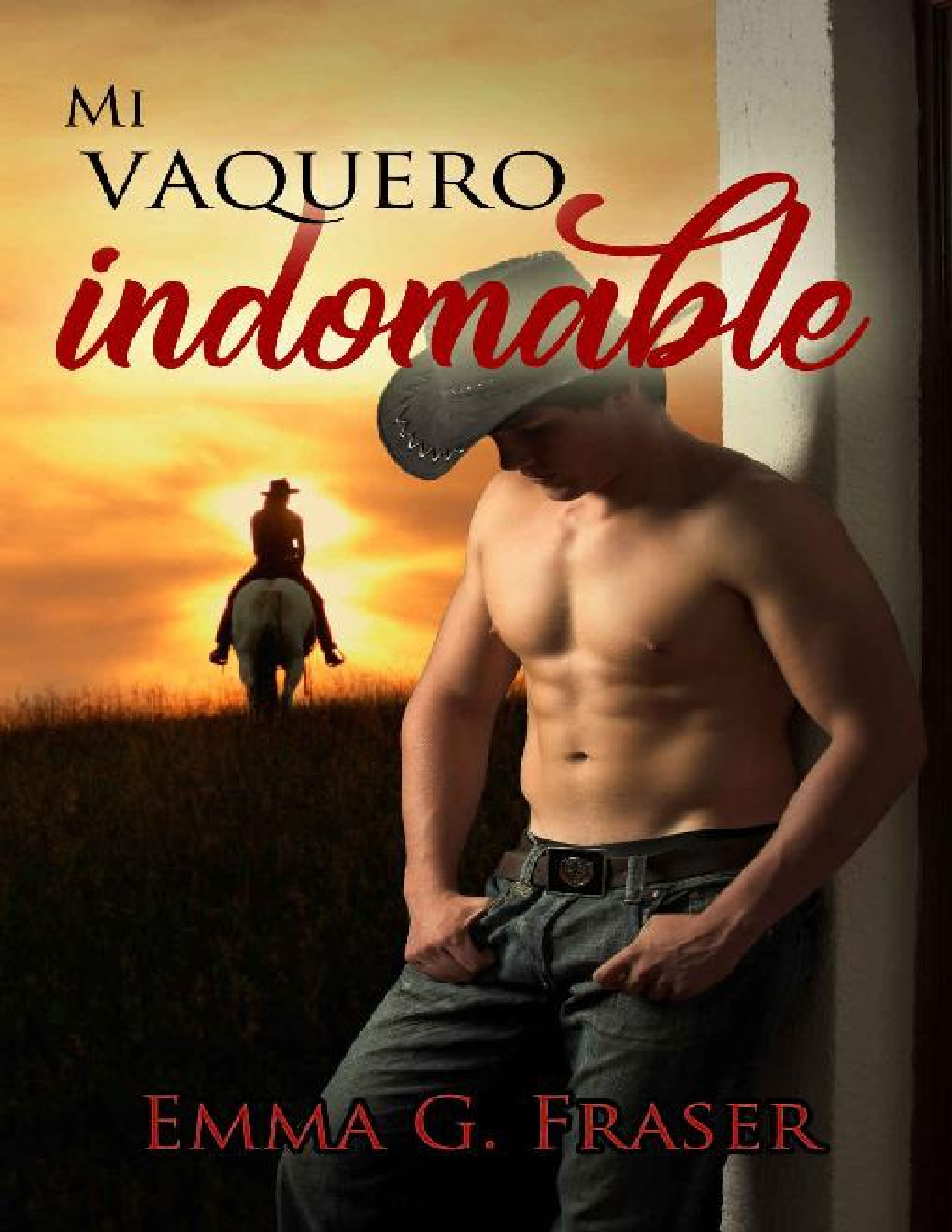


MI
VAQUERO

indomable

EMMA G. FRASER



© Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático, sea esta electrónica, mecánico, por fotocopias, por grabación y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo del autor.

Título: Mi vaquero indomable.

©Emma G. Fraser, 2019.

Diseño de la portada: Ana B. López.

Corrección del texto y maqueta: Ana B. López.

Imagen tomada de Depositphotos.

MI
VAQUERO
indomable



Emma G. Fraser

PRÓLOGO



Año 2005, Brady (Texas)

Con tan solo diez años, Emelie Clark abandonaba, aquel soleado día de junio, el único lugar que conocía. Jamás había salido de Brady, un pequeño pueblo del estado de Texas, en donde su padre había criado ganado durante años. Finalmente, su progenitor había decidido abandonar la casa en la que habían vivido tantos años para marcharse a la ciudad, a Houston, con la intención de buscar una vida más tranquila y un trabajo más remunerado que el ganado. En lugar de vender su rancho, habían decidido dejarlo y venderlo si en alguna ocasión necesitaban el dinero que pudieran conseguir con su venta.

Emelie echó un último vistazo a su hogar mientras su padre cerraba por última vez la valla de hierro que separaba el camino de la casa principal. Jamás olvidaría la que había sido su casa durante su niñez, ni tampoco al único niño con el que había entablado una preciosa amistad, Michael Jones, y que vivía justo al lado de su rancho. Con él había aprendido muchísimas cosas sobre los animales, pues era el único al que no le importaba contestar a sus incansables preguntas. Siempre se había interesado mucho por el cuidado de los animales y su padre había estado muy ocupado con el ganado como para contestar a todas y cada una de sus preguntas. Por eso, siempre llevaría en su memoria a Michael Jones, quien, además, había sido el primer chico con el que se había besado. Había sido un beso casto y sin apenas valor para ambos, pero el simple hecho de ser su primer beso haría que lo recordara para siempre. Sin duda alguna, lo echaría de menos.

La niña miró hacia atrás cuando el coche de su padre se puso en marcha con la esperanza de ver por última vez a Michael. Sin embargo, el joven no apareció por ningún lado para despedirse de ella. El día anterior se había marchado enfadado cuando le comunicó que sus padres habían decidido mudarse a Houston.

—Espero que seas muy feliz en tu ciudad —le había gritado antes de

alejarse corriendo.

Emelie intentó detenerlo, sin embargo, la tristeza la invadió cuando se dio cuenta de que probablemente sería la última vez que lo viera en muchos años, y no estaba preparada para ello.

—Nunca te olvidaré —susurró ella cuando se quedó sola mirando el camino por el que Michael había desaparecido.

Por eso, no se extrañó ver el camino desierto cuando echó un último vistazo hacia el rancho de Michael. Una lágrima solitaria corrió por su mejilla al recordarlo y se juró a sí misma no volver a pensar en aquel chico, que había sido el primero en romperle el corazón por su desplante.

Tampoco pudo mirar de nuevo hacia su rancho, aquel en el que había dejado millones de buenos recuerdos, donde había comenzado a apreciar a los animales y a disfrutar de la vida y la libertad que le proporcionaba el rancho. Y fue en ese momento cuando decidió que quería dedicar su vida a los animales, ya que solo así sería capaz de recordar lo vivido durante diez años en Brady.

CAPÍTULO 1



Año 2018, Brady (Texas)

El día había amanecido soleado y ya calentaba el brazo de Michael a través de la ventanilla del coche. El joven se encaminaba hacia un mercado de venta de reses para intentar recuperar el dinero que había invertido durante todo el invierno para seguir manteniendo el ganado que su padre le legó antes de morir. Estaba pasando por la peor época de su vida: había perdido a su padre tras una larga enfermedad en la que cayó cuando la madre de Michael murió; además, varios de sus proveedores no querían ir al pueblo, puesto que gran parte de los ranchos de Brady habían sido vendidos junto con los ganados y ya no se dedicarían a la ganadería, por lo tanto, los proveedores perdían dinero si enviaban sus camiones a ese pueblo.

Michael había recibido la misma oferta que los demás rancheros para vender el legado de su padre, sin embargo, no deseaba deshacerse de ello, ya que toda su vida había vivido en ese lugar y no quería venderlo. El ganado y el rancho eran su vida y no conocía otra forma de subsistencia.

El joven llegó a las afueras de Brady, donde se celebraba la pequeña feria de ganado. Sin embargo, aquel año era muy diferente: tan solo se presentaron tres ganaderos, y uno de ellos era él, por lo que pensó que sería una gran suerte para su negocio por la falta de competencia.

Aparcó la vieja camioneta roja a la entrada de la feria y se bajó de ella. A esa hora de la mañana, la afluencia de gente era prácticamente nula. Cogió el sombrero de la parte de atrás de la camioneta y se lo colocó sobre la cabeza. Su pelo moreno brillaba con el sol. Debido al calor, parte de su camisa se encontraba desabrochada, lo cual dejaba a la vista la anatomía de su pecho, el cual se encontraba curtido por el sol y por el esfuerzo de tantos y tantos años de duro trabajo en el rancho. Se ajustó la cintura del pantalón vaquero antes de encaminarse hacia el centro de la feria. Iba acompañado de la enormidad de su sombra sobre la tierra. Bajo el sombrero podía verse una mirada feroz de

color marrón, una nariz chata -único recuerdo de su madre-, una mandíbula cuadrada que siempre se encontraba en tensión y unos labios gruesos en los que normalmente había un mohín enfadado.

Caminó con paso firme entre los pocos visitantes que miraban con avidez los puestos de comida basura que habían levantado a fin de ofrecer a los pocos visitantes algo de comida picante para pasar el día. Se dirigió hacia la parte oeste de la feria en la que solían colgar un tablón con los posibles compradores de reses que habían visitado el pueblo a fin de hacerse con un buen ganado para participar en competiciones. Allí se encontró con los otros vendedores. Los conocía de toda la vida y habían sido muy buenos amigos en otros tiempos, pero desde que Aarón Walker había aparecido en el pueblo para comprar prácticamente todo a su paso, la amistad entre los tres se había enfriado. La competencia había aumentado y los tres querían derrocar a los demás para quedarse con las ventas a gran parte de las empresas de los alrededores.

A Michael nunca le había gustado competir por algo. Deseaba una vida tranquila, ajena al tira y afloja de los demás, pero si lo que deseaba el resto era arruinarlo, no estaba dispuesto a dejarse vencer. Si algo lo caracterizaba era su obstinación y valentía a la hora de tomar decisiones para su vida. Y sabía que la decisión de quedarse con el rancho era la más complicada y posiblemente la más delicada a la que se había enfrentado en toda su vida.

Sin embargo, allí estaba aquel caluroso día intentando por todos los medios vender sus reses para salvar parte de los pagos a los que debía hacer frente. Los tres vendedores que quedaron apartados los unos de los otros, cada uno metido en sus propios pensamientos para intentar buscar las palabras exactas con las que convencer al comprador de ganado.

Pasó una media hora larga hasta que por fin apareció el único comprador que visitó aquella feria, y su presencia no pudo sino enfurecer y sorprender al mismo tiempo a Michael, ya que no era otro que Aarón Walker, el millonario que se había hecho con casi todos los ranchos del pueblo. Michael lo miró preso de la ira de arriba abajo. Se trataba de un hombre que rozaba la cincuentena, pero su pelo blanco le hacía parecer aún más viejo de lo que en realidad era. Sus ojos eran de un color tan oscuro que en ocasiones parecían negros y sobre ellos unas pobladas cejas acababan en un ceño siempre fruncido. Su nariz aguileña reposaba sobre una boca cuyos labios eran tan finos que apenas se apreciaban incluso a corta distancia. Una pequeña cicatriz

cruzaba su boca, fruto, según los vecinos del pueblo, de una res en su juventud. Vestía traje negro con corbata del mismo color y la camisa era de un tono marrón oscuro.

Michael no entendió por qué vestía con ese traje a pesar de hacer un calor de mil demonios ese día, ya que habían entrado en la época de más calor en Texas, y él apenas podía respirar con su simple camisa.

Aarón los miró a los tres y dijo tan solo estas palabras:

—Ya sabéis lo que quiero —sentenció con voz enigmática.

Los otros dos compradores se miraron entre ellos. Michael dio un paso hacia atrás, pues no estaba dispuesto a vender su rancho bajo ningún concepto, y menos a ese engreído que se estaba haciendo con todas las casas del pueblo. El joven negó con la cabeza al tiempo que los otros vendedores se replanteaban si finalmente debían vender sus tierras y marcharse del pueblo a buscar otro modo de vida.

Sin embargo, Michael tenía muy claro lo que quería hacer: él iba a quedarse con su hogar, su modo de vida, su tranquilidad y su soledad. No obstante, la risa sarcástica de Walker le taladró los oídos y deseó partirle la cara en ese momento.

—¿Cómo vas a apagar tus deudas, Jones? —le preguntó con una sonrisa en la cara.

—Eso no te importa, Walker.

El aludido asintió sin quitar la sonrisa y le dijo:

—Al final venderás.

—No estés tan seguro —sentenció Michael antes de darse la vuelta y regresar a su camioneta por el mismo camino que había recorrido hasta llegar al puesto de venta.

Cuando se había alejado unos pasos, escuchó a los vendedores que habían acudido a la feria con la misma intención que él.

—Está bien, Walker. Vendemos.

Michael apretó los puños con fuerza. Cada vez había menos rancheros en Brady con los que unirse para hacer fuerza contra la entrada de Walker en el pueblo. Se estaba quedando solo, y sabía que si no vendía sus reses a nadie, jamás podría pagar las deudas que acumulaba por intentar seguir adelante con el negocio de su padre.

Con paso firme, Michael regresó a su coche. No tenía humor para aguantar la sonrisa de los feriantes, pues estaba seguro de que también estaban

comprados por Walker. Entró en su furgoneta deprisa y cerró dando un sonoro portazo. Solo entonces se permitió soltar todo el aire contenido desde que había hablado con su mayor enemigo en el pueblo. Con rabia, dio un puñetazo contra el volante, descargando así la frustración que sentía al ver que toda su vida pendía de un hilo y de una de las mayores decisiones de su vida.

—Maldito sea —dijo antes de arrancar y pisar el acelerador con fuerza para salir de allí cuanto antes.

Habían pasado trece años desde que Emelie vio por última vez el que había sido su hogar. Desde que se habían marchado a Houston no había vuelto a pisar aquel rancho en el que había pasado su niñez, sin embargo, parecía que había sido ayer cuando se fueron. Y ahora, trece años después, volvía a estar en la reja de entrada al rancho y con una maleta en la mano.

Habían pasado muchísimas cosas durante esos años de ausencia. Su madre murió poco después de llegar a Houston y su padre, después de una larga enfermedad, la había dejado huérfana hacía solo un mes. A pesar de tantas vivencias, Emelie se sentía sola, como una niña abandonada que no sabe hacia dónde debe ir y qué debe hacer. Por eso, lo primero que había pasado por su mente cuando se quedó sola fue regresar al rancho de acababa de heredar de sus padres.

Emelie ya era una mujer de veintitrés años de edad que acababa de licenciarse como veterinaria en la Universidad de Houston. Había sido la primera de su promoción y estaba preparada para iniciar su carrera profesional en el mundo veterinario, sin embargo, su corazón le había pedido primero tomarse unas semanas de descanso antes de regresar a la ciudad donde había crecido y decidir si se quedaba con la beca que le habían ofrecido dentro de la propia universidad.

Aquella niña tímida que había dejado Brady con solo diez años se había convertido en una mujer muy atractiva que había tenido mucho éxito entre sus compañeros de clase, aunque ella siempre se había dedicado a estudiar sin darle importancia al amor. Su larga cabellera morena reposaba suelta sobre su espalda, aunque cuando el calor comenzó a agobiarla, decidió atar su pelo con una goma que siempre llevaba en su muñeca derecha. Sus ojos verdes y grandes resaltaban sobre su piel sorprendentemente pálida, especialmente por vivir en Houston y no tener una sola gota de bronceado en su rostro. Su nariz era pequeña y chata y sus labios gruesos y rosados le hacían parecer una muñeca de porcelana.

La joven vestía unos vaqueros cortos que dejaban ver sus firmes y delgadas piernas. Y completaba su vestimenta con una simple camiseta básica de color blanco, al igual que sus zapatillas.

La joven respiró hondo y agarró con fuerza su maleta. Después abrió la reja, no sin dificultad debido a los años de abandono, y entró en su rancho. Emelie sintió una sensación de nerviosismo y emoción al estar de nuevo allí, y un aluvión de recuerdos la invadió por completo, provocando que la joven sintiera ganas de llorar. Sin embargo, alejó esos pensamientos y se aproximó a la deteriorada casa. El paso de los años había hecho mella en las ventanas y el tejado, sin embargo, estaba segura de poder arreglarlo poco a poco antes de ponerlo a la venta.

Se aproximó hacia la entrada y se fijó más detenidamente en la casa. Esta estaba construida, al igual que las demás, con madera. Tenía ocho escalones, muy deteriorados, para llegar a la puerta de entrada. Se fijó en las seis columnas de estilo corintio de las que su madre se acordaba constantemente, pues había sido una enamorada del estilo griego. Los tablones de madera de las cuatro ventanas estaban muy podridos debido al paso del tiempo y al poco cuidado que le había dedicado su padre al rancho durante todos esos años. Lo único que parecía estar en buen estado era la puerta de entrada, que no tenía tanta carcoma como pensaba en un principio.

Sobre el portal de la entrada pendía un farol, cuyos cristales estaban rotos y parecía no tener bombilla. Las ventanas del piso superior estaban tan mal o incluso más deterioradas que las de abajo, pues esas no estaban protegidas por el porche de madera. En este aún se podían ver el par de sillas y sofá de madera que su madre había dejado allí, pues no cabían en el camión de mudanzas. Emelie sonrió al verlas, ya que las recordaba como si fuera ayer la última vez que se había sentado sobre ellas.

La joven se fijó en la chimenea, que parecía estar en perfecto estado, aunque seguramente debería llamar a algún deshollinador para limpiarla a fondo antes de ponerla a la venta.

Con lentitud, la joven se aproximó a la puerta y sacó la llave del bolsillo de su pantalón. Hacía muchísimo calor y deseaba entrar en la casa para darse una ducha fresca y ponerse ropa limpia antes de dar un paseo por el pueblo.

La puerta se abrió fácilmente y la joven torció el gesto cuando los goznes de la misma chirriaron de forma molesta después de tanto tiempo sin ser engrasados. Una nube de polvo la recibió. Sin lugar a dudas, tenía mucho

trabajo por delante antes de dejar la casa habitable para pasar allí los días que hicieran falta antes de arreglar todos los papeles de la muerte de su padre.

Le sobrevino un ataque de tos y se dirigió directamente a las ventanas para abrir los cristales y así dejar paso al aire fresco, pues el olor a cerrado que la recibió le provocó náuseas. Después echó un vistazo al espacio diáfano de la casa. Sonrió al recordar lo que le gustaba correr de un lado para otro del salón. Se trataba de un espacio abierto en el que podía encontrar la cocina y el salón en la misma habitación, tan solo había una pared tras la cual había un amplio baño que daba a la parte trasera del rancho.

Emelie se aproximó a los pocos muebles que sus padres habían decidido dejar allí. Sobre ellos había unas sábanas blancas llenas de polvo, que no tardó ni un segundo en quitar del medio y sacarlas de la casa por una de las ventanas. Los sofás y sillones de color verde terciopelo de su madre le trajeron más recuerdos a su memoria, ya que allí su madre siempre le contaba todos los cuentos que de joven le pedía.

Después se dirigió a la parte en la que se encontraba la cocina para echar un vistazo al contador de luz y activar la red eléctrica en la casa. Al instante, un par de luces se encendió sobre los muebles de cocina. Estos eran de madera gastada por el tiempo y el uso y sobre ellos había una encimera de piedra. Abrió el grifo para comprobar que hubiera agua, y en efecto, sus padres nunca habían cortado el suministro, algo que agradeció enormemente en ese momento, pues estaba deseando darse una ducha.

Comprobó que el horno y el microondas de sus padres aún seguían ahí y sonrió al pensar que esa misma noche comería una pizza sentada en el sofá contemplando el fuego de la chimenea como cuando era pequeña. Tan solo faltaban sus padres. Suspiró tristemente. Se había quedado huérfana demasiado joven. Sin embargo, su padre siempre la educó para que fuera una mujer fuerte, valiente e independiente. Por eso había decidido regresar al lugar en el que guardaba sus mejores recuerdos.

Con decisión, llevó las maletas al piso de arriba. Quería saber en qué estado se encontraba la cama de sus padres y la bañera para poder quitarse al fin el polvo del camino. Comprobó con alegría que el dormitorio de sus padres no tenía tanto polvo como el piso inferior. Quitó la sábana que cubría la cama y se dedicó rápidamente a ponerle unas sábanas limpias que llevaba en la maleta. Después, tras colocar la ropa en el armario, escogió unos shorts iguales a los que llevaba puestos y una camiseta que le quedaba por encima

del ombligo. Con ese calor tan asfixiante de junio no quería llevar ropa que se le pegara tanto al cuerpo para darle aún más calor.

Cuando el agua corrió por sus hombros y mojó su cabeza, Emelie suspiró aliviada. Por fin se sentía limpia y descansada y con ganas de salir de casa para dar una vuelta por el que había sido su pueblo en su niñez. Además, de esta manera, podría encontrar algún comprador en el pueblo o alguien que estuviera interesado en su rancho.

Después de secar su cuerpo, la joven se vistió de prisa, pues las ansias por ver cómo había cambiado el pueblo podían con ella y no era capaz de estar un minuto más dentro de la casa. Decidió que más tarde limpiaría tanto polvo acumulado de años y acondicionaría todo para su posible venta, así que se calzó de nuevo sus zapatillas blancas y salió de su casa en dirección a la valla que conectaba el rancho con el camino principal.

Tras dejar la reja cerrada, se encaminó con tranquilidad hacia el centro del pueblo. Su rancho se encontraba algo apartado de Brady, pero podía llegar caminando en unos veinte minutos. Cuando por fin se alejó del vallado de su rancho, se encontró con otra valla en la que había numerosas reses de toros. Si no se equivocaba, aquel era el rancho de la familia del que había sido su amigo en su niñez, Michael Jones. A pesar del paso de los años, no había podido olvidar el rostro de su amigo. Desde que lo conoció no solo lo trató como un amigo íntimo, sino que había tenido ciertos sentimientos hacia él que iban más allá de la amistad. Sonrió al pensar en ese amor de juventud, qué tonta había sido al pensar que el gran Michael Jones iba a poner sus ojos sobre ella a pesar de haberse dado un casto beso poco antes de su marcha. Aún recordaba la última vez que lo había visto y sus palabras llenas de rencor llegaron a su mente: “Espero que seas muy feliz en tu ciudad”. La amargura con la que se habían despedido le hizo daño durante mucho tiempo, sin embargo, decidió que lo mejor era olvidar a ese chico para seguir con su vida, pues estaba segura de que jamás volvería a verlo. Y ahora se encontraba apoyada en el vallado del rancho del joven, aunque no sabía si aún pertenecía a su familia o bien se habían marchado también del pueblo.

Le picó la curiosidad y con una sonrisa en los labios se dirigió hacia la reja que abría la entrada al rancho, que se encontraba abierta. La empujó con suavidad, como si tuviera miedo de enfrentarse a una parte de su pasado, y se alejó varios metros para aproximarse a las reses que pastaban tranquilamente. La joven frunció el ceño al ver que había más reses de las que recordaba, por

lo que no estaba segura de que aquel rancho siguiera perteneciendo a la familia Jones.

Al no ver a nadie cuidando de los animales, se apoyó en la valla y se dedicó íntegramente a admirar la belleza de los toros. Sabía que el padre de Michael se había dedicado a los toros para luego venderlos en los diferentes concursos que había a lo largo y ancho del estado de Texas. El negocio siempre les había ido muy bien, pero le dio la sensación, debido al deterioro de la casa y del granero, de que las cosas no iban como antes. Incluso tuvo el presentimiento de que varios toros tenían aspecto enfermizo.

La admiración y tranquilidad que le desprendían las reses provocó que la joven perdiera la noción del tiempo y no supiera cuánto había pasado hasta que escuchó una voz atronadora detrás de ella que provocó que diera un brinco y se diera la vuelta para quedarse totalmente a cuadros.

CAPÍTULO 2



Michael regresaba a su rancho con un cabreo de mil demonios. No veía la forma de salvar el negocio que había heredado de su padre si no era vendiendo todo a Aarón Walker. Su orgullo le impedía vender después de haberse opuesto a ello durante tantos meses y con tanto ahínco. No podía ceder ahora que pensaba agotar todas las posibilidades que hubiera para salvar su negocio y su casa.

Michael pisó el acelerador con fuerza, tal y como lo hacía cada vez que estaba en tal estado de nerviosismo y enfado. Miró por el retrovisor y vio que tras él se levantaba una inmensa nube de polvo, pero no le importó. Solo quería llegar a casa y descansar antes de volver a pensar en otra vía de escape. En la distancia vio por fin su rancho y volvió a pisar aún más el acelerador, sin embargo, vio que alguien se tomó la libertad de abrir la reja del mismo y entrar como si aquella fuera su casa.

Vio que se trataba de una mujer a la que no conocía de nada y la vio aproximarse hacia los toros. Su enfado aumentó considerablemente y frenó el coche casi de golpe.

—¿A dónde cree que va? —preguntó a la nada mientras la miraba en la distancia.

Bajó del coche y se acercó lentamente hacia su rancho. Estaba a solo unos metros de la valla cuando decidió pararse un momento y observarla. La joven estaba de espaldas a él, pero aún así calculó que tendría la misma edad de él. El pelo ondeaba suelto a su espalda y aún estaba mojado por la ducha que se había dado hacía solo unos minutos. Las piernas torneadas de la joven llamaron su atención y, por un momento, deseó tocarlas y acariciarlas, pues hacía tanto tiempo que no había estado con una mujer que apenas recordaba el tacto suave de su piel. Sin embargo, desechó ese pensamiento al instante, volviendo a sentir la misma rabia o más que antes.

Michael se aproximó cada vez más rápido hacia la joven al tiempo que

vociferaba:

—¿Quién demonios eres y qué haces en mi casa?

Su tono imperativo y su voz ronca provocaron un escalofrío en Emelie, que se giró de golpe para ver que se aproximaba a ella el hombre más atractivo que había visto jamás. A pesar de ser solo unos segundos, la joven no pudo evitar fijarse en la altura del hombre y su complexión extremadamente fuerte. Su pelo moreno estaba peinado hacia un lado, aunque la energía con la que se acercaba a ella provocó que se despeinara. En la distancia pudo ver que tenía los ojos marrones y la nariz achatada, además de unos labios gruesos que mostraban un mohín enfadado. Sin lugar a dudas, se trataba de Michael, aunque había cambiado mucho a lo largo de todos esos años. Su físico había mejorado, pero aquella rudeza con la que se dirigió a ella no tenía nada que ver con el Michael que había conocido.

Emelie no pudo evitar sentir un cierto temblor de miedo al verlo acercarse a ella con tanta rapidez que no tuvo tiempo de apartarse antes de que la fuerte mano de Michael rodeara su brazo para sacarla de allí a rastras.

—Si el cabrón de Walker te envía para convencerme de que venda mi casa, ya puedes decirle que sigo pensando lo mismo —dijo mientras intentaba sacarla a rastras de su rancho.

—¿Se puede saber de qué me estás hablando? —preguntó Emelie sin saber lo que ocurría.

La joven intentaba deshacerse de su amarre, pero la fuerza de Michael era aún más fuerte.

—Yo solo he venido aquí a... —intentaba explicarse la joven.

—A tocarme los cojones —vociferó Michael—. Estoy harto de decirlos que no pienso vender mi rancho. Me parece perfecto que compréis todo el pueblo, pero no pienso irme de mi casa.

Michael la empujó sin miramientos fuera de la finca y la dejó allí sola intentando explicarse y aclarar las cosas. Emelie se llevó la mano hacia el brazo, allí donde aquel joven la había agarrado. Le habría gustado explicarle quién era y qué quería, pero vio que el carácter de su amigo había cambiado por completo, volviéndose una persona agria que no atendía a razones.

—Será gilipollas... —dijo para sí antes de darse media vuelta y marcharse a su casa, enfadada.

Al día siguiente de su desencuentro con Walker y la joven que había invadido su rancho, Michael despertó sobresaltado. En su sueño había

aparecido de nuevo el rostro de aquella joven que le recordaba a alguien, pero que a pesar de intentar descubrir a quién, no había manera de hacerlo. Aquella expresión dulce la conocía, pero su memoria no estaba por la labor de descubrirlo.

El joven suspiró profundamente. Su vida había dado un giro tremendo en muy poco tiempo. Desde la muerte de su padre había llevado bastante bien el negocio familiar, sin embargo, desde que Walker había aparecido en el pueblo para comprar prácticamente todo, su vida había cambiado por completo. Ya nadie le quería comprar las reses para los campeonatos, ni siquiera se pasaban posibles compradores por Brady, ya que no les merecía la pena, puesto que todo el mundo de los alrededores conocía las intenciones de Walker de hacerse con todo el pueblo.

Michael se levantó con la misma desgana de todos los días. Sentía miedo de mirar a través de la ventana de su cuarto hacia las reses que pastaban tranquilamente, pues sabía qué iba a encontrarse: más de una muertas. No sabía qué demonios estaba ocurriendo con su ganado. Todos los días morían una o varias reses y nadie era capaz de darle una explicación para eso.

Se dirigió completamente desnudo hacia el armario y se puso unos tejanos ya raídos por el paso del tiempo y una camisa de cuadros. Después, temiéndose lo que ya sabía, se asomó por la ventana y, efectivamente, había al menos un par de toros muertos cerca de la valla.

—Maldita sea —susurró.

Con un resoplido, Michael salió de su dormitorio y bajó las escaleras casi corriendo. Se dirigió directamente hacia la cerca y comprobó que únicamente había muertas esas dos reses. A pesar de eso, suspiró aliviado, ya que aún le quedaban muchísimos toros para vender.

Se quedó unos momentos mirando a los animales muertos y se preguntó si aquellas misteriosas muertes tenían algo que ver con la amenaza de Walker para que finalmente acabara cediendo y vendiendo su rancho. Su padre jamás había perdido un solo toro en aquellas condiciones y él tampoco hasta que aquel ricachón llegó al pueblo. Sin embargo, no tenía pruebas para ir a la policía y denunciarlo. Además, estaba seguro de que el mismo Walker había comprado al comisario para que dirigiera la vista hacia otro lado mientras él se hacía con el pueblo lentamente.

Al igual que otros días, cogió el teléfono para llamar al veterinario, sin embargo, tuvo una corazonada de repente. Pensó que le diría lo mismo de

siempre: “Mueren porque tienen que hacerlo”. Esas palabras nunca le habían dicho nada acerca de lo que realmente ocurría con su ganado, por lo que finalmente optó por guardar de nuevo su teléfono e ir directamente a la ferretería a comprar unas cuerdas gruesas con las que poder arrastrar a los animales fuera de la finca y llevarlos a donde pudieran cremarlos.

El joven se dirigió al interior de su casa y cogió las llaves de la furgoneta. Echó un vistazo hacia la cocina. Sabía que debía comer algo antes de comenzar el día, pero su estómago se le había cerrado al ver esas nuevas muertes. Fue de prisa hacia su furgoneta y pisó el acelerador con toda la rabia que sentía en ese momento al ver que había algo que se le escapaba de las manos.

Y luego estaba el problema de aquella fisgona que se había metido en su cabeza y no pensaba marcharse de allí a pesar de sus esfuerzos por centrar la mente en otra cosa...

Emelie se había levantado muy temprano esa mañana. Debía acondicionar la casa para su propio bienestar durante el tiempo que estuviera en Brady arreglando el papeleo de la muerte de su padre. Sin embargo, al mirar en el trastero, se dio cuenta de que su padre no había dejado ninguna caja de herramientas con las que poder arreglar las ventanas y goznes de las puertas. Buscó en todas y cada una de las cajas, pero no tuvo suerte, por lo que decidió ir a la ferretería a comprar una buena caja de herramientas y algunas cosas más que pudieran hacerle falta para los numerosos arreglos.

La gente del pueblo apenas había salido aún a la calle cuando la joven ya se encaminaba con su furgoneta hacia la tienda. Esperaba que ya hubieran abierto sus puertas, ya que no quería tardar demasiado y perder el tiempo mientras su casa se caía casi a pedazos.

La joven dejó la furgoneta aparcada en la misma puerta de la tienda. Esta ya se encontraba abierta y el dependiente estaba entretenido colocando el contenido de varias cajas que habían llegado recientemente a la tienda.

—¡Buenos días! —saludó la joven con entusiasmo.

Al instante, el joven se dio la vuelta y, tras reconocerla, en su rostro se dibujó una sonrisa auténtica.

—¿Emelie? ¿Emelie Clark?

El dependiente se ajustó las gafas para verla mejor de arriba abajo y comprobar que no se había confundido. La joven se quedó unos segundos sorprendida y lo miró intentando descubrir la identidad de su interlocutor.

—¿Nick? —preguntó casi con miedo por haberse equivocado de persona —. ¿Nick Taylor?

Cuando el aludido amplió su sonrisa y asintió con la cabeza, la joven no pudo sino abalanzarse sobre él para darle un estrecho abrazo.

—¡Cuánto tiempo! —dijo el joven apartándose de ella para mirarla mejor —. Has mejorado estos años, créeme.

Emelie sonrió y le dio un manotazo cariñoso en el brazo. Nick Taylor había sido, junto con Michael, uno de sus mejores amigos en la infancia. A lo largo de muchos años habían estado enviándose cartas, pero la distancia entre ambos finalmente venció y las cartas llegaban cada vez con más espacio de tiempo entre ellas hasta que, finalmente, dejaron de aparecer en sus buzones.

Sin embargo, Emelie sintió en ese momento que el tiempo no había pasado para ellos. Le había hecho inmensamente feliz ver esa mañana a un rostro conocido como Nick y que la tratara con normalidad, no como el imbécil de Michael, que la había echado a rastras de su rancho.

La joven sacudió la cabeza para quitarse de la mente el recuerdo de Michael y se centró en la persona que tenía enfrente.

—¿Qué te ha traído por aquí? ¿Quieres recordar viejos tiempos?

Emelie sacudió la cabeza lentamente.

—Mi padre murió hace poco y he heredado todo. Así que quiero hacer el papeleo necesario antes de marcharme y poner en venta el rancho.

—¿Sí? Ahora hay un ricachón que quiere comprar todos los ranchos de la zona. No sé para qué los quiere, pero está muy interesado en todos.

—Lo tendré en cuenta, Nick. Pero no me lo comprará si ve las condiciones en las que está. —Le señaló los pasillos de la tienda—. ¿Dónde puedo encontrar una caja de herramientas decente?

Nick se dirigió hacia uno de los pasillos y le indicó con los dedos que lo siguiera. La joven fue detrás de él al mismo tiempo que la campanilla de la tienda se escuchaba, indicando que alguien más entraba para comprar.

—¡Ahora voy! —dijo Nick alzando la voz para que el cliente lo oyera—. Esta es la mejor, preciosa. Además, por ser vieja amiga puedo hacerte precio.

—¿Sí? Entonces, me fío de tu palabra si es la mejor. El precio da igual, la verdad. Solo quiero que me salve de morir aplastada por una madera del techo.

Nick rio con su comentario y agarró la caja de herramientas para dirigirse hacia el mostrador y cobrarle.

—No será para tanto, preciosa —le dijo mientras se alejaba.

—Ya te digo yo que sí, amigo.

Emelie sonrió y echó un vistazo hacia las estanterías intentando pensar si necesitaba algo más de aquella tienda. Al mismo tiempo, caminaba sin mirar hacia el mostrador y cuando por fin estuvo a la altura de Nick, chocó contra una inmensa masa muscular que había en su camino. Este se encontraba de espaldas a ella y la joven no vio su rostro hasta que se dio la vuelta.

—Lo siento, no lo he visto... —se disculpó.

Cuando levantó la mirada y vio que se trataba de Michael, el corazón de Emelie dio un vuelco. Se dio cuenta de que Nick los miraba sonriendo de lado al tiempo que intentaba disimular su interés en ellos dos.

Michael frunció el ceño y la miró con odio. No podía creer que la mujer que le había robado el sueño esa misma noche estuviera enfrente de él en ese momento. Recordó el instante en el que la vio en su rancho tras haber entrado sin permiso y se dijo a sí mismo que aquella mujer estaba relacionada con Walker de alguna manera. Sin embargo, había algo en esos ojos que le recordaban a alguien, pero no lograba descubrir a quién.

—Podrías mirar por dónde vas... —le reprochó Michael con voz enojada.

—Ya te he pedido disculpas. Así que no tengo más que hablar —fue la respuesta de la joven mientras se aproximaba a Nick y sacaba la cartera del bolso para pagar.

—Ten cuidado, amigo —le advirtió Michael—. Cualquiera día te encontrarás a esta figoneando dentro de la tienda sin que te enteres.

El aludido abrió la boca sorprendido para contestar, pero Emelie le hizo un gesto con la cabeza para que callara. Después de volvió hacia Michael y le dijo:

—Tal vez me meta algún día en la tienda de mi amigo, pero tú puedes ir a meterte a la mierda, gilipollas.

Enfadada, Emelie pagó lo que Nick le había indicado en el ticket y salió de la tienda echa un basilisco. El día había comenzado bien, pero en ese momento sintió que se había torcido por completo. Pero ¿qué demonios le ocurría al que había sido su mejor amigo? ¿Acaso no la había reconocido esa segunda vez que se habían visto? ¿Tanto había cambiado su aspecto durante todos esos años que no era capaz de recordarla o simplemente estaba vengándose de ella por haberlo abandonado en Brady? El recuerdo de la última vez que lo vio le vino de nuevo a la mente. Sabía que le había hecho daño su partida, pero

consideraba que no debía tratarla como si fuera uno más de sus animales.

La joven cerró la puerta de la furgoneta con fuerza después de tirar con rabia la caja de herramientas en la parte trasera de la misma. Su enfado iba en aumento, y necesitaba calmarse primero antes de arrancar la furgoneta para regresar a casa. Sin embargo, no deseaba esperar unos minutos, ya que en cualquier momento podría salir de la ferretería Michael y la vería de nuevo. Además, no se sentía preparada para otro desencuentro más con él. Solo quería regresar a su casa y comenzar con las reparaciones. Por eso, después de varias inspiraciones y expiraciones, se sintió más calmada y arrancó.

Después, abandonó el centro de Brady para regresar al rancho. Sin poder evitarlo, la joven sintió una punzada de dolor en el pecho. Realmente había adorado en su juventud a Michael. Gracias a él había decidido estudiar Medicina Veterinaria. Y desde que había decidido volver al pueblo, había esperado el encuentro con él con tantos nervios como una adolescente enamorada. No obstante, el mal recibimiento por su parte le había bajo tanto los ánimos que no estaba dispuesta a decirle quién era. Si él no la había reconocido, no iba a decirle la verdad bajo ningún concepto.

Emelie no pudo evitar derramar unas cuantas lágrimas de pura rabia. Se había quedado sola en el mundo y la ilusión con la que había vuelto a Brady para reencontrarse con su propia juventud se había ido al traste. Pisó el acelerador casi sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, y sin fijarse que en el medio del camino había un solo clavo puesto adrede para que alguien cruzara por encima y se clavara en su rueda.

En el momento en el que ese clavo se incrustó por completo en la rueda, esta reventó y Emelie perdió el dominio de la furgoneta. La joven se agarró con fuerza al volante e intentó por todos los medios tomar el control de nuevo. Durante unos instantes pensó que iba a estrellarse contra el árbol que había justo unos metros más adelante, sin embargo, pudo controlar la furgoneta justo cuando esta se salió del camino y frenó de golpe.

La joven esperó unos momentos agarrada fuertemente al volante intentando recuperar el aliento después del susto inicial. El corazón le latía a mucha velocidad y necesitó cerrar los ojos unos instantes antes de salir del coche para ver qué demonios había ocurrido con la rueda.

Se quitó el cinturón despacio. Las manos aún le temblaban con intensidad y se bajó lentamente de la furgoneta. Se dirigió hacia la rueda delantera derecha y comprobó, para su sorpresa, que había un clavo muy largo clavado en la

misma.

—Pero ¿qué...?

Emelie se fijó en que la rueda estaba completamente reventada y dio gracias por haber salido indemne de algo así.

La joven se levantó enfadada. La sorpresa y el susto dieron paso a un nuevo enfado por haber ido a pasar justo por encima del clavo.

—¡Joder! —gritó dándole una patada a la rueda rota.

Con el rostro torcido por la rabia, la joven se dirigió hacia la parte trasera de la furgoneta, donde estaba la rueda de repuesto y todo lo necesario para cambiarla. Sin embargo, Emelie se quedó mirando la rueda unos segundos y dijo para sí.

—Vale, ¿y cómo demonios se cambia una rueda?

CAPÍTULO 3



La mirada de sorpresa y reproche que le dirigió Nick cuando Emelie salió de la ferretería le hizo intensificar el gesto de enfado que ya mostraba en su rostro. No sabía por qué, pero le había molestado la familiaridad con la que su amigo desde la niñez y aquella mujer se habían tratado. Parecía que se conocían de toda la vida, pero no era aquello lo que más enfado le había provocado, sino que el misterio que rodeaba a aquella mujer lo atraía de tal manera que no quería que nadie más se entrometiera.

Michael resopló y miró a los ojos de Nick.

—¿Se puede saber por qué demonios me miras así, amigo?

Nick levantó una ceja sorprendido y dibujó una sonrisa irónica en el rostro.

—¿Y yo puedo saber por qué la has tratado así? Te ha faltado echarla de la tienda.

—Tal vez de tu tienda no, pero ayer la tuve que echar de mi rancho. Se había colado como si fuera suyo y miraba tan tranquila a mi ganado.

—¿Y te extraña? —preguntó Nick con gesto sorprendido—. Cuando éramos pequeños no hacía falta que la invitaras a entrar, amigo.

Michael frunció el ceño sin comprender.

—¿A qué te refieres? No la conozco de nada.

Nick lo observó durante unos segundos para comprobar si decía la verdad o lo estaba vacilando. Sin embargo, llegó a la conclusión de que no había mentira en su rostro y se sorprendió aún más de su comportamiento.

—Michael, ¿de verdad no la has reconocido?

El aludido se cruzó de brazos a la espera de que su amigo le diera una respuesta después de haber negado en rotundo con la cabeza.

—Es Emelie Clark. Me parece increíble que no la hayas reconocido, amigo. No ha cambiado tanto...

—¿Emelie Clark? —preguntó Michael tontamente mientras miraba fuera de la tienda y veía alejarse la furgoneta de la chica.

Apretó los puños con fuerza. Ahora entendía por qué el rostro angelical de la joven le resultaba tan familiar. ¿Y Nick decía que no había cambiado? La niña que él había conocido se había transformado en la mujer más atractiva que había visto jamás. Su cuerpo se había modelado con el crecimiento y las curvas de las que ahora presumía su antigua amiga le habían llamado la atención al instante.

Michael cerró los puños lentamente al tiempo que recordaba la última vez que la vio. La joven le había comunicado que ese mismo día se marchaban del pueblo y que no le había dicho nada hasta ese momento porque temía su enfado. En efecto, Michael se había enojado con ella de tal manera que ni siquiera salió de su casa para despedirse de la joven. La había echado terriblemente de menos, y el día anterior la había sacado de su rancho de mala manera.

—Maldita sea —dijo en un suspiro agachando la cabeza.

—Está guapa, ¿eh, amigo? —le picó Nick a sabiendas de que Michael había estado enamorado de Emelie desde niños.

Michael levantó la mirada y lo miró con furia, aunque sabía que su amigo nada tenía que ver con enfado que sentía en ese momento, solo su propia idiotez era la causante de ese sentimiento.

—Vete al infierno, amigo —fue la respuesta de Michael antes de pagarle y salir de la ferretería como alma que lleva al diablo.

El joven se montó en su camioneta y apoyó el brazo en la ventanilla. Se llevó la mano al rostro y acarició la sien despacio. No podía creer que Emelie Clark estuviera de nuevo en el pueblo. Pensó que tal vez había ido a verlo al rancho y por eso estaba dentro de las vallas cuando la descubrió. Y él la había echado de mala manera.

—¡Joder! —Michael dio un manotazo al volante, enfadado.

Durante unos minutos deliberó consigo mismo sobre si debía hablar con Emelie y pedir disculpas o dejar pasar la oportunidad, pues no estaba dispuesto a retomar la amistad que tenía con ella para luego volver a perderla cuando regresara a Houston, ya que estaba seguro de que iba a volver a su hogar cuando acabara de solucionar lo que sea que tuviera que hacer en Brady.

Cuando por fin se decidió a dejarlo pasar, arrancó la furgoneta y se encaminó hacia su rancho. Debía sacar a los animales de allí cuanto antes y llevarlos fuera de Brady lo antes posible, pues el calor que hacía en el pueblo llevaría a los animales muertos a oler en pocas horas.

Cuando por fin dejaba atrás las calles del pueblo, Michael vio que la furgoneta de Emelie se había salido del camino. Se fijó detenidamente y descubrió que la joven estaba agachada en la parte delantera de la camioneta intentando colocar el gato para cambiar la rueda. En el momento en el que estuvo a la misma altura de la joven, vio que en su rostro se reflejaba una intensa frustración que no pudo disimular a pesar de haberlo visto llegar junto a ella.

Michael aparcó su furgoneta unos metros más adelante de la de Emelie y, tras un suspiro, salió de la misma lentamente.

Emelie había deseado que pasara por ese camino alguien que pudiera ayudarla a cambiar la rueda. Sin embargo, no pensó que su salvador podía ser Michael. Por eso, cuando lo vio aparecer con su furgoneta por el camino maldijo para dentro y resopló enfadada.

—Genial, el que faltaba...

La joven aún sentía el enfado de hacía solo unos minutos en la ferretería de Nick. Por eso, cuando escuchó y vio de reojo que la furgoneta de Michael aparcaba cerca de ella tiró con fuerza contra el suelo el gato y se levantó casi de un salto esperando un nuevo enfrentamiento con él a pesar de no tener fuerza ni ganas para ello.

Michael se aproximó a ella con un aire de peligrosidad que hizo saltar todas las alarmas de Emelie. El joven la miraba directamente a los ojos y ella descubrió que lo hacía con una nota de curiosidad y cierto deseo.

Emelie desvió la mirada, incómoda. No sabía cómo interpretar aquella mirada de Michael y por eso volvió a pensar en la manera de cambiar la rueda sin tener ni idea.

—¿Qué ocurre? —le preguntó interesado.

Emelie lo miró elevando una ceja por la sorpresa que le produjo ver que Michael se interesaba en lo sucedido.

—No es de tu incumbencia —le contestó Emelie volviendo a agacharse a coger el gato tirado.

No vio la sonrisa pícaro que se le dibujaba a Michael en el rostro y le dijo:

—Veo que se te da bien cambiar ruedas.

Emelie apretó las manos alrededor del gato, pero no contestó a su provocación. No tenía ganas de pelea, tan solo quería volver a casa y comenzar con la limpieza.

—¿Por qué no te vas a molestar a otro? —preguntó al cabo de unos

segundos de silencio en los que sentía la mirada de Michael sobre ella.

—Está bien —contestó el joven dándose la vuelta y regresando a su furgoneta—. Ya veo que te apañas tú solita.

La joven chasqueó la lengua cuando lo vio alejarse en dirección hacia su furgoneta. Estaba segura de que Michael sería el único que pasaría por allí en mucho tiempo y sabía que solo él podía ayudarla en ese momento. Respiró hondo y se levantó para encararlo.

—De acuerdo —dijo en apenas un hilo de voz—. Necesito tu ayuda.

Michael esbozó una sonrisa antes de girarse de nuevo hacia ella.

—¿Perdón? ¿Cómo dices?

Emelie se mojó los labios al tiempo que apretaba los puños contra el gato. Durante unos segundos tuvo la necesidad de tirárselo a la cabeza para quitarle esa sonrisa que aún portaban sus labios.

—He dicho que necesito tu ayuda —dijo entre dientes.

—Pero no escucho las palabras que faltan —contestó.

Emelie apretó los labios con fuerza. Sabía a lo que se refería Michael con eso, ya que en su niñez las pronunciaba cuando alguien intentaba quitarle el bocadillo a la joven, pero su orgullo le impedía pronunciarlas.

—Que pases un buen día —le dijo él tras comprobar que la joven no iba a ceder.

—Está bien —dijo finalmente entre dientes—. Por favor...

Michael se volvió de nuevo hacia ella sonriendo autosuficientemente y se acercó lentamente sin dejar de mirarla a los ojos.

—Gilipollas... —susurró Emelie mirando hacia otro lado.

—¿Cómo dices? —preguntó Michael simulando no haberla escuchado.

—Nada, que si me puedes ayudar...

Emelie movía nerviosamente la pierna izquierda. Estaba deseando acabar con aquello de una vez y marcharse. Estar ante la presencia del que había sido su amigo la ponía nerviosa, y no entendía por qué. Pero el nuevo comportamiento de Michael la enervaba y la sacaba de sus casillas. Nunca había soportado a los chicos que se comportaban de forma tan autosuficiente, y menos si necesitaba la ayuda de ellos.

Emelie se apartó de él cuando vio que se agachaba para ver el estropicio en el que se había convertido la rueda delantera de su camioneta y cuando vio que negaba con la cabeza y resoplaba contrariado no pudo sino acercarse y agacharse a su lado.

—¿Qué ocurre?

—La rueda que llevas de repuesto no tiene suficiente aire. —En ese momento, la miró a los ojos y dada la cercanía de ambos, Michael se vio envuelto en la mirada inocente de la joven. Finalmente, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y carraspeó contrariado—. No puedes ponerla así. Creo que es mejor que atemos tu furgoneta a la mía y la llevemos a mi rancho. Ahí podré darle el aire suficiente para que regreses a tu casa.

¿A su rancho? ¿Michael le estaba ofreciendo ayuda? Emelie tragó saliva sin saber qué hacer. Deseaba por todos los medios volver a su casa y olvidar lo que había ocurrido en las primeras horas de la mañana, sin embargo, su orgullo volvía a aparecer y no se sentía con fuerzas para aceptar ir al rancho del que la echó el día anterior.

—No creo que sea buena idea —dijo declinando su oferta—. Llamaré al seguro.

Michael levantó una ceja, sorprendido.

—¿Crees que vendrán en solo unos minutos? Brady está alejado de todo y tardarán un buen rato. Además, no creo que te ayuden a cambiar la rueda. No suelen estar incluidos en los seguros.

Emelie se mordió el labio sin saber qué hacer. Un intenso nerviosismo la invadió y desvió la mirada para alejarla de la inquisitiva de Michael, que esperaba pacientemente una respuesta. Finalmente, suspiró y asintió en silencio.

—De acuerdo.

Con seriedad, Michael se dirigió hacia la furgoneta y cogió una de las cuerdas que había comprado en la ferretería hacía solo unos minutos y ató un extremo en su furgoneta y el otro en la de Emelie. En tan solo unos momentos ya tenía todo preparado para marcharse de allí.

—Después de ti —le indicó con la mano para que subiera a la furgoneta.

Emelie no podía sino sorprenderse del tremendo cambio que había experimentado Michael en tan poco tiempo. No entendía por qué la trataba ahora de esa forma tan radicalmente contraria. Sorprendida y en silencio, la joven se dirigió hacia el asiento del copiloto en la camioneta de Michael. Se sentía realmente nerviosa mientras esperó a que el joven se sentara a su lado. No sabía por qué, pero cuando Michael arrancó y volvieron a ponerse en marcha, sintió que se encontraba en un momento muy íntimo con él, y sin esperarlo, sus mejillas se tiñeron de un intenso color rojizo, que quiso

disimular al mirar hacia el lado contrario.

A los pocos segundos de ponerse de nuevo en marcha hacia el rancho de Michael, Emelie sintió la mirada del joven sobre ella, por lo que se armó de valor y giró la cabeza para devolverle la mirada.

—¿Por qué no me has dicho quién eres realmente?

Emelie tragó saliva. Ahora entendía por qué el joven había cambiado ligeramente su comportamiento con ella. Lo miró detenidamente sin saber qué contestar hasta que finalmente dijo:

—Ya veo que Nick se ha ido de la lengua...

—Eso no importa —contestó Michael—. ¿Por qué me has hecho creer que trabajas para Walker?

—No sé quién es ese tal Walker —contestó la joven—. Ayer intenté decirte quién era antes de que me echaras de tu rancho.

—¿Por qué has vuelto? —le preguntó ignorando el tono de reproche que había usado la joven.

Emelie desvió la mirada un segundo para después volverla hacia el que había sido su amigo.

—Mi padre murió hace poco. Y he venido a arreglar algunos de sus asuntos.

—Así que volverás a marcharte...

Emelie asintió.

—Sí, volveré a Houston. Me han ofrecido un puesto como veterinaria en la facultad.

—Al final ha estudiado lo que querías...

Emelie esbozó una sonrisa.

—Sí, sabes que siempre me gustaron los animales.

Después de eso se sumieron en un incómodo silencio del que la joven no sabía cómo salir. Parecían dos completos desconocidos que acaban de conocerse y se estaban haciendo un favor, nada que ver con la amistad y confianza que habían tenido en su niñez.

—¿Quién es ese tal Walker? —preguntó Emelie para romper el silencio.

—Nadie —contestó Michael con tono enrabiado.

—¿Acaso es alguien que te ha traído problemas? —preguntó realmente interesada.

Michael no contestó, pero la joven se dio cuenta de que apretaba el volante con tanta fuerza que sus nudillos se habían vuelto completamente blancos.

—Oye, ¿desde cuándo eres así?

El aludido se volvió hacia ella sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—A tu mal humor. No te recordaba así.

Michael bufó.

—¿Acaso me recordabas?

—Claro que sí —se quejó la joven—. Te recuerdo que yo no quería irme de Brady. Fue decisión de mis padres. Me parece muy injusto que me trates así y me culpes de que nos fuéramos a Houston.

Michael desvió la mirada al tiempo que se llevaba la mano derecha al rostro.

—Mira, da igual —siguió Emelie—. En cuanto arreglemos la rueda intentaré no volver a cruzarme en tu camino.

Michael volvió a quedarse en silencio. Sin embargo, el poco tramo que quedaba hacia su rancho le dio una y mil vueltas a lo que la joven le había dicho. Tenía razón. Sabía que su comportamiento y forma de ser habían cambiado tan radicalmente que ni siquiera él mismo podía reconocerse cuando se miraba al espejo o se escuchaba hablar. Desde que la joven se había marchado de Brady se había convertido en una persona más solitaria y poco dada a las amistades, pero desde que Walker había aparecido en el pueblo, su carácter se agrió aún más.

—Lo siento —dijo finalmente casi entre dientes—. Sé que me he pasado contigo.

Emelie lo miró directamente a la cara para intentar descubrir si estaba de broma. Sin embargo, la seriedad de su rostro le indicó que estaba hablando totalmente en serio, así que esbozó una pequeña sonrisa y le dijo:

—Vaya, hay un corazoncito debajo de tanto músculo.

—Así que te has fijado en mis músculos... —contraatacó Michael provocando el sonrojo de Emelie.

La joven no supo qué contestar a eso. Maldijo en silencio su lengua y la traición sufrida por su propio cerebro. Carraspeó incómoda, provocando que la sonrisa de Michael se hiciera aún más ancha. Sin embargo, no tuvo tiempo para contestar. Emelie suspiró aliviada cuando por fin entraron en el rancho de Michael.

El joven llevó ambas camionetas hacia un lugar apartado de los toros. No obstante, a medida que avanzaban, Emelie descubrió que había un par de toros

que parecían estar muertos. La joven frunció el ceño, guardando la imagen en su cabeza para después preguntarle a Michael qué había ocurrido.

—Tardaré poco tiempo en darle el aire suficiente a la rueda —le indicó—. Después podrás ir cuando quieras a un taller para que te arreglen esa otra rueda o bien puedas comprar una nueva.

Emelie asintió mientras observaba sus movimientos. Los músculos de su espalda y brazos se movían a medida que el joven sujetaba la rueda para insuflarle el aire suficiente para que pudiera volver a ponerla. La joven perdió el hilo de lo que Michael le estaba diciendo, pues sin saber por qué el cuerpo de su interlocutor había llamado por completo su atención.

—¿Estás bien?

Aquella pregunta la sacó de su ensimismamiento y desvió la mirada, pues la sonrisa pícaro de Michael le indicó que la había pillado mirándolo.

—¿Decías? —preguntó obviando su rostro divertido.

—Esto ya está.

Emelie siguió la dirección que la mano de Michael le indicaba y vio que la rueda ya estaba puesta en su furgoneta. Se dio cuenta de que el joven había seguido con su trabajo mientras ella se dedicaba a admirar el cuerpo que él había desarrollado con el paso de los años.

—Vale —intentó esbozar una sonrisa—. Gracias.

—De nada, Emelie. —Escuchar su nombre de boca de Michael le hizo sentir algo extraño dentro de ella.

Un intenso nerviosismo se instaló en su cuerpo y desvió la atención hacia la cerca donde el ganado de Michael pastaba con tranquilidad.

—He visto que un par de toros parecían estar enfermos. ¿Qué les ocurre?

Michael terminó de limpiarse la grasa de las manos y le intentó restar importancia a las palabras de la joven.

—Nada. No te preocupes.

Sin embargo, algo en el tono de Michael le hizo sospechar a Emelie y se aproximó lentamente a la valla para ver mejor a los animales.

—De verdad, Emelie. No pasa nada.

—Me has ayudado con la rueda —dijo por fin la joven—. Ahora me toca devolverte el favor.

Michael intentó detenerla y la agarró del brazo. Al instante, Emelie sintió como si una chispa le recorriera el cuerpo de arriba abajo. La joven lo miró detenidamente con el rostro sorprendido. En ese momento, Michael la soltó,

pues él también sintió algo extraño dentro de él cuando la suave piel de la joven entró en contacto con la palma de su mano.

—Michael, soy veterinaria. Si algunos de tus toros están enfermos, podrían contagiar al resto y te quedarías sin ganado.

—No pasa nada —volvió a insistir—. Todos los días mueren algunos toros, pero no tiene tanta importancia.

—¿Todos los días? —se sorprendió la joven—. Eso no es nada normal, y tiene más importancia de la que le estás dando, Michael. Tengo mi material en el rancho. Podría traerlo y analizar a los toros, su comida y el agua. Así podríamos determinar si ocurre algo...

—He dicho que no, Emelie. —El tono del joven se volvió seco de repente—. Ahora me llevaré a esos toros de aquí y todo solucionado. No quiero que te metas.

—Pero solo quiero ayudarte, Michael.

—¡No! —levantó la voz—. ¡No quiero la ayuda de nadie! ¿Por qué no puedes entenderlo?

—Pues a mí me da la sensación de que sí necesitas ayuda —siguió Emelie—. No me parece normal que todos los días mueran algunos de tus toros.

—Creo que será mejor que te marches —intervino Michael haciendo caso omiso de las palabras de la joven.

Emelie lo miró sin comprender el motivo de su repentino cambio de actitud. Esperó unos segundos para ver si cambiaba, pero al ver que su rostro seguía impassible, la joven optó por dirigirse en silencio hacia su camioneta y salir del rancho de Michael sin mirarlo siquiera para despedirse.

—Gracias por lo de la rueda —le dijo antes de montarse y marcharse.

A medida que se alejaba de Michael no podía dejar de mirar a los toros que yacían muertos en medio de todo el ganado. Sabía que algo ocurría con Michael y sus reses y quería devolverle el favor. Tenía la corazonada de que el gran cambio de actitud en su amigo de la infancia estaba relacionado con algún tipo de problema con su rancho y ese tal Walker. Así que no pararía hasta encontrar la fuente de todos sus problemas.

Lo que la joven no sabía era que aquello le traería más problemas de los que pensaba, y era más peligroso de lo que jamás hubiera imaginado...

CAPÍTULO 4



Emelie se había pasado todo el día limpiando y arreglando los desperfectos que había en gran parte de la casa. A medida que fueron pasando las horas, la joven fue sintiéndose cada vez más cansada. Pero no todo se lo debía exclusivamente a la limpieza. No había podido dejar de darle vueltas a lo ocurrido con Michael en el rancho de este y había llegado a la conclusión de que si él no quería que lo ayudara, ella lo haría sin que él lo supiera.

Tenía la sensación de que algo extraño estaba sucediendo con él y con todo el pueblo. Pues había puesto esa misma tarde la radio local y no dejaban de hablar de ese tal Aarón Walker. Había descubierto que se trataba de un ricachón que se había interesado mucho en el pueblo y había comprado casi todos los ranchos de la zona, algo que le pareció demasiado extraño, pues nadie compra un pueblo así porque sí sin tener algún interés escondido. Además, recordó que en su primer encuentro con Michael este le había dicho que si la enviaba Walker para que vendiera no iba a ceder, así que supuso que ese hombre estaba interesado en comprar las tierras del que había sido su amigo.

Tras darle muchas vueltas a la situación e intentar comprender lo que ocurría con el ganado, Emelie tuvo una ligera corazonada. Nada buena... Pues estaba segura de que los toros de Michael no morían de forma natural y así porque sí, sino que había algo oculto detrás de esas muertes.

Cuando el sol cayó en Brady y Emelie se dio una ducha para limpiarse el polvo de todo el día, se puso de nuevo ropa cómoda, cogió varios enseres con los que solía trabajar y esperó pacientemente a que el cielo se volviera completamente negro para pasar desapercibida.

Cuando pasaron los minutos y vio por la ventana que la luna brillaba en todo lo alto, la joven agarró una linterna para poder adentrarse en el oscuro camino sin tropezar y llegar al rancho de Michael sin problemas.

Caminó de prisa hasta la entrada del rancho de Michael. Tenía cierto temor

a ser sorprendida por él mismo o por algún otro vecino y pudieran descubrirla ante Michael. Sin embargo, a su alrededor solo podía escucharse el silencio. Ni siquiera el ganado del joven hacía ruido alguno.

Con cuidado y despacio, Emelie abrió la valla que unía el rancho de Michael con el camino y se aproximó deprisa a las barreras que cercaban a los toros. Deseó por todos los medios que Michael no la descubriera y ya estuviera dormido, pues estaba segura de que desde el dormitorio del joven podía ver el ganado.

Con cuidado de no llamar la atención de los toros, que descansaban tranquilos al otro lado de donde ella se encontraba, la joven saltó la valla y se aproximó lentamente hacia la bañera llena de agua con la que se refrescaban las reses durante el día. La joven dejó su bolso en el suelo y se agachó a su lado. Después extrajo del mismo una serie de frasquitos vacíos que llenó con esa misma agua para después analizarla con el microscopio en casa.

—Perfecto —susurró al tiempo que los guardaba.

Después se dirigió hacia el pasto que solían comer los toros y tomó varias muestras del mismo y de la tierra que había para hacer las comprobaciones necesarias en la tranquilidad de su casa.

Cuando por fin guardó todo en su bolso, la joven se dirigió de nuevo hacia la valla para volver a saltarla y regresar a su casa. Emelie se apoyó en los tablones de madera y cuando estaba a punto de saltar, uno potente foco la iluminó de golpe, provocando que su corazón comenzara a latir tan deprisa que sintió que iba a desfallecer del susto.

Emelie se llevó la mano derecha a los ojos para intentar protegerse de la intensa luz del foco, sin embargo, a pesar de sus intentos por descubrir quién había al otro lado del mismo, no podría ver absolutamente nada. No obstante, la potente voz que escuchó le provocó un intenso escalofrío a pesar del calor que hacía esa noche.

—¿En la universidad también te enseñaron a meterte donde no debías?

Michael dejó su puesto tras el foco y salió a su encuentro. La joven por fin bajó la mano que tapaba sus ojos y lo pudo mirar. Vio que en el rostro de Michael se reflejaba una rabia impropia del joven que había conocido tiempo atrás y durante unos segundos meditó la idea de salir corriendo para volver a su rancho.

—Tengo una sospecha respecto a tus animales, Michael —dijo con tono conciliador.

—Ya te dije que no te metieras en esto.

Michael se aproximó a la joven lentamente. El tono de su voz era suave, pero guardaba cierto deje peligroso que provocó que la joven diera un paso hacia atrás, chocándose con los tablones de madera de la valla e impidiendo que pudiera salir de allí.

Cuando el joven estuvo a su altura, colocó los brazos a ambos lados de Emelie y aproximó su rostro al de la joven hasta que estuvo a un solo palmo. En ese momento, Emelie descubrió que Michael había estado bebiendo, pues de su boca salía despedido un intenso olor a alcohol que estuvo a punto de provocarle náuseas.

—¿Has bebido? —le preguntó sorprendida.

—Eso no te importa —contestó el joven acortando aún más la distancia.

El corazón de Emelie saltó de puro nerviosismo. Durante un momento pensó que Michael iba a besarla, sin embargo, se quedó a solo unos milímetros de su boca. Los ojos del joven se dirigieron directamente a la boca de Emelie, cuya espalda estaba a punto de atravesar la barrera de madera debido a la presión que la joven ejercía sobre la misma.

—Quiero ayudarte, Michael —tartamudeó Emelie.

Durante unos momentos, la joven tuvo la intensa necesidad de besar los labios de Michael y calmar de alguna manera los problemas que, estaba segura, tenía su antiguo amigo. Le daba la sensación de que estaba pasando por una mala etapa y pensaba que podría ayudarlo a salir de allí si descubría lo que ocurría con sus reses.

Sin saber qué estaba pasando, Emelie tuvo la ligera sensación de que el tiempo se había parado un instante entre ambos, pues los dos se mantuvieron en completo silencio mientras se miraban directamente a los ojos esperando que el otro dijera algo para romper ese silencio tan tenso.

Michael no contestó a sus palabras, pero la miraba con tanta intensidad que por un momento pensó que él iba a dar el paso para besarla. Sin embargo, retiró los brazos de la valla y dejó el camino libre para Emelie.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo la joven casi tartamudeando y una parte de ella triste por no haber probado después de tantos años los labios de Michael.

El ranchero asintió con la cabeza en silencio y se apartó aún más de ella. Emelie dirigió la mirada hacia el suelo, ya que no sentía las fuerzas suficientes para encararlo y descubrir que algo dentro de ella estaba surgiendo; algo que

creía que había desaparecido cuando llegaron a Houston y dejó de ver a Michael todos los días; un sentimiento que le atenazaba el corazón y le provocaba un intenso nerviosismo en la boca del estómago.

La joven caminó deprisa hacia su casa. Sin saber por qué, las lágrimas acudieron a sus ojos. Una parte de ella no reconocía a Michael, pues había cambiado tanto durante los últimos años que no parecía la misma persona que había conocido. Sin embargo, tenía la sensación de que la persona que ella conoció seguía dentro de aquel cuerpo duro y trabajado por el intenso ajeteo en el rancho. Y se prometió a sí misma hacer todo lo posible por solucionar los problemas de Michael para que su carácter volviera a ser como antes.

El día estaba a punto de despuntar cuando Emelie por fin dejó sobre la mesa el informe que había elaborado para Michael. Le había resultado una tarea bastante ardua, pues lo que estaban bebiendo los toros del joven no era solo agua, y el componente del que aún quedaban restos se disolvía por momentos y desaparecía de las muestras tomadas. Sin embargo, había logrado salvar una parte de ese componente y había llegado a la conclusión que se trataba de un potente veneno del que apenas quedaban restos en el agua tras pasadas unas horas. Ese veneno mataba lentamente a las reses hasta que caían muertas de un día para otro. Por eso, tras haber hecho las primeras comprobaciones el veterinario del pueblo no había encontrado nada en el cuerpo de los animales, ya que para entonces el veneno había desaparecido por completo sin dejar ni un solo rastro. Aquella comprobación le dio a entender algo a Emelie: hacía poco que alguien había introducido ese veneno en el agua de la bañera.

Pero la joven no entendía qué podía llevar a alguien a matar las reses de un humilde ranchero si no fuera por un motivo de peso. Estaba segura de que Michael no le debía dinero a nadie, excepto a los bancos, pero estos no envenenaban a los animales si estos eran el sustento de la persona que les debía dinero. Por lo que debía haber alguien más interesado en esas tierras. Y al instante pensó en Aarón Walker.

Emelie recordó su primer desencuentro con Michael y cómo este pensó que la había enviado el millonario. No obstante, quería corroborar con el propio Michael lo que rondaba por su cabeza antes de señalar con el dedo a alguien, ya que estaban hablando de algo muy grave.

Por eso, cuando el día había entrado ya y el sol comenzaba a salir por el horizonte, Emelie salió de su casa en dirección al rancho de Michael. Estaba

segura de que el joven ya estaría despierto y trabajando.

Apenas se escuchaban los coches de los vecinos o los gritos de los niños, tan solo el canto de los pájaros la acompañó durante los pocos metros que separaban un rancho de otro. Emelie inspiró el aire fresco de la mañana antes de que se volviera casi irrespirable por el calor. No obstante, durante unos momentos, tuvo un estremecimiento que le dejó mal sabor de boca. La joven miró a su alrededor, pues tenía la sensación de que estaba siendo observada por alguien que estaba muy cerca de ella. Sin embargo, a su alrededor no pudo ver a nadie.

Con paso lento, Emelie comenzó a caminar de nuevo hacia el rancho de Michael, pero la sensación de estar siendo observada no la abandonó hasta cruzar la valla del que consideraba su amigo. Solo allí se sintió a salvo y protegida de miradas indiscretas.

Intentó convencerse a sí misma de que no pasaba nada, que todo eran imaginaciones suyas que nada tenían que ver con una posible conspiración, pero algo dentro de ella temía que no fuera así y que hubiera algo gordo detrás de las muertes de los toros de Michael.

Emelie se dirigió hacia la casa, pero el silencio fue lo único que la recibió después de llamar a la puerta. La joven frunció el ceño y pensó que tal vez Michael se levantaría más tarde debido a que la noche anterior se había pasado con la bebida. A pesar de que estuvo a punto de marcharse para regresar más tarde, Emelie se dirigió a la parte trasera, donde estaba el granero, para comprobar si el joven estaba allí, y efectivamente, Michael se encontraba allí colocando varios sacos de avena en un lugar en el que la luz del sol apenas llegaba.

La joven tardó un momento en localizarlo y finalmente lo avisó de su llegada:

—¡Michael!

El aludido se giró al instante tras escuchar la voz de Emelie. Frunció el ceño cuando la vio en la entrada del granero y, tras colocar el último saco en su lugar, se dirigió hacia ella comprobando la hora en su reloj de muñeca.

—Un poco temprano para una visita, ¿no?

Michael la miraba con una ceja enarcada y una media sonrisa en los labios.

—¿Te quedó algo por hacer esta madrugada?

Emelie abrió la boca para contestar, pero la intensa mirada que le dirigió Michael hacia sus labios le hizo desistir en su intento por volver a explicar la

incursión de la noche anterior.

La joven carraspeó incómoda y miró los papeles que aún llevaba entre sus manos.

—¿Te has quedado sin excusas para invadir mi rancho sin permiso?

Michael comenzó a aproximarse a Emelie con parsimonia. La miraba atentamente a los ojos y se frotaba las manos lentamente. La joven no entendía por qué esa forma de ser de Michael la ponía tan nerviosa y la atraía al mismo tiempo. Se sentía pequeña a su lado cuando se comportaba de esa manera y no sabía cómo reaccionar. De forma inconsciente, la joven dio un par de pasos hacia atrás, pero un coche viejo se interpuso en su camino, provocando que chocara contra él y quedara atrapada.

—Ya te dije que solo intento ayudarte —logró decir finalmente tras recuperar la voz.

—¿Y cuándo he pedido tu ayuda?

Como la noche anterior, Michael apoyó ambas manos a los lados de los hombros de Emelie. El imponente cuerpo del joven se aproximó peligrosamente, provocando que Emelie perdiera durante unos momentos la noción del tiempo y olvidara el motivo que la había llevado hasta allí.

Los ojos marrones de Michael se clavaron en la intensa mirada verdosa de la joven y esta deseó fervientemente que por fin ese fuera el momento que tanto deseó en su juventud y pudiera al fin besar los labios de Michael. Sin embargo, justo cuando ese pensamiento cruzó su mente, recordó el motivo que la había llevado hasta el rancho a esa hora tan temprana.

—Sé que no la has pedido, pero soy veterinaria, y mi papel es cuidar de los animales.

—¿Y por qué no vas a molestar a los animales de otro?

—Porque tú eres...

Emelie no supo qué contestar. ¿Mi amigo? Mi ¿qué?, se preguntó a ella misma en un segundo. Ni siquiera lo sabía. Hacía muchos años que no se veían y ella lo seguía tratando como entonces, pero ¿Michael la consideraba aún su amiga?

—¿Qué soy, Emelie? —preguntó con la voz ronca.

Su nombre pronunciado con aquella voz le sonó diferente, llamativo, sugerente... Emelie no supo cómo interpretar lo que le estaba pasando. Tal vez después de tanto tiempo le gustaba estar en compañía de Michael y disfrutaba estar con él, pero los sentimientos que le producía su presencia eran tan

complejos y distintos que sentía que su corazón se desbocaba cuando estaba ante él. Y ahora se encontraban tan cerca... y aquella voz...

—Mi... vecino —contestó finalmente en apenas un susurro.

—Tu vecino... —repitió Michael elevando una ceja y aproximando aún más el rostro.

Emelie asintió en silencio y, en un acto inconsciente, pasó la lengua lentamente por los labios sin saber lo que aquello provocaría en Michael, que dirigió al instante la mirada hacia ellos al tiempo que cerraba los puños con fuerza para intentar detener el primer impulso que le llegó.

—Y los vecinos están para ayudarse —dijo Emelie con un hilo de voz.

Michael volvió a dirigir la mirada a los ojos de la joven y finalmente se separó de ella, para disgusto de la misma, que sintió por un momento que iba a caer al suelo presa del incontenible temblor de piernas que la atenazó.

Sin embargo, se obligó a sí misma a recomponerse del momento y le tendió los papeles que llevaba en la mano.

—Están envenenando tu ganado, Michael —dijo por fin recuperando su voz.

El joven la miró antes de dirigir sus ojos hacia los papeles. Estuvo a punto de esbozar una sonrisa cuando reconoció la peculiar forma de escribir de Emelie. Siempre le había resultado graciosa la forma en la que la joven alargaba las “f” minúsculas, y al parecer seguía escribiendo de la misma forma que antes.

Michael leyó lentamente todo lo que ponía sobre la composición normal del agua de Brady y lo que aparecía en la suya. El joven comenzó a sentir que la ira atravesaba todas sus venas y llenaba todo su cuerpo. Desde hacía tiempo se imaginaba que algo extraño estaba sucediendo como para que sus reses estuvieran muriendo sin motivo aparente, y más estando sanas. Sin embargo, era algo que no había querido ver hasta entonces. Estaban envenenando a su ganado para sumirlo en la más absoluta ruina y así finalmente vender para pagar las deudas que tenía con el banco.

El joven tomó aire lentamente intentando calmarse, pues estaba a punto de tirar los papeles al suelo y salir en busca de Aarón Walker, ya que todo había comenzado desde que aquel malnacido había aparecido en el pueblo y él se había negado en rotundo a vender el rancho de su familia. No obstante, sin saber por qué la presencia de Emelie lo calmaba de alguna manera, levantó la mirada para preguntarle:

—¿Estás segura de esto? —le preguntó peligrosamente.

—Sí. He analizado los botes que cogí y el veneno va desapareciendo a medida que pasan las horas para que no haya rastro del mismo. Sea quien sea, sabe lo que hace.

Michael le dio la espalda a la joven y arrugó los papeles con rabia.

—Maldito sea... —dijo en un susurro.

No obstante, Emelie lo escuchó y se aproximó a él. Con cuidado, le puso una mano en la espalda para intentar consolarlo de alguna manera, aunque sabía que estaba rabioso en ese momento.

—Lo siento, Michael —le dijo—. ¿Tienes una idea de quién puede ser?

Emelie vio que asentía con la cabeza en silencio al tiempo que se llevaba una mano al rostro para intentar pensar con claridad antes de hacer algo que pudiera precipitar todo.

—Aarón Walker. Desde que llegó al pueblo me ha ofrecido varias cifras para que venda el rancho —le explicó—. Pero no acepta un no por respuesta. Y no piensa parar hasta que me vea en la ruina... Maldito sea.

Michael se alejó unos pasos de la joven, pues la mano que sentía sobre su espalda lo ponía ligeramente nervioso y le impedía pensar. Cuando eran niños y él se encontraba mal, Emelie siempre hacía ese gesto y el hecho de que volviera a hacerlo de nuevo a pesar del tiempo le revolvía sentimientos encontrados.

—No puede salirse con la suya. Todo esto es tuyo, Michael —dijo la joven sacándolo de sus pensamientos—. Creo que será mejor que avisemos a las autoridades.

El joven se dio la vuelta al instante y la miró a los ojos antes de dirigirse hacia ella y agarrarla de los brazos con fuerza.

—Ni se te ocurra —le advirtió con seriedad.

Emelie intentó soltarse, pero Michael apretó con más fuerza aún los dedos alrededor de sus brazos.

—No sabes quién es ese tipo, Emelie.

—Y qué pasa, ¿no vas a hacer nada? ¿Vas a dejar que maten a todo tu ganado?

—Si tengo que vender, lo haré, pero no voy a dejar que te ganes como enemigo a Walker.

Emelie finalmente se soltó de sus manos y recompuso su ropa mientras lo miraba a los ojos.

—No eres nada mío para impedirme hacer mi trabajo.

—Haré lo que sea para impedir que trates con él, Emelie.

Michael la miraba con tanta intensidad que la joven no supo cómo interpretar sus palabras ni su gesto.

—Desde que llegué a Brady me has tratado como si no me conocieras, como si nunca hubiésemos sido amigos, no has aceptado mi ayuda e incluso has llegado a echarme de tu rancho de mala manera —le dijo Emelie—. ¿Y ahora me quieres impedir que haga mi trabajo? Hay un código que me obliga a avisar de que en un lugar se está maltratando a los animales, y a ti te los están matando. Eso no puedo consentirlo, Michael, quieras o no.

La joven se dio media vuelta y se dirigió hacia la salida del granero para regresar a su rancho. Sin embargo, no vio que Michael iba tras ella para detenerla.

—Por favor, Emelie —le pidió cogiéndola del brazo—. ¿Por qué demonios has sido siempre tan testaruda?

La joven se encogió de hombros con un intento de sonrisa e intentó marcharse de nuevo, pero Michael la obligó a mirarlo y, sin pensar en lo que estaba haciendo, unió sus labios a los de Emelie. Esta se sorprendió al instante, sin embargo, algo dentro de ella la animó a seguir y corresponder a ese beso que desde aquel casto beso en la niñez había estado deseando fervientemente.

Emelie acogió los labios de Michael entre los suyos y saboreó la rudeza con la que el joven la besaba. Jamás nadie la había besado de esa manera y sin lugar a dudas estaba siendo el mejor beso de toda su vida. Un intenso calor la recorrió desde la cabeza hasta los pies, deseando aún más, queriendo sentir el cuerpo de Michael sobre el suyo y acariciar todos y cada uno de los músculos del joven. No obstante, este se separó de ella en el momento en el que fue consciente de lo que estaba haciendo.

Emelie dejó escapar un suspiro de protesta, pero enseguida se recompuso y lo miró con intensidad a los ojos. Michael mostraba la misma sorpresa y desconcierto que ella, pero enseguida volvió a mostrar la mirada fría con la que la había recibido el primer día en su rancho. Se apartó de ella y, sin volver a mirarla, se dio la vuelta para seguir trabajando, dejándola a las puertas del granero con la cabeza echada a un lado y sin saber qué demonios hacer.

CAPÍTULO 5



Después de regresar a su propio rancho, Emelie no era capaz de olvidar el beso de Michael. Había sentido algo tan extraño dentro de ella que a pesar de intentar pensar otra cosa, no podría hacerlo. La joven se paseaba una y otra vez por todo el salón de su casa reviviendo continuamente el sabor de los labios del que había sido su amigo en la infancia.

A su mente regresaron recuerdos que creía olvidados en los que la joven admiraba la fortaleza y el carácter de su amigo, pero nunca se había atrevido a decirle nada sobre sus sentimientos, pues temía perderlo para siempre o que se riera de ella. Por eso, con el paso del tiempo pensó que aquello había desaparecido para siempre y, aunque se había reencontrado con Michael después de tantos años, no volvería a sentir nada. Pero ese beso había despertado en ella esos sentimientos de nuevo, y no estaba segura de poder pararlos a tiempo antes de que fuera demasiado tarde, pues tenía la certeza de que Michael no sentía nada por ella.

—¡Joder! —vociferó por enésima vez cuando se sentó y aquellos pensamientos seguían ahí una y otra vez.

Emelie se llevó las manos al rostro y cerró los ojos. Respiró hondo para intentar calmar los nervios que le atenazaban el estómago. Sentía cómo sus manos temblaban de emoción y por ello cerró los puños con fuerza. No estaba dispuesta a dejarse llevar por unos sentimientos de los que no podría obtener nada. Ya le habían hecho demasiado daño a lo largo de su vida y solo quería centrarse únicamente en su trabajo. Por ello, reuniendo el valor que Michael le había arrebatado al advertirle sobre Walker, agarró su teléfono y llamó a su amigo Nick para saber si él tenía el número del millonario para llamarlo con la excusa de querer vender su rancho.

—¿Vas a venderlo finalmente? —le preguntó al otro lado de la línea.

—Creo que sí —mintió—. Volveré a Houston en cuanto arregle todos los papeles y no creo que vuelva en años, así que lo mejor será vender.

—Creo que haces bien, preciosa —le dijo con tono alegre—. ¿Tienes papel y bolígrafo?

—Ya sabes que sí, amigo —contestó la joven con el mismo tono.

Emelie anotó el número de teléfono de Aarón Walker. Cuando colgó la llamada de Nick sentía que todos sus músculos temblaban por el nerviosismo que le causaba saber que tenía en su poder la información necesaria para mandar a aquel hombre entre rejas durante una buena temporada.

Miró en silencio durante varios minutos el número de teléfono y varias veces cogió su móvil para llamarlo, pero la voz de Michael aparecía una y otra vez en su cabeza para impedirle hacerlo. Sin embargo, pasada una hora desde que llamó a Nick, se vio con la fuerza y la valentía suficiente como para enfrentarse cara a cara con Walker, por lo que agarró su móvil con fuerza y marcó los números lentamente para no equivocarse.

Suspiró mientras escuchaba el tono. Tras más de seis tonos, Emelie apartó el teléfono de su oreja con la intención de colgar, sin embargo, al otro lado de la línea escuchó la voz cansada de alguien que llamaba su atención.

—¿Hola?

—Hola —contestó la joven despacio—. ¿Hablo con Aarón Walker?

El corazón de Emelie latía con tanta fuerza que temía que al otro lado del teléfono escucharan ese sonido que retumbaba dentro de su pecho. La mano que sujetaba el móvil temblaba tanto que temía que en cualquier momento este se le cayera al suelo.

—Sí, ¿qué desea?

El hecho de confirmar que al otro lado se encontraba Aarón Walker provocó que su nerviosismo creciera. Emelie frunció el ceño sin entender. No sabía cómo era el aspecto de la persona con la que hablaba, pero aquella voz cansada le hizo creer que tal vez Michael estuviera exagerando al hablar de Walker.

Carraspeó antes de continuar.

—Estoy interesada en vender el rancho de mis padres aquí en Brady y me han dicho que usted está comprando varios en la zona. ¿Le importaría venir para verlo?

—¡Por supuesto! —La voz de Walker cambió de repente.

Se mostró tan entusiasmado que Emelie sospechó sobre ese cambio de actitud.

—De acuerdo —le agradeció—. La dirección es Sunset Road, 7.

Al otro lado del teléfono se hizo el silencio. Durante unos momentos, Emelie pensó que se había cortado la llamada, pero enseguida escuchó carraspear a Walker antes de preguntarle:

—¿Es el rancho que hay al lado de Michael Jones?

—Sí, justo al lado. ¿Lo conoce?

Emelie intentó no parecer demasiado interesada en su respuesta, y lo consiguió, pues Walker contestó al instante:

—Sí, he hablado varias veces con él. Bueno, me pasaré en unos minutos si le parece bien.

—¡Por supuesto! Estoy deseando venderlo porque tengo que volver a la ciudad muy pronto. Gracias, señor Walker.

—A usted.

La llamada se cortó al instante. Emelie cerró los ojos un instante y suspiró aliviada. Había pasado la primera prueba y había logrado engañar a Aarón Walker, pero sabía que le quedaba la peor parte: decirle a la cara que sabía que estaba envenenado el ganado de Michael. Este le había dado a entender que el comprador era una persona ambiciosa y peligrosa que podía hacer lo que fuera para conseguir sus propósitos. Pero ella no estaba dispuesta a dejarse vencer por alguien así. Sus padres siempre le habían enseñado que debía hacer frente a la verdad y sacarla a la luz siempre que pudiera. Y ahora tenía esa oportunidad al alcance de su mano.

Michael apenas podía trabajar aquella mañana. A medida que habían pasado los minutos desde que Emelie salió de su rancho, Michael se fue sintiendo cada vez más enfadado consigo mismo. Aún no era capaz de entender por qué había besado a Emelie. Su mente le decía que lo había hecho para acallarla y hacer que su mente estuviera puesta en algo diferente a sus toros. Sin embargo, otra parte de él le indicaba que había algo más en ese gesto tan nimio como un beso.

—Maldita sea —refunfuñó Michael con enfado.

El joven tiró contra la pared un trozo de madera. Le irritaba no tener el control de la situación ni de sus propios sentimientos. Después de tantos años no había logrado olvidar lo que Emelie le provocó en su niñez. A pesar de que siempre estaban juntos y todo el mundo sabía de su amistad, él habría preferido algo más entre ellos, y siempre tuvo la esperanza de que en la juventud pudieran tener algo. Pero cuando la joven le informó de que se iban del pueblo, sintió que su corazón se rompía, y ni siquiera fue capaz de ir a

despedirla.

Durante muchos años había estado enfadado con ella e incluso se juró a sí mismo devolverle el daño que Emelie le había hecho con su marcha, pero cuando la vio aparecer de nuevo en su vida y vio cómo había cambiado, todo eso desapareció, volviendo a surgir unos sentimientos que creía enterrados para siempre. Por eso la había besado aquella mañana. No solo para callarla y dejar que mirara hacia otro lado y así protegerla de Walker, sino que también porque desde que la había vuelto a ver había tenido la necesidad de sentir los labios carnosos de la joven.

Michael suspiró y se dirigió hacia el vallado del ganado para ver cómo estaban. No podía dejar de pensar en lo sucedido con el veneno y se preguntaba una y otra vez cómo habían conseguido llegar hasta el agua de los toros y envenenarla sin que él los hubiera visto.

El ruido de un coche llamó su atención y dirigió la mirada hacia el camino. Justo en ese momento vio que un coche negro pasaba justo delante de la valla. Lo reconoció al instante. Se trataba de su peor enemigo, el hombre al que le debía la casi ruina en la que estaba sumido y la muerte de parte de sus reses. Este le dirigió una mirada de autosuficiencia y una sonrisa que le hizo sospechar lo peor.

Michael frunció el ceño y miró el camino que había tomado Walker. Una idea cruzó por su mente, pero intentó desecharla al instante, pues estaba seguro de que Emelie no sería capaz de llamarlo y abrirle las puertas de su casa.

Tan solo media hora tuvo que esperar Emelie para que el timbre de su casa sonara con la visita que más esperaba. La joven sintió que los nervios volvían a apoderarse de ella, pero sabía que no debía mostrarse débil ante él si quería conseguir que dejaran en paz a Michael.

Con paso decidido y con las pruebas sobre la mesa del salón, Emelie se dirigió hacia la puerta de la casa y la abrió con determinación. Tras ella había un hombre que vestía con traje negro a pesar del calor que hacía ese día de verano. No pudo evitar fijarse en la cicatriz que cruzaba su boca, y sintió al instante un escalofrío que le hizo desear cerrar la puerta y encerrarse donde no pudiera verla jamás.

Sin embargo, se armó de valor y esbozó una sonrisa que quiso que pareciera sincera.

—Perdone, señor Walker, por hacerle venir hasta aquí —le dijo mientras le indicara el camino hacia el salón—. Pero quería hablar con usted.

El aludido asintió al tiempo que, con descaro, miraba de un lado para otro de la casa.

—Es un buen rancho —dijo obviando las palabras de la joven.

Emelie se sintió perdida ante su presencia y comenzó a pensar que poco le importaba a Walker lo que tuviera que decirle. Sin duda, era un hombre de negocios, pero dudaba que fuera una persona preocupada u educada con el prójimo. Lo que había pensado sobre él después de hablar por teléfono lo acababa de desechar de su mente, pues aquel hombre le inspiraba un sentimiento de pequeñez y peligrosidad que nadie jamás le había transmitido.

Emelie tragó saliva cuando Walker se giró hacia ella y la observó con curiosidad.

—Así que tiene intención de vender, señorita.

La joven carraspeó y sonrió como una niña a la que su madre ha pillado haciendo alguna travesura.

—En realidad, no, señor Walker. —Este frunció el ceño sin entender—. Verá, sé que está interesado en comprar el rancho de Michael Jones.

El aludido asintió y dirigió la mirada hacia los papeles que la joven le señalaba con la mano.

—Hace varias semanas que los toros de Michael están muriendo sin ninguna enfermedad aparente.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo, señorita? Déjeme decirle que soy un hombre muy ocupado.

—No lo dudo, señor, pero ha llegado a mi conocimiento de su incesante empeño para que Michael le venda sus tierras. Qué casualidad que justo desde que usted llegó al pueblo han comenzado a morir reses de su ganado...

Walker dio un par de pasos hacia ella sin dejar de mirarla fijamente.

—¿Qué está intentando decirme?

—Que el ganado está siendo envenenado, señor Walker. —Emelie se dirigió hacia la mesa y le mostró los papeles con su informe—. Soy veterinaria y he analizado el agua del ganado. Había un veneno muy potente que desaparece a las pocas horas del cuerpo de los animales. De esta forma, nadie podría incriminarlo por matarlos.

—Esa es una acusación muy seria, señorita —le dijo señalándola con el dedo—. No tiene pruebas contra mí.

—Tal vez yo no las tenga, pero las autoridades podrán conseguirlas —contestó Emelie con una entereza y valentía que se le escapaba por momentos.

Walker se aproximó hacia ella lentamente sin dejar de mirarla a los ojos. Le apuntó con el dedo y le dijo:

—Señorita, usted no sabe con quién está hablando. Nunca paro hasta conseguir lo que deseo. Y es mejor que no se meta en mi camino.

—¿Me está amenazando?

Walker sonrió de lado, pero no contestó a su pregunta. Se dirigió directamente hacia la puerta y antes de que saliera Emelie llamó su atención.

—¡Señor Walker! —Esperó a que el hombre se girara para mirarla—. Yo tampoco pararé hasta conseguir verlo entre rejas.

Aquellas palabras borraron la sonrisa de su rostro y se marchó de la casa dando un sonoro portazo.

Cuando por fin se vio sola en su casa, Emelie suspiró aliviada. No podía creer que se había enfrentado a aquella persona ella sola y para colmo lo había amenazado con denunciarlo. Con las piernas temblando incontrolablemente, la joven se dirigió al sofá y se dejó caer sobre él para intentar recuperar la calma y la tranquilidad de su cuerpo.

Por un momento, pensó si debía avisar a Michael sobre lo que había ocurrido con Walker, pero estaba segura de que se enfadaría tanto con ella que sería capaz de volver a echarla de su rancho, por lo que decidió que lo mejor sería dejarlo pasar y ayudarlo sin que él lo supiera. Sin embargo, al cabo de media hora, unos nudillos insistentes llamaron a su puerta.

Emelie frunció el ceño y se levantó del sofá, sobre el que aún estaba intentando recuperarse, y abrió con cierto miedo. Cuando vio el rostro de Michael detrás de la puerta, llegó a la conclusión de que este sabía lo que había ocurrido con Walker.

El joven puso una mano sobre la puerta y la empujó con fuerza, abriéndola de golpe.

—¿Se puede saber qué demonios has hecho?

Michael entró en la casa y se enfrentó a ella mirándola directamente a los ojos al tiempo que se cruzaba de brazos a la espera de una respuesta por su parte. Emelie tragó saliva sin comprender cómo se había enterado de que había hablado con Walker.

—No sé a qué te refieres...

—Pues yo creo que sí lo sabes. —La señaló con el dedo—. He visto salir a Aarón Walker de aquí, y no llevaba cara de haberse hecho tu amigo. ¿Qué le has dicho?

Emelie desvió la mirada hacia las afueras del rancho, ya que no podía sostenerle la mirada a Michael sin ponerse nerviosa.

—Le he dicho que quería vender mi rancho.

Michael bufó.

—Y ahora la verdad...

Emelie lo miró mordiéndose el labio con nerviosismo. Sabía que se pondría furioso cuando le contara lo que había sucedido, y su nerviosismo aumentó cuando Michael dirigió sus ojos hacia los labios de la joven y los miró con deseo contenido. No pudo evitar sentir un escalofrío al recordar el beso de aquella misma mañana y el hecho de pensar que podía volver a repetirse en cualquier momento le hacía desearlo con más fuerza.

—Le he contado que sé que está envenenando tu ganado —contestó antes de que sus pensamientos la traicionaran.

—¿Qué? —vociferó Michael—. ¿Te has vuelto loca? Te dije que no te metieras con él, que no es trigo limpio.

—Lo sé, pero solo quiero ayudarte. Y no me importa ese tipo.

—Podría hacerte daño.

Michael la miró en ese momento con tanta intensidad que la joven no supo qué contestar.

—No sabía que te preocupara tanto mi seguridad.

Michael apretó la mandíbula al tiempo que se giraba para darle la espalda. El joven resopló enfadado y se llevó una mano al rostro para intentar calmarse antes de decir algo que echara todo a perder y le hiciera daño a Emelie.

—Sí me preocupa, joder.

Emelie esbozó una pequeña sonrisa de forma inconsciente. No sabía por qué, pero le gustaba saber que Michael se preocupaba por ella de aquella forma tan peculiar.

—Solo soy una vecina testaruda. No tienes por qué inquietarte. Walker no va a hacerme nada.

Michael se giró de nuevo hacia ella y la observó detenidamente. Emelie lo vio apretar los puños con fuerza. Sabía que algo le rondaba la mente, porque recordaba que cuando era pequeño hacía lo mismo, y al final siempre acababa contándole lo que le ocurría.

—Si en algún momento te molesta o llega a tocarte, dímelo —le pidió—. No podría perdonarme que te hiciera daño por mi culpa.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí? —le preguntó realmente interesada

en su respuesta.

Michael se acercó a ella unos pasos y abrió la boca para contestar:

—Porque... —Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta y finalmente se dirigió hacia la puerta lanzando un murmullo—. Demonio de mujer...

Emelie se quedó mirando desde el quicio de la puerta hasta que Michael desapareció por el camino. En su rostro mostraba una sonrisa bobalicona, aunque no entendía el motivo. No obstante, a cada minuto que pasaba con Michael le gustaba más su compañía, tal y como lo disfrutaba en su niñez, pero esta vez era muy diferente a entonces. Ahora era un cariño adulto. Ambos sabían lo que hacían y lo que deseaban, y una parte de ella le decía que Michael la deseaba, aunque no estaba segura de si lo hacía con la misma intensidad que la joven.

CAPÍTULO 6



Después de pasar el resto del día ordenando la casa, aunque su mente estaba puesta en los sentimientos que estaban surgiendo hacia Michael, Emelie estaba realmente exhausta. Todos los músculos de su cuerpo estaban entumecidos por cargar cajas de un lado hacia otro y tenía la sensación de que en cualquier momento las piernas se le llenarían de incontrollables calambres.

Emelie suspiró cansada cuando su cuerpo tocó por fin la suavidad de las sábanas. Había cenado algo ligero con la única intención de subir cuanto antes al dormitorio para continuar con la lectura de uno de los mejores libros que había leído jamás. Además, tenía la necesidad de poner la mente en un lugar diferente al que se encontraba, pues la imagen de Michael y el recuerdo del beso no hacían más que atormentarla a todas horas y no la dejaban concentrarse.

Por eso, después de la cena se dio una ducha rápida y con el pelo aún mojado se tumbó sobre la cama. Se había vestido con la ropa más cómoda de la que disponía: un pantalón corto de algodón y una camiseta básica de color blanco. Durante unos segundos, se entretuvo mirando el techo sin pensar en nada en especial. Tan solo deseaba escuchar el silencio que a esa hora había alrededor de la casa. Esa tranquilidad era muy complicada de conseguir en Houston, pues el sonido de los innumerables coches que pasaban por la calle en la que vivía, que era una de las principales, no la dejaba apenas concentrarse en nada.

Después de esos minutos de tranquilidad, la joven volvió a ver en su mente la imagen de Michael. ¿Por qué demonios se cruzaba en sus pensamientos? Creía tener la respuesta, pero le aterraba ponerla en palabras. En su niñez se había sentido atraída por él, pero pensaba que se trataba de algo pasajero, un entretenimiento de niños. Sin embargo, desde que había llegado a Brady no había podido quitarse a Michael de la cabeza en ningún momento, y menos desde que la había besado esa mañana en el granero. Aquel niño travieso con

el que compartía secretos se había convertido en el hombre más atractivo que había visto nunca. La fiereza con la que iba acompañado a todas partes y la masculinidad que le transmitía su cuerpo hacían de él una mezcla explosiva que la atraía casi sin darse cuenta.

Sin saber cómo, sus pensamientos se fueron por unos derroteros que provocaron que la joven se sonrojara en la semioscuridad de su habitación. Se imaginó el cuerpo desnudo de Michael aproximándose a ella y haciéndole el amor con la misma intensidad con la que el joven solía dirigirse a ella. Y en medio de aquellos pensamientos, Emelie sintió que un intenso calor se extendía por todo su cuerpo, encendiéndolo como si se tratara de llamas de fuego e instalándose entre sus piernas, haciéndola desear realmente aquello que estaba pasando por su mente en ese momento.

—¡Qué tonta eres, Emelie! —se dijo a sí misma.

La joven sacudió la cabeza para quitarse aquellos pensamientos de la mente y giró la cabeza para coger el libro que reposaba en la mesita, justo al lado de la cama. Fue entonces cuando supo que algo no iba bien. Fijó su mirada en la puerta del dormitorio y vio que por debajo se filtraba lo que parecía ser humo. Hasta entonces no le había llegado el olor del piso inferior, pero en ese momento fue consciente de lo que estaba ocurriendo en su casa.

Se puso de pie de un solo salto y tiró el libro de nuevo sobre la mesita. Ahora sí le llegaba bien el olor a quemado y su corazón comenzó a latir con tal intensidad que pensó que en cualquier momento le explotaría. Se aproximó a la puerta lentamente intentando recordar si había dejado algo puesto en el fuego de la cocina, pero solo había cenado una ensalada, ya que no tenía ganas de cocinar cuando llegó la noche. Por eso no entendía qué podía haber ocurrido para que se generase un incendio dentro de la casa.

El humo que pasaba por debajo de la puerta ahora era más intenso y el olor provocó que comenzara a picarle la garganta. Tenía un miedo atroz a abrir la puerta, pues temía que las posibles llamas que hubiera cerca entraran sin control dentro del dormitorio. Sin embargo, se armó de valor y salió fuera. Un ataque de tos le sobrevino cuando abrió de golpe la puerta del dormitorio y vio lo que estaba ocurriendo. Una intensa humareda subía por las escaleras, amenazando su seguridad y la de la casa, ya que esta había sido construida en madera.

—¡Joder! —vociferó la joven sin saber qué hacer.

Emelie miró a su alrededor y se acercó a las escaleras para intentar ver, a

través del humo, si podía bajar al piso inferior y salir por la puerta, ya que las ventanas del piso superior aún no estaban arregladas y no podía abrirlas. Sin embargo, el humo le impidió ver con claridad lo que estaba sucediendo en el piso de abajo.

La joven sintió un ataque de pánico que la obligó a apoyarse contra la pared frente a las escaleras y, a pesar del intenso humo y la tos que le producía, sentía que no podía mover las piernas para salir de allí. Las lágrimas acudieron a sus ojos, algunas debidas al humo, pero especialmente provenían del nerviosismo y pánico que estaba atravesando en ese momento.

Pasados unos segundos, en los que obligó a sus músculos a moverse, Emelie reaccionó y corrió de nuevo hacia el dormitorio para intentar pensar algo rápido. Cerró de un portazo y fue hacia la parte contraria a la puerta, ya que allí el aire era más respirable. La joven miró de un lado a otro y corrió hacia la ventana para intentar abrirla, aunque sabía de antemano que estaba atrancada y podría moverla ni un solo milímetro. En efecto, no pudo hacer nada por abrirla, ni siquiera aunque rompiera los cristales podría salir, ya que la marquesina que la tapaba tampoco podía moverse.

—¡Mierda! —gritó la joven desesperada.

En ese momento, se le ocurrió la única opción que podía barajar. Corrió hacia el baño del piso superior y mojó una de las toallas más grandes de las que disponía, ya que en esa época del año no había llevado mantas debido al calor.

Una vez que la toalla estaba completamente empapada, Emelie se cubrió con ella y se dirigió con paso vacilante hacia las escaleras. El humo era irrespirable y apenas podía llenar sus pulmones con el poco aire que quedaba en la casa. A tientas, pues no podía ver absolutamente nada, Emelie consiguió llegar hasta las escaleras y bajar los primeros peldaños. Llevó a su memoria la última vez que había visualizado la escalinata antes de ese momento para intentar descubrir cuántas escaleras podría haber. Sin embargo, debido al nerviosismo apenas podía calcular si una veintena o treintena, por lo que, lo más deprisa que podía, bajó uno a uno los peldaños que la separaban del piso donde se había originado el incendio. Sin embargo, debido a su mal cálculo con las escaleras, cuando pensó que ya estaba en el piso inferior dio un paso en falso y cayó, golpeándose la espalda y la cabeza antes de perder por completo la consciencia mientras el humo y el fuego hacían estragos por toda la casa, y amenazando la vida de la joven si no conseguía salir de allí antes de

que se le acabara el aire.

Michael acababa de salir de su casa para vigilar el ganado cuando vio el fuego. Aquella noche le resultaba imposible dormir, pues estaba preocupado por cómo llevaría a cabo Walker el hecho de que Emelie supiera que estaba envenenando a su ganado. Sabía que no estaban tratando con trigo limpio y tarde o temprano se vengaría de ellos por no ceder para vender el rancho.

Aquella noche decidió, después de dar varias vueltas en la cama, que lo mejor sería salir a vigilar que nadie entrara en su rancho de noche para seguir echando veneno en el agua de sus animales. Sin embargo, cuando llegó al borde de la valla, le llamó la atención la luz procedente del rancho de Emelie. Al instante, fue consciente de que el mismo estaba ardiendo, pues el humo que salía del rancho y la luz de las llamas le indicaron que Emelie estaba en peligro.

—¡Maldita sea! —gritó.

Michael se dirigió corriendo hacia su furgoneta para llegar en el menor tiempo posible. Su corazón latía con fuerza y temía que no pudiera llegar a tiempo de salvar a Emelie.

Arrancó la furgoneta y pisó el acelerador a tope. A pesar de la poca distancia que separaba un rancho de otro, el poco camino se le hizo eterno a Michael. Las llamas eran cada vez más vivas y el olor a humo era abrumador. Miró desesperado de un lado hacia otro intentando ver si Emelie había logrado salir de la casa, sin embargo, la soledad fue lo único que lo recibió cuando se bajó de su camioneta.

—¡Emelie! —vociferó desesperado.

Pero no obtuvo respuesta. Corrió hacia la puerta y vio que esta había sido atrancada con un palo de madera y habían pasado una cadena alrededor de los pomos para evitar que pudiera ser abierta. Habían encerrado a Emelie para que no saliera de allí, por lo que llegó a la conclusión de que no había sido un incendio fortuito, sino que Walker había enviado al rancho de Emelie a alguno de sus secuaces para eliminarla antes de que acudiera a las autoridades a denunciarlo.

—¡Emelie!

Michael corrió hacia la parte trasera de su furgoneta para coger un hacha que siempre llevaba junto a la caja de herramientas. De nuevo corrió hacia la puerta con el hacha en la mano y cuando estuvo a la altura, lo blandió y lo estrelló contra la cadena. Necesitó hacerlo dos veces más para que esta saltara

por los aires y le permitiera el paso a la casa.

De una patada, Michael pudo acceder al interior, del que apenas podía ver más allá de sus narices.

—¡Emelie! —gritaba desesperado.

Le sobrevino un ataque de tos. El joven no sabía a dónde dirigirse. Rápidamente, llegó a su memoria lo vivido en aquel rancho en su niñez, ya que en la visita de esa mañana no pudo ver nada. Recordó dónde se encontraban las escaleras y supuso que la joven se había refugiado en el piso superior mientras el fuego devoraba todo a su paso.

Con paso rápido, Michael se dirigió hacia las escaleras, sin embargo, a medio camino tropezó con algo blando que lo hizo trastabillar. El joven estuvo a punto de caer al suelo, pero se recompuso al instante y se agachó para comprobar que se trataba del cuerpo inconsciente de Emelie.

—¡Maldita sea!

Michael pasó un brazo por las piernas de la joven y por sus hombros para después levantarla como si se tratara de una pluma. Salió corriendo de la casa, pues del techo se desprendían algunos trozos de madera que podrían caerles encima. La tos lo atacaba insistentemente, pero aún así pudo apartarse de la casa varios metros para salir del humo y dejar que Emelie tomara aire fresco.

Cuando por fin estuvo al lado de la camioneta, se arrodilló en el suelo y dejó el cuerpo de la joven para inspeccionarla.

—¡Emelie! —la llamó con insistencia.

No obstante, la joven no atendió a sus súplicas y siguió inconsciente. Michael, desesperado, se agachó sobre Emelie a comprobar su respiración, pero esta era inexistente. Su corazón comenzó a latir deprisa, ya que tampoco tenía pulso, tras comprobarlo en la muñeca de la joven. Al instante, comenzó a presionar su caja torácica para hacerle el boca a boca.

—Venga, Emelie —le susurraba desesperadamente—. No me hagas esto, por favor.

De nuevo volvió a presionar el pecho de la joven y a insuflar aire por su boca, pero no reaccionaba a pesar de sus esfuerzos.

—Emelie, no me abandones otra vez, por favor.

Michael sintió que sus ojos comenzaron a picarle, pero no del humo que había alrededor, sino de las lágrimas que acudieron a sus ojos al pensar que la joven iba a morir. Fue en ese momento cuando confirmó lo que ya rondaba por su mente: la amaba. La amaba con más fuerza de lo que nunca había podido

imaginar. Y el hecho de pensar que podría perderla ahora que la había vuelto a ver después de tantos años y que podía luchar por conquistarla a pesar de lo mal que habían empezado le hacía desesperarse y animarlo para seguir adelante con el boca a boca.

—No te la lleves —suplicó mirando hacia la noche estrellada que era tapada por el intenso humo que estaba destruyendo la casa de Emelie—. Te quiero, Emelie. No me dejes, por favor.

Michael volvió a insuflar aire en los pulmones de la joven, y en ese momento Emelie abrió los ojos de golpe y comenzó a toser con fuerza buscando desesperadamente aire limpio con el que llenar sus pulmones. Michael la ayudó a incorporarse entre sus brazos y la miraba con tanta intensidad que necesitó de todo su autocontrol para no besarla y volver a dejarla sin aliento.

Emelie se apoyó en el musculoso pecho de Michael y se dejó abrazar. Había pasado tanto miedo que cuando había despertado lo primero que pensó fue que había muerto. Pero cuando el rostro de Michael apareció en su campo de visión fue consciente de que realmente había estado al borde de la muerte.

Con el paso de los segundos, la joven fue sintiéndose mejor y calmando su respiración, pero seguía sintiéndose mareada.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Michael con el rostro demudado.

Emelie asintió, pues aún sentía que su garganta era incapaz de hablar. La joven intentó incorporarse, pero Michael se lo prohibió.

—Ni lo sueñes —dijo cargándola y dirigiéndose hacia su camioneta.

Abrió la puerta del copiloto con cuidado y la depositó con sumo cuidado en el asiento, como si fuera a romperse en cualquier momento. Emelie apenas era consciente de lo que sucedía a su alrededor. Estaba conmocionada mientras veía cómo el lugar en el que había nacido y pasado su infancia se quemaba delante de sus ojos y ella no podía hacer absolutamente nada. Sus recuerdos se estaban deshaciendo ante ella y, a pesar de que quería venderlo en un futuro, no pensaba que debía dejarlo ir de aquella manera tan cruel y drástica. Las lágrimas acudieron a sus ojos y no puso impedimento para que salieran de ellos. Las dejó ir, al igual que debía hacer con su rancho. En ese momento no quería aparentar ante Michael una fortaleza que no sentía realmente.

Cuando su salvador se sentó a su lado en la camioneta, lo miró embelesada. No podía poner en palabras lo que sentía en ese instante hacia él por haber ido a su casa a salvarle la vida. Podía haberlo dejado pasar o llamar a la policía

para que ellos se ocuparan de la joven. Sin embargo, se había jugado su propia vida para salvarla. Ambos se miraban en silencio sin ser capaces de romperlo.

—Gracias, Michael —le dijo cuando se sintió fuerte y con la garganta limpia de humo.

—No ha sido nada —fue su escueta respuesta.

Michael arrancó la camioneta con el corazón aún en un puño y sin sentirse capaz de mirar a Emelie a los ojos. Esta, sin embargo, no dejaba de observarlo casi con admiración. Recordó que era en él en quien estaba pensando cuando vio que por la puerta de su dormitorio entraba el humo del incendio y no pudo sino alegrarse al ver que había sido él quien la había sacado del mismo infierno.

Michael puso rumbo hacia su rancho, abandonando el de Emelie, por cuyas ventanas inferiores buscaba aire desesperadamente el fuego. La joven echó un último vistazo a la que había sido su casa y la tristeza la embargó aún más. En sus pupilas podía verse el reflejo de las llamas que arrasaban con lo poco que le quedaba del recuerdo de sus padres y de su feliz infancia. Todos sus planes habían desaparecido en menos de una hora, y no podía evitar sentirse rabiosa por no haber podido hacer nada por salvarlo, aunque tenía la esperanza de que el fuego al menos no arrasara el piso superior. Sentía que había fallado a la memoria de sus padres, pues habían sido ellos quienes lo habían dejado a su nombre.

La joven se mordió los labios con rabia y miró por la ventanilla de la camioneta. Deseaba salir de allí y correr hacia Houston sin parar ni un solo segundo. Deseaba ir a la tumba donde estaban sus padres para pedirles perdón por no haber sabido gestionar su trabajo de la mejor manera y haberse dejado llevar por la rabia que sintió al descubrir que el ganado de Michael estaba siendo envenenado. Apretó los puños con tanta fuerza que sus nudillos perdieron el poco color que le quedaban.

—No es culpa tuya, Emelie —le dijo Michael cuando vio que la joven estaba enfadada.

Se giró hacia él para mirarlo a la cara, pero solo pudo ver el perfil del joven, pues este mantenía la mirada fija en el camino.

—Debí hacerte caso —dijo con la voz aún ronca por el humo—. Tenías razón. De hecho, siempre la tienes. Soy una testaruda que lo único que ha conseguido es que la intenten quemar viva en su propia casa. Y tenías razón

respecto a que no debía contarle nada a Walker. Tenías razón en todo, joder.

En un intento por consolarla, Michael alargó su mano derecha y la posó sobre la de Emelie. La apretó con suavidad para infundirle ánimo y llevó la camioneta hacia la entrada del granero para aparcarla. No sabía qué decirle, pues nunca había tenido que consolar a nadie. No era muy ducho en palabras, pero en ese momento deseaba consolarla y transmitirle que estaba con ella, que no la dejaría sola ni un segundo, pero de repente sintió miedo de que la joven no le correspondiera o pensara que lo hacía para aprovecharse de su situación. No obstante, tenía la sensación de estar ante una niña desamparada que necesitaba de alguien fuerte que la ayudara a salir de la tristeza y la soledad que la consumían.

Emelie miró sorprendida la mano de Michael, pero le duró tan solo unos momentos, ya que enseguida llevó su mano derecha hacia ese mismo lugar y la posó sobre la del joven. Al instante, sintió el calor que esta desprendía y sin saber cómo ni por qué se sintió segura y a gusto, como si nada más pudiera ocurrir que le hiciera daño. En ese momento, escuchó el sonido de las sirenas de los bomberos que se aproximaban a toda prisa hacia su rancho. Supuso que algún vecino que había visto las llamas los había avisado, pero la joven no intentó ir para hablar con los bomberos, pues en ese instante no se sentía capaz de nada.

Ambos se mantuvieron en silencio durante varios minutos hasta que Michael rompió la magia que se había formado a su alrededor.

—Será mejor que entremos y te des una ducha —dijo con voz suave.

Emelie asintió y lo miró a los ojos intentando simular una sonrisa en sus labios.

—¿Tan mal huelo?

Michael esbozó una sonrisa y asintió.

—Creo que el culo de mis toros huele mejor.

Emelie contestó a sus palabras con un sonoro manotazo en su hombro. Suspiró con tristeza antes de salir de la camioneta e intentó no mirar hacia el humo que desde allí podía distinguirse y que continuaba destrozando su hogar. Y fue en ese momento cuando un par de preguntas acudieron a su mente.

—Michael, ¿has llamado a la policía?

El aludido, que ya había bajado de la camioneta y se dirigía a ella para ayudarla a caminar, negó con la cabeza en silencio.

—Creo que están comprados por Walker porque hace unas semanas intenté

denunciarlo por acoso y no conseguí ni siquiera su interés.

Emelie chasqueó la lengua con fastidio y rechazó la ayuda del joven mientras caminaban hacia la casa de este.

—¿Y por qué has ido a ayudarme? —le preguntó en apenas un susurro—. Podías haberlo dejado pasar. Creía que estaban enfadado conmigo por haber hablado con Walker.

Michael asintió y le abrió la puerta de su casa para que entrara primero. Se mantuvo en silencio durante unos minutos que a Emelie le parecieron eternos, y cuando la joven pensó que no obtendría respuesta a su pregunta, finalmente Michael contestó:

—Lo estaba. Estaba muy enfadado contigo porque sabía que iría a por ti. Y no quería que te hiciera daño.

Emelie se aproximó a él e intentó agarrarlo del brazo para que la mirara a los ojos, pero el joven se deshizo de su mano y caminó lentamente hacia la chimenea apagada.

—Después de ver cómo me has tratado desde que aparecí en Brady no logro entender por qué te preocupas así por mí.

Michael suspiró al tiempo que guardaba las manos en los bolsillos del pantalón. Nunca había tenido que enfrentarse a una respuesta tan difícil para él, ni siquiera había dudado tanto cuando se negó a vender a Walker. Finalmente, se armó de valor y se dio la vuelta para encararla.

—Cuando éramos niños, todos me querían únicamente por mi valentía para encarar a William Johnson. ¿Lo recuerdas?

—Sí, era el que se metía con todos para robarles el bocadillo —contestó Emelie con una media sonrisa en los labios.

Michael asintió.

—Nadie veía los problemas que tenía en casa o mis propios miedos. Y de todas esas personas, solo una fue capaz de escucharme e interesarse por mí por algo más que por protegerla.

Emelie asintió y sonrió.

—Esa eras tú, Emelie. Venías detrás de mí a todas partes. Todos los días me preguntabas qué tal me encontraba y te interesabas por el trabajo del rancho. Y...

Michael respiró hondo y soltó el aire poco a poco.

—¿Qué ocurre?

—Y todos los días estaba deseando que llegara el momento de estar contigo

porque me hacías sentir alguien, no un trozo de carne tras el cual esconderte. Por eso, cuando me dijiste que te ibas del pueblo me quedé hundido. Creía que no soportaría no poder verte todos los días.

—Pero lograste olvidarme —lo cortó Emelie—. No me reconociste cuando nos vimos.

Michael sonrió de lado.

—Mis sentidos no son los mismos últimamente. Cuando Nick me dijo que eras tú, no podía creer que la niña a la que había conocido se había convertido en una mujer tan... hermosa.

Esas últimas palabras las dijo mirándola a los ojos directamente, y se acercó a ella sin dejar de observarla.

—Cuando te fuiste, mi humor cambió por completo y me convertí en una persona solitaria y antipático con todo el mundo. Culpaba a todos por tu marcha, pero sobre todo me culpaba a mí mismo por no haberte dicho algo antes de que te fueras.

—¿El qué? —preguntó Emelie con extrañeza.

—Que estaba enamorado de ti, Emelie Clark, que nunca he conocido a alguien como tú y que jamás te he olvidado. Y que amo esa testarudez tuya; que adoro que quieras ayudarme; que amo que te metas en mi rancho sin llamar, que amo tu valentía, tu fortaleza y que amo todo lo que tocas y haces. Y que siento celos de todas las personas que han estado contigo estos años y que pienso protegerte y amarte hasta que me dejes.

Emelie sintió un nudo en la garganta tras escuchar sus palabras. Durante unos segundos pensó que estaba soñando y que Michael no había dicho todo eso, pero el dolor que sentía en todo el cuerpo le confirmó que estaba despierta. Y la mirada de desesperación que le transmitía Michael le pedía que le contestara de alguna forma, que dijera algo para romper el silencio en el que se habían sumido tras callar el joven.

Su corazón latía muy rápido. Por fin conocía lo que Michael sentía hacia ella, y le embargaba la emoción al descubrir que no era odio. Ella también había sufrido bastante cuando sus padres decidieron que lo mejor era irse de Brady. Jamás lo había olvidado y jamás lo haría. Por eso, la joven comenzó a dar pasos cortos hacia Michael, que estaba empezando a impacientarse, acortando la distancia que los separaba hasta que finalmente estuvo cara a cara con él y, sin mediar palabra alguna, le contestó con el beso más profundo que había dado jamás.

Michael lo recibió como agua de mayo. Durante unos momentos pensó que Emelie lo rechazaría o que se burlaría de sus propios sentimientos, pero no era así. Después de tanto tiempo, descubría que la mujer a la que había querido desde la niñez también le correspondía. Y eso le encogió el corazón tras pensar que podía haberla perdido esa misma noche pasto del fuego de su hogar. Por eso, deslizó sus brazos por la cintura de la joven y la atrajo hacia sí suavemente, pero con decisión para evitar que volviera a irse, que volviera a dejarlo solo.

—Siempre pensé que me veías como una amiga —dijo Emelie contra sus húmedos labios.

Michael negó con la cabeza.

—Me enamoraste con tu valentía, Emelie Clark. Y siempre he estado enamorado de ti a pesar de la distancia. Nunca pude olvidarte a pesar de haberlo intentado porque siempre creí que no volvería a verte.

Michael volvió a apoderarse de sus labios y dio rienda suelta a la pasión que hacía tiempo guardaba dentro de él. Después de tanto tiempo necesitaba sentirla cerca de él, olvidar lo mal que lo habían pasado desde que había regresado al pueblo y los años pasados entre ambos. Quería vivir el momento y no pensar en el enemigo que había fuera de sus muros. Ahora estaban él y ella, nadie más existía para ambos. Y no estaba dispuesto a que nadie interrumpiera lo que iba a hacer a continuación.

Emelie sintió las manos de Michael subiendo por su cintura y acariciándola con tanta ternura que la emocionó. Al instante, sintió dentro de ella un fuego abrasador incontrolable que provocó que la joven se quitara la sucia camiseta que llevaba puesta. Olvidó que hasta hacía solo unos minutos había estado a punto de morir bajo el fuego abrasador, y aceptó el fuego que en ese momento recorría todo su ser.

Ayudó a Michael a quitarse la ropa. Comenzó a desabrochar los botones de la camisa del joven. Lo hizo lentamente, como quien sabe que dispone de todo el tiempo del mundo, como si la noche fuera a durar una eternidad. Cuando por fin el último botón estuvo desabrochado, Emelie deslizó la camisa de Michael por sus hombros y la dejó caer al suelo, a los pies del joven. Después llevó las manos a sus brazos para acariciarlos con suavidad, como siempre había deseado, transmitiéndole todo el cariño y amor que había guardado para él. Tras disfrutar de la dureza de sus bíceps, llevó las manos hacia el pecho de Michael, donde se detuvo el tiempo necesario para grabar en su memoria cada

recodo de su piel.

—Dios, me estás volviendo loco, Emelie —le dijo con voz ronca.

La joven esbozó una sonrisa de lado y llevó sus manos hacia la correa que sujetaba el pantalón de Michael. Con pericia, lo desabrochó y dejó que cayera junto a la camisa. Michael apartó las prendas y se dejó ver ante ella con toda la grandiosidad de su cuerpo desnudo. Emelie lo miró con admiración y deseo y volvió a acortar la distancia entre ambos. Al instante, llevó las manos hacia su propia ropa, pero Michael se las apartó sonriendo.

—Ahora es mi turno —le dijo antes de volver a atrapar su boca.

Emelie se dejó hacer por las expertas manos de Michael. Un intenso calor le recorrió el cuerpo cuando sintió las callosidades de sus manos contra su cintura. A los pocos minutos, toda su ropa descansaba a sus pies.

—Eres preciosa —le dijo antes de levantarla en volandas y llevarla escaleras arriba.

—¿A dónde vamos? —le preguntó, extrañada.

—A mi cama. No pensarás que te voy a hacer el amor en el sofá —le dijo antes de volver a besarla—. No lo había pensado así.

—¿Así que ya pensabas que me iba a acostar contigo? —le preguntó divertida.

—Por supuesto. Sabía que no podrías resistirte a un ranchero rudo, antipático y atractivo como yo.

Emelie rio a carcajadas. Y ella misma se extrañó por su comportamiento después de lo sucedido en su casa, pero hacía tanto tiempo que no se sentía amada que necesitaba olvidar por un momento lo que había sucedido a su alrededor y vivir algo positivo en su vida.

Por eso, se dejó llevar por Michael y se prometió a sí misma disfrutar del momento. Cuando llegaron al dormitorio del joven, Michael la depositó sobre la cama y se detuvo unos segundos a admirarla para después arrodillarse entre sus piernas y cubrirla con su propio cuerpo.

—Hacía tanto que había deseado este momento... —dijo Michael antes de volver a besarla.

Finalmente, acortó la distancia que los separaba y se fundió con el cuerpo de la joven. Emelie sintió un fuego abrasador que la consumía por dentro, haciéndole olvidar lo sucedido en los últimos meses desde la pérdida de su padre. Solo existía ese instante, nada más fuera de aquellos muros del rancho de Michael. Por fin sentía que uno de sus sueños se estaba cumpliendo.

Después de tanto tiempo, tenía a Michael para ella de aquella forma, aunque solo durase unos instantes y al día siguiente no quedara nada de ese intercambio de amor entre ambos.

Emelie acariciaba la ancha espalda de Michael con suavidad, aunque el placer que le producía sentirlo dentro de ella le hizo clavar sus uñas en su piel. Se dejó llevar por las continuas y diferentes sensaciones que experimentaba hasta que, finalmente, le sobrevino el orgasmo más fuerte de toda su vida. La joven se retorció de placer bajo el cuerpo de Michael y tuvo la sensación de que flotaba sobre las sábanas. Instantes después, Michael también acababa con un sonoro gemido y se derrumbaba junto a ella.

Emelie no tenía las fuerzas necesarias para hablar después de todo lo sucedido durante esa noche, por lo que se mantuvo abrazada a él en silencio hasta que todo el estrés del día se echó sobre ella, provocando que la joven cayera en un profundo y reparador sueño del que no despertaría hasta el día siguiente.

La mañana amaneció más fresca de lo normal, algo que agradecieron todos los habitantes de Brady, pues estaba siendo un verano realmente caluroso. Los vecinos se despertaron con el sonido de las sirenas de los bomberos, ya que varios de ellos habían alertado a las autoridades pertinentes sobre un fuego que se había originado en uno de los ranchos a la salida del pueblo.

Michael fue el primero en dar la cara por Emelie. Cuando las primeras luces del día aparecieron a través de la ventana, el joven se levantó y dejó que Emelie siguiera descansando y recuperándose de las sensaciones vividas en el día anterior. Se vistió rápido y sin desayunar, pues no podía probar bocado, se dirigió hacia el rancho de Emelie para hablar con los bomberos. Agradeció a los vecinos que alertaron sobre el fuego y explicó que había tenido que salvar a la dueña de la casa de las llamas antes de que el piso inferior de la casa quedara prácticamente arrasado.

—¿Y dónde se encuentra ahora? —le preguntó uno de los bomberos.

—En mi casa. Tuve que hacerle el boca a boca y estaba algo mareada cuando me la llevé.

—¿Y por qué no la llevó a un hospital y nos llamó? —le reprendió el bombero.

—Me dijo que se encontraba bien —mintió—. Y me quedé con ella toda la noche. No pensé que pudieran llegar a tiempo de salvar la parte de arriba. Lo siento. Además, cuando llegué a casa, ya se podían escuchar las sirenas, por lo

que supuse que algún vecino ya los había alertado.

Michael intentó que sus palabras sonaran verdaderas, ya que en ningún momento había pensado que los bomberos realmente fueran a salvar la casa. Estaba seguro de que todos estaban comprados por Walker y creyó que no acudirían a su rescate.

Después de prestar declaración, se alejó unos metros de la casa, de la que aún podía salir el intenso olor a humo. Vio que, efectivamente, los bomberos habían logrado apagar el fuego antes de que este se propagara por el piso superior, por lo que estaba seguro de que la ropa y pertenencias de Emelie habían sido salvadas.

—Disculpe —llamó de nuevo al bombero—, estoy seguro de que la joven que vivía aquí querrá recuperar su ropa. ¿Es posible?

El bombero torció el gesto y miró hacia las ventanas superiores.

—Aún es pronto para decirlo, pero creo que sí podríamos penetrar al piso superior después de comprobar que la parte de abajo es segura. El fuego ha dañado mucho la estructura y podría caer en cualquier momento, pero si esta mañana logramos apuntalar la casa, podríamos recuperarlo.

—¿Y cómo se originó el fuego?

—Parece ser un cortocircuito. Los cables de la casa son muy viejos y tal vez no pudieron soportar el paso de la luz.

Michael asintió y agradeció el gesto con una sonrisa pintada. Aquellas palabras le confirmaron lo que ya pensaba: estaban comprados por Walker. El hecho de que hubiera un cortocircuito no explicaba que la puerta estuviera atrancada con una cadena para evitar que Emelie pudiera escapar, pero aquello no iba a contárselo a los bomberos, sino que iba a solucionarlo por su cuenta.

Momentos después, abandonaba el rancho de Emelie para dirigirse hacia el centro del pueblo. Aquel fuego no había sido algo fortuito, y pensaba aclararlo con la persona que lo había hecho posible: Walker.

Intentando no pisar el acelerador a tope y pensando con calma las palabras que pensaba decirle, Michael llevó la camioneta hasta el centro de Brady. Sabía que Walker tenía allí una oficina en la que pasaba gran parte del tiempo desde que había decidido comprar buena parte de los ranchos. Aparcó la camioneta justo en la puerta de la oficina y vio desde allí que dos de los guardaespaldas de Walker estaban en la puerta vigilando quién entraba y salía de ese lugar.

Con decisión, se dirigió hacia allí, pero fue atajado por uno de ellos.

—¿Tienes cita? —le preguntó con desprecio.

—No, pero voy a pasar sin ella.

Michael intentó pasar de nuevo, pero fue detenido. Sin mediar palabra, el joven le propinó un puñetazo al vigilante. Este cayó al suelo llevándose la mano al labio que acababa de ser partido por Michael. Después, este, cuando vio de reojo que el otro vigilante se le echaría encima, levantó la pierna de golpe y le propinó una fuerte patada en la entrepierna que lo dejó tirado en el suelo aullando de dolor.

Michael entró en la oficina antes de que alguno de los dos volviera a levantarse y le impidiera el paso de nuevo. Cerró la puerta de la misma por dentro para evitar que pudieran entrar y detenerlo y se dirigió hacia la mesa de Aarón Walker con la mirada felina puesta sobre su enemigo.

—¿Se puede saber qué intrusión es esta? —preguntó levantándose de su silla de golpe—. Usted no tiene cita...

Sin embargo, no pudo continuar, pues Michael le propinó un puñetazo con todas sus fuerzas.

—Eres un hijo de puta.

Michael sacudió la mano para quitarse de encima el dolor que le produjo el golpe. Estuvo a punto de patearlo, pero se contuvo para intentar discutir con él, pues si este perdía la conciencia no podría hacer nada. Sin embargo, cuando vio que Walker se levantaba del suelo con la mirada fija sobre este y comenzó a reír, necesitó de todo su autocontrol para no volver a golpearlo.

—¿Qué pasa, Jones? —le preguntó—. ¿Tu amiguita ha sobrevivido?

Michael se precipitó sobre él, pero Walker sacó de entre su ropa una pistola y lo apuntó directamente a la cabeza. El joven se quedó clavado en el sitio, pero en su mirada podía verse reflejado todo el odio que guardaba por dentro.

—Quieto. No quisiera tener que matarte. No sería jugar limpio.

—Ya estás jugando sucio —le increpó Michael—. No pienso venderte nada. ¿Tanto te cuesta aceptar un no?

Walker sonrió de lado y se alejó unos pasos sin dejar de apuntarlo con la pistola.

—Tu rancho es una mina de oro, Jones. Y no pienso dejarlo pasar. Haré lo que sea para que sea mío. Lo que sea... —lo amenazó.

—Ni se te ocurra volver a acercarte a Emelie —le advirtió.

—¿Quién me lo va a impedir, tú? —Walker rio—. Envié a la persona equivocada para quemar su casa. —Chasqueó la lengua—. Pero no te preocupes. La próxima vez no fallaré.

—Déjala en paz. Esto es entre tú y yo.

—Tu amiguita se ha metido donde no debía. Y a mí nadie me amenaza sin acabar con los pies en la tumba.

Walker amartilló el arma.

—¿Qué pasa, te la estás tirando?

Michael no respondió a su pregunta, pero su silencio fue la respuesta que Walker estaba buscando. Este amplió su sonrisa y rio suavemente.

—Vaya, vaya. Así que el señor Jones tiene un hueco en su corazón para el amor... Creía que solo vivías para tus toros. ¡Qué gran noticia!

Michael apretó los puños y la mandíbula. Estaba a punto de echarse sobre Walker, pero el cañón de la pistola aún lo apuntaba y estaba seguro de que sería capaz de disparar para frenarlo.

—Como se te ocurra volver a tocarla, desearás no haber nacido —lo amenazó.

Walker bufó y apartó la pistola de Michael. Después la volvió a guardar entre su ropa sin quitarle la mirada de encima.

—Me alegra saber que tienes a alguien a quien quieres, Jones. Así será más fácil quitarte el rancho.

—Jamás será tuyo.

—Bueno, ¿cómo se llama? —Simuló estar pensando—. ¡Ah, sí! Emelie Clark. Puede que haya escapado del fuego, pero la vida da muchas vueltas. Sería una pena que una mujer así muriera tan joven...

Walker chasqueó la lengua y lo miró con una mezcla de amenaza y diversión. En ese mismo instante, los guardaespaldas que protegían la puerta intentaron abrirla, provocando que Michael volviera la vista ligeramente hacia ellos. Después, volvió a mirar a Walker.

—Ni se te ocurra volver a acercarte a ella —lo amenazó de nuevo justo cuando los guardias consiguieron abrir la puerta con un estruendo.

Directamente, se dirigieron hacia Michael y lo agarraron de los brazos. Este se dejó hacer, pues consideraba que ya había terminado de hablar. Sin embargo, uno de ellos, con el orgullo herido, le propinó un severo puñetazo que consiguió partirle el labio.

—¿Qué hacemos con él, jefe? —preguntó tirando de él para levantarlo.

—Llévóoslo de aquí. No tenemos nada más que decirnos.

Ambos empujaron a Michael hacia la salida de la oficina y cuando estuvieron fuera, lo soltaron. Este se les quedó mirando con rabia y apretó los puños. Deseaba volver a golpearlos para liberar la tensión que aún seguía teniendo sobre su espalda, pero sabía que estarían preparados y no podría con ellos.

—Será mejor que te marches si no quieres llegar a tu querido rancho con las piernas rotas —lo amenazó uno de ellos mientras se frotaba las manos.

Michael se le quedó mirando durante unos segundos, pero finalmente se dio media vuelta y regresó a su rancho junto a Emelie, que esperaba que ya hubiera despertado. El joven rumiaba un plan en su cabeza y debía llevarlo a cabo cuanto antes...

CAPÍTULO 7



Cuando Emelie abrió los ojos aquella mañana, se encontró completamente sola. A su lado había una nota de Michael en la que le explicaba que había ido a solucionar ciertas cosas de su rancho y a hablar con los bomberos. El incendio... La joven había dormido tan profundamente que no había tenido tiempo de volver a pensar en lo sucedido en su rancho.

De un salto, se levantó de la cama y se dirigió hacia la ventana del dormitorio de Michael. Desde allí podía ver su rancho, aún humeante, y varios efectivos de los bomberos trabajando para que no volviera a incendiarse. Intentó vislumbrar la camioneta de Michael, sin embargo, desde allí no lograba ver nada. Se fijó de nuevo en su casa y se preguntó si podrían haber salvado algo. Le habría gustado correr hacia allí y hablar ella directamente con los bomberos para contarles que alguien había incendiado su casa, que aquello no podía ser algo fortuito teniendo en cuenta que Walker la había amenazado. Pero recordó lo que Michael le había dicho sobre este, y es que pensaba que todos estaban comprados por él, por lo que no podría haber conseguido nada al respecto.

Un intenso dolor se instaló en su pecho. Parecía estar viviendo una pesadilla. Jamás pensó que su vuelta a Brady le acarrearía tantos problemas. A pesar de haberse sincerado con Michael, su reencuentro no había sido como ella esperaba y después de descubrir que alguien estaba envenenando su ganado jamás pensó que su descubrimiento conllevaría casi su propia muerte. Siempre había tenido una vida tranquila y todo eso parecía sobrepasarla un poco, aunque su padre siempre le había dicho que era una chica fuerte, capaz de soportar cualquier cosa que llegara a su vida, por lo que se lo repitió a ella misma varias veces mientras las lágrimas caían por sus mejillas al ver que la casa de sus padres se había quemado.

Emelie respiró hondo y sacudió la cabeza. No podía centrar su vida en algo tan banal como un bien material que había pensado vender a su llegada a

Brady. Pero ella misma sabía que parte de esa pena no venía por haber perdido esa casa de su niñez, sino por haber estado a punto de sucumbir ante las exigencias y malos actos de una persona ambiciosa capaz de hacer cualquier cosa por conseguir lo que quería.

La joven se secó las lágrimas. Se prohibió a sí misma seguir llorando y maldiciendo lo sucedido, pues hacía tiempo que alguien le había dicho que debía pensar que lo mejor era convertir las pérdidas en ganancias. Y así había sido. Había perdido su casa la noche anterior, pero había logrado saber lo que Michael sentía por ella, por lo que llegó a la conclusión de que la pérdida era menor, pues podría vivir en su rancho.

Emelie escuchó el sonido de la puerta de la casa y se fijó en que la camioneta de Michael estaba aparcada frente a la casa. Frunció el ceño al darse cuenta de que no había sido consciente de la llegada del joven, ya que había estado demasiado metida en sus pensamientos. Después oyó las pisadas cansadas de Michael subiendo las escaleras y dirigiéndose directamente hacia el dormitorio.

Cuando la puerta se abrió, Emelie no pudo evitar un gesto de auténtica sorpresa al ver la sangre en el labio de Michael y su sonrisa se quedó congelada en sus labios al tiempo que se acercaba a él.

—Pero ¿qué demonios te ha ocurrido?

La joven intentó limpiar los restos de sangre del rostro de Michael, pero él la agarró por los brazos para frenarla, pues ya se encontraba mucho mejor y su labio había dejado de sangrar.

—Nada, he tenido un desencuentro con los hombres de Walker.

—¿Qué? —preguntó, sorprendida—. ¿Has ido a hablar con ese demente?

Emelie esperó una respuesta que no llegó, por lo que dedujo que efectivamente Michael había ido a hablar con él.

—He ido a decirle que sabía que él era el responsable del incendio de tu rancho —confesó pasados unos segundos de completo silencio.

Michael la miró para esperar su reacción, que no tardó en llegar.

—¿Estás loco? —vociferó—. Tú mismo me dijiste que no me metiera con él y mira lo que me ha pasado. ¿Qué crees que puede hacer después de haber ido a hablar con él? Tal vez intente lo mismo con tu rancho.

Michael negó en rotundo.

—No. Quiere mi rancho por encima de todo. No va a destruirlo así como así. No sé por qué, pero tiene demasiado interés en todo esto como para echar

abajo sus paredes y todo a su alrededor.

El joven chasqueó la lengua contrariado y se sentó sobre la cama, pensativo.

—Pero ¿qué es eso que tanto quiere? —se preguntó a sí mismo.

Emelie frunció el ceño. No había pensado en que tal vez existiera un interés en la finca aparte del económico. Tal vez aquel rancho estaba situado en una localización que a él le interesaba por algún motivo o que tuviera algo dentro de sus paredes que Michael desconocía.

Se sentó junto a él y le puso una mano sobre las suyas.

—Sea lo que sea, lo vamos a descubrir, Michael.

El joven levantó la mirada y la observó con ojos agradecidos. Sonrió levemente, pero finalmente negó con la cabeza en silencio. Dentro de él intentó buscar las palabras necesarias para explicar lo que le rondaba por la mente hasta que, finalmente, a sabiendas de que no le gustaría escuchar sus palabras, le dijo:

—Te agradezco tu interés, Emelie. Pero creo que es mejor que no te metas.

La joven frunció el ceño sin entender, pues creía haber escuchado mal.

—¿Qué quieres decir?

Michael se soltó de Emelie y se llevó las manos al rostro. Se mantuvo en silencio durante unos segundos que parecieron interminables hasta que levantó la cabeza y la miró directamente a los ojos con tanta seriedad que la joven estuvo a punto de echarse a temblar.

—Que no quiero que vuelvas a meterte en mis asuntos —le dijo con tono enojado—. Lo mejor es que todo vuelva a ser como antes y ya solucionaré mis problemas con Walker como crea conveniente.

—¿A qué te refieres a que las cosas vuelvan a ser como antes, Michael?

—A lo que estás pensando —sentenció—. Mis asuntos siempre los he solucionado yo, y así va a seguir siendo.

—Pues lo siento, pero esto no puedo dejarlo pasar. Ya no solo por... lo que tenemos, sino por mi propia profesión. Debo proteger a los animales.

—Emelie, no te equivoques —dijo lentamente—. No tenemos nada. Nos hemos acostado y ya está, pero no esperes que me case contigo.

—¿Qué? —La joven se levantó de la cama como movida por un resorte—. ¿Y tus palabras de ayer? ¿Se te han olvidado ya? ¿Lo que compartimos fue una mentira?

Emelie sintió que se encontraba al borde del llanto, pero tragó saliva

fuertemente para evitar que Michael la viera llorar, pues no estaba dispuesta a dejar ver sus emociones después de escuchar de su boca aquellas palabras que le estaban rompiendo el corazón en mil pedazos.

—Aquello fueron solo palabras, Emelie. —Michael bufó como si se estuviera burlando de ella—. ¿Es que no sabes de lo que es capaz un hombre para llevarte a la cama?

Michael rio y se levantó del lecho para darle la espalda.

Emelie se quedó mirándolo como si ante ella hubiera una persona completamente desconocida para ella. No podía creer lo que estaban escuchando sus oídos y necesitó unos segundos para procesar sus palabras y darles sentido. Sin embargo, no lograba encontrar explicación alguna para ese cambio radical en Michael. Miraba su espalda con intensidad, clavándole los ojos para intentar que el joven se diera la vuelta y la mirase a los ojos, pero Michael siguió en la misma posición hasta que habló de nuevo:

—Dispones de mi ducha para asearte y después, por favor, ve a hablar con los bomberos para recoger tus cosas de tu rancho. Me han dicho esta mañana que tal vez lograrían recuperarlas.

—¿Así que me echas de tu casa? —le preguntó con la voz rota por el dolor que le causaba sentirse engañada.

—Sí —fue su escueta respuesta.

—¿Y por qué no me miras a la cara? —lo retó.

—Vete, por favor.

Emelie lo miró durante unos segundos, esperando que se diera la vuelta para encararla, pero esperó en vano, pues Michael siguió en la misma posición. La joven finalmente se dirigió hacia la puerta y salió del dormitorio dando un sonoro portazo. Ni siquiera se pasó por el baño para darse una ducha, prefería marcharse de allí cuanto antes y alejarse de la persona que tanto daño le acababa de causar. No estaba dispuesta a usar algo suyo, puesto que pensaba que luego se lo reclamaría y echaría en cara.

Emelie bajó las escaleras casi volando y abandonó la casa al tiempo que sus lágrimas salían de sus ojos y dejaba parte de su corazón roto en aquella casa.

Michael suspiró cuando Emelie salió del dormitorio y se dirigió al piso inferior para marcharse. El joven apretó los puños cuando escuchó el sonoro portazo que dio Emelie cuando salió de la casa y no pudo evitar tirar del aparador de su dormitorio todo lo que en él reposaba hasta hacerlo añicos.

Se maldecía una y otra vez por lo que acababa de hacer. No lo tenía planeado desde un principio, pero después de hablar con Walker y ver que recaían sobre Emelie todas las amenazas de aquel hombre, había decidido echarla de su casa y de su vida para evitar que aquel demente, como ella misma lo había calificado, volviera a intentar matarla. Si se alejaba de él y volvía a Houston, Emelie volvería a encontrar la calma y reposo que había tenido hasta que apareció de nuevo en Brady y se metió en su rancho para ayudarlo a encontrar el germen de las muertes de su ganado.

Tras varios minutos en los que el silencio lo consumía, sintió que su corazón se rompía una y otra vez. No había sido capaz de mirarla a la cara cuando ella misma se lo pidió antes de abandonar la casa, pues no se sentía capaz de tener guardada en su mente la imagen de Emelie con el rostro demudado en dolor. Después de todo lo que le había dicho la noche anterior antes de acostarse con ella, estaba seguro de que no podría aguantarle la mirada durante mucho tiempo sin contarle la verdad de lo que había ocurrido con Walker y las amenazas.

Caminó hacia la cama y se sentó en ella. Se sumió en el más completo silencio y se dejó llevar por lo que su corazón sentía en ese momento, dejado que sus puños se clavaran con fuerza en el cómodo colchón...

CAPÍTULO 8



Cuando Emelie salió de la casa de Michael no sabía qué hacer. Estaba realmente perdida y no estaba segura si debía continuar con las pesquisas o huir de Brady y dejar atrás todos los recuerdos de su niñez y los que había forjado durante esos días desde que había regresado. Mientras la joven caminaba con paso cansado hacia su rancho, decidió que lo mejor era dejar todo atrás y seguir su vida como hasta entonces. Aceptaría el trabajo que le habían ofrecido y olvidaría y enterraría los sentimientos que habían vuelto a aparecer en su corazón, algo que le llevaría demasiado tiempo, pues lo que sentía por Michael era tan profundo y tan arraigado dentro de ella que no sería tarea fácil para la joven.

Una lágrima solitaria cayó por su mejilla. La joven apretó los ojos con fuerza, ya que no estaba dispuesta a derramar ni una sola lágrima por alguien que le había causado tanto daño. ¿Es que no sabes de lo que es capaz un hombre para llevarte a la cama?, aquellas palabras volvieron a su mente una y otra vez, atormentándola y haciéndole ver que todo había sido parte de un juego que Michael había creado para reírse de ella. Emelie llevó a su mente los recuerdos que guardaba de él cuando eran pequeños. Siempre habían estado juntos y siempre deseó que su amistad se convirtiera en algo más, pero después de aquello no sabía si debía odiarlo y olvidarlo, pues Michael se había convertido en una persona muy diferente de lo que ella recordaba.

Respiró hondo y miró hacia el rancho. Los bomberos aún estaban allí y no estaba segura de cómo debía actuar con ellos. No sabía con seguridad lo que Michael les había contado y no quería decirles la verdad de lo que había ocurrido. Solo quería recuperar sus cosas y marcharse de allí cuanto antes.

—Lo siento, señorita, pero no puede entrar —fue lo que le dijo uno de los bomberos cuando Emelie cruzó la valla para llegar hasta la casa.

—Este es mi rancho —dijo en apenas un susurro.

El bombero asintió desconfiado y sorprendido por no haberla visto

aparecer antes por allí. Emelie fijó su mirada en un coche de policía que estaba justo al lado del camión de bomberos y vio que sus ocupantes se encontraban hablando con los bomberos que intentaban sacar todo lo que se había salvado del incendio.

Cuando la joven llegó a su altura, todos giraron sus cabezas para mirarla. Emelie se sintió fuera de lugar, pero enseguida se recompuso y los miró a todos con determinación.

—Soy la dueña de este rancho.

Uno de los policías frunció el ceño y dio un paso hacia ella.

—¿Y por qué no ha aparecido hasta ahora? —le preguntó sospechando de la joven.

—Aspiré mucho humo y me encontraba mal —dijo la verdad a medias—. He estado en casa de un amigo recuperándome de todo. Lo siento, sé que debí haber llamado para dar la voz de alarma, pero de verdad, no me encontraba bien.

—Esta mañana se ha pasado su amigo —afirmó uno de los bomberos—. Nos pidió que sacáramos lo que se hubiera salvado del incendio.

Emelie afirmó e intentó sonreír, pero solo le salió una mueca difícil de interpretar después de que Michael volviera a aparecer en su mente para atormentarla.

—Tranquila —dijo el bombero pensando que estaba preocupada por sus cosas—, el incendio no se propagó por el piso superior, por lo que hemos podido recuperar sus pertenencias. Sin embargo, no podrá volver a usar la casa. Hemos comprobado que la estructura está dañada. Tendría que repararla.

Emelie tragó saliva y se encogió de hombros.

—No importa. Me largo de Brady, así que esta casa no me hace falta.

El bombero asintió y se dedicó unos instantes a mirarla. Emelie se veía realmente mal. Tenía los ojos vidriosos todo el rato y parecía estar tan débil que podría caer al suelo en cualquier momento. Sin embargo, la joven se sentía con tanta determinación por abandonar aquel pueblo y olvidar el daño que sentía en su corazón que se limitó a coger las maletas que le habían dejado los bomberos y dirigirse hacia su camioneta para dejarlas en la parte trasera. Después se volvió hacia los allí presentes y les dijo:

—Muchas gracias por su trabajo, pero no hace falta que intenten sacar nada más. No arriesguen sus vidas. Me desharé de este rancho en cuanto pueda.

Sin más, se subió a la camioneta y los dejó allí plantados con sendas

expresiones de sorpresa en sus rostros.

Hacía ya una semana que Emelie había abandonado Brady y Michael aún no había podido quitársela de la cabeza. Había intentado por todos los medios mantener la mente ocupada para que la joven saliera de una vez de su cabeza, pero había conseguido el efecto contrario. Emelie seguía allí y le hacía recordar todo lo vivido cuando eran apenas unos niños y luego la noche de pasión en la que se había entregado el uno al otro sin esperar nada a cambio más que el amor puro que ambos sentían por el otro.

Michael se odiaba a sí mismo y desde que Emelie había abandonado el pueblo todas las noches se dedicaba exclusivamente a emborracharse. Pero cuando despertaba en mitad de la noche tumbado de cualquier manera en el sofá de su casa, se daba cuenta del rumbo que estaba tomando su vida y lo miserable que se sentía por haber tratado de esa manera tan cruel a la mujer de la que estaba enamorado. Sin embargo, su orgullo y el propio miedo a perderla en manos de Walker le impedían marcar el número de teléfono de la joven para pedirle que volviera.

Por eso se había dedicado en cuerpo y alma a su trabajo. Se quedaba en el granero hasta bien entrada la noche y antes de las primeras luces del alba ya estaba en marcha para intentar hacer todo lo posible por salvar su patrimonio. Curiosamente, durante esos días no había muerto ni una sola res de todo su ganado. Supuso que era gracias a las amenazas de Emelie contra Walker, pero una parte de su corazón temía que este le diera el golpe definitivo y acabara con todo su ganado cuando menos lo esperaba.

Después de pasarse media mañana pensando en Emelie y no ser capaz de poner la cabeza en su trabajo, Michael decidió ir a la casa a comer algo e intentar descansar. Sin embargo, cuando llegó a la puerta principal descubrió que había un sobre blanco en el suelo. Miró a su alrededor intentando descubrir si el portador de la carta aún estaba en sus dominios, sin embargo, se encontraba totalmente solo.

El joven volvió a mirar la carta y frunció el ceño. Dudaba sobre si debía cogerla y ver lo que había en su interior o dejarla allí tirada para que algún golpe de aire se la llevara. Sin embargo, sabía que en aquella época del año era totalmente imposible que hubiera viento, por lo que no le quedó más remedio que agacharse y cogerla. Lentamente, como temiendo que en cualquier momento fuera a explotar, agarró la carta y volvió a ponerse de pie. Tragó saliva y la palpó cuidadosamente. Al no ver nada extraño, Michael la levantó

y miró a través de ella contra la luz para ver qué había dentro. Descubrió lo que parecían ser fotos, pero no podía ver el contenido completo.

Finalmente, se decidió a abrirla y sacar aquellas fotos. Sintió que su corazón se paraba al instante cuando descubrió que las fotos que contenía la carta eran de él y Emelie la noche del incendio después de llevarla a su casa. En algunas aparecían hablando, pero gran parte de ellas se habían hecho mientras hacían el amor. Michael bajó los escalones y desde allí miró hacia la ventana de su dormitorio. Quien hubiera hecho las fotos debió haber subido hacia la cornisa y haberlas hecho desde allí. No era muy complicado, pero le sorprendió no haber escuchado ningún tipo de ruido aquella noche.

El joven volvió a mirar las fotos y descubrió que aún le faltaban un par de ellas por mirar. Sin embargo, la sorpresa fue mayúscula cuando vio que aquellas dos fotos pertenecían a Emelie en su vuelta a Houston. La joven salía de la que parecía ser su casa y se metía dentro de su coche. Su corazón comenzó a latir con tanta fuerza que pensó que en cualquier momento iba a explotarle. No sabía cómo interpretar esas fotos, pero estaba claro que Walker había puesto vigilancia a Emelie desde que abandonó Brady. Y el hecho de haberle enviado esas fotos a él mostraban con claridad sus intenciones: estaba dispuesto a todo para conseguir su rancho. Y Emelie estaba en medio.

Emelie apenas había podido dormir desde que había abandonado Brady con lágrimas en los ojos. Aún sentía que su corazón estaba roto en mil pedazos, y estaba segura de que gran parte de los pedazos se habían quedado en el rancho de Michael, ya que su mente no paraba de pensar en él y en todo lo que había deseado a lo largo de su vida volver a verlo y vivir una vida con él. Sin embargo, todos sus sueños se habían roto, al mismo tiempo que su corazón, y ahora se encontraba perdida, como si nunca hubiera tenido vida antes de volver a encontrarse con Michael.

Había aceptado el puesto que le habían ofrecido antes de su marcha al pueblo y durante aquella semana había intentado aprender todo lo posible para ponerse al día cuanto antes. Sin embargo, a pesar de que debía centrarse en su trabajo y en su nueva vida, no podía dejar de pensar en Michael y en el problema que tenía con Aarón Walker. Sentía que se estaba fallando a sí misma al dejar pasar que allí estaban envenenando animales para conseguir algo que no tenía muy claro lo que era.

Emelie suspiró por enésima vez mientras intentaba hacer un informe que le habían pedido desde otro departamento. Sin embargo, su mente se encontraba

en otro lugar, Brady, y no era capaz de escribir ni una sola palabra. La joven miró su móvil deseando que volviera a sonar y apareciera en la pantalla el nombre de Michael. Sin embargo, no tenía llamadas perdidas. Vio que era casi mediodía y se levantó de la silla de su despacho para ir hacia la máquina de café para prepararse uno y así despejar la mente de lo que la tenía tan preocupada.

—Clark, no olvides que quiero el informe para esta misma tarde.

La voz provenía de un hombre que acababa de aparecer por la puerta que había justo al lado de la máquina de café. Taylor Adams era uno de sus superiores y desde el primer día le tenía ojeriza. Sus compañeros le habían comentado que al parecer era un hombre machista que no soportaba que las mujeres tuvieran puestos de poder, sin embargo, Emelie se había prometido a sí misma encargarse de demostrarle a Taylor que era una persona competente en su trabajo, que nada tendría que envidiar el trabajo de sus compañeros.

Tras varios minutos en los que estuvo sola al lado de la máquina de café sin dejar de pensar en todo lo ocurrido en Brady con Michael, llegó a una conclusión. Su mente se encendió de golpe y vio lo que no había podido vislumbrar aquella mañana que salió de la casa de Michael y desapareció de su vida: él realmente la amaba. La joven frunció el ceño mientras pensaba una y otra vez en lo mismo. Fue consciente de que las palabras que le había dicho Michael la noche anterior era ciertas y que no se había inventado nada para llevarla a la cama. Que a pesar de haber tenido sus roces desde que ella había aparecido en Brady, sabía que todo era cierto. Todo menos una cosa: sus palabras de aquella mañana en la que la echó de su casa. No había podido creer durante esos días que Michael la hubiera engañado tan vilmente si no era por una cuestión de peso, y estaba segura de que el joven lo había hecho para salvarla.

En esos pensamientos estaba aún metida cuando entró en el despacho y vio que había un sobre encima de su mesa que anteriormente no había estado allí. Supuso que el encargado de repartir todo el correo se había pasado por su despacho y le había dejado aquella carta, por lo que leyó el remitente, pero el lugar destinado a él estaba vacío. Por eso, extrañada y entornando los ojos, se dedicó a mirar la carta sin saber a qué estaba esperando para abrirla. Durante unos momentos, aquel simple sobre le dio escalofríos. Casi nadie sabía aún la dirección de su trabajo y no estaba segura de si se habían errado de lugar, pero su nombre plasmado en el sobre le indicó que no estaban equivocados. Por

eso, con determinación, abrió la carta y extrajo las fotos que en ella aparecían y no pudo evitar lanzar una exclamación de sorpresa al tiempo que tiró las fotos sobre la mesa.

Emelie se levantó de su asiento y se paseó por su despacho de un lado para otro sin saber qué pensar de aquellas fotos. En ellas aparecían Michael y ella haciendo el amor y había otras en las que se veía claramente cómo entraba en el edificio donde estaba trabajando, por lo que alguien se había dedicado a seguirla.

—Será cabrón... —dijo para sí mientras no dejaba de pensar qué podía hacer.

La joven volvió a mirar hacia la mesa y se dio cuenta de que entre las fotos había un papel en blanco más fino que el papel fotográfico. Se acercó al escritorio y agarró el papel despacio, pero con firmeza, como si temiera que fuera a explotar algo a su alrededor. Este se encontraba doblado, por lo que, despacio, lo abrió y leyó el contenido. Apenas unas palabras había plasmadas, pero provocaron que se le helara la sangre al instante: *Nadie se interpone en el camino de Aarón Walker y vive para contarlo*. Trece eran las palabras que habían escrito. Incluso solo ese número ya le provocaba escalofríos, pero una parte de ella la animó a no tener miedo de ese hombre. Nadie estaba por encima de la ley, y menos alguien a quien han logrado destapar sus planes.

Emelie releyó una y otra vez la carta hasta que, finalmente, llegó a una conclusión. No estaba dispuesta a dejar que nadie se interpusiera en su nueva vida, y mucho menos después de haberse marchado de Brady. Estaba dispuesta a llegar hasta el final de todo el asunto y cargaría con todas las consecuencias. Aquel hombre no se saldría con la suya mientras ella tuviera un aliento de vida en su cuerpo. No lo haría por Michael, sino por puro egoísmo y, por qué no decirlo, porque no había nada en el mundo que le gustara tanto como bajarle los humos a los que se creen los dioses del planeta.

CAPÍTULO 9



Tras más de media hora mirando una y otra vez las fotos que les habían hecho a Emelie y a él, Michael escuchó que llamaban insistentemente a la puerta de su casa. Desde aquella posición no podía ver quién era la persona que lo visitaba, pero guardó con prisas las fotos dentro de un cajón que había cercano a él.

Los nudillos llamaban insistentemente a la puerta y se extrañó de la prisa que pudiera llevar la persona que había tras la puerta. El joven intentó serenarse antes de aproximarse a la entrada y abrir. Sin embargo, su rostro se demudó al instante cuando vio que tras la puerta se encontraba el mismísimo Aarón Walker.

Michael estuvo a punto de salir de la casa y echarlo de mala manera después de darle una paliza. Sin embargo, sabía que debía moderar su forma de dirigirse a él después de haber visto las fotos y siendo consciente del peligro que corría Emelie aun habiéndose marchado de Brady tras echarla de su vida para protegerla de aquel hombre. El joven respiró hondo e intentó serenarse. Los nudillos volvieron a llamar con insistencia y, finalmente, abrió la puerta con lentitud.

—Ya era hora, Jones —exclamó Aarón Walker al tiempo que lo apartaba con la mano y entraba en la casa sin permiso del dueño—. Hace un calor de mil demonios.

—¿Qué quieres? —lo cortó Michael al tiempo que cerraba la puerta tras él y se giraba para encararlo.

—¡Qué descortés, amigo! —dijo con ironía—. ¿No vas a ofrecerme un vaso de agua? Pensé que nuestros lazos se habían estrechado después de haberos visto desnudos a ti a tu querida Emelie.

Michael dio un paso hacia él con el rostro rojo por la ira, sin embargo, Walker levantó una mano en su dirección y lo frenó.

—No te conviene estar en mi contra, Jones —le dijo como si estuviera

hablando a un niño pequeño—. Ya sabes que soy capaz de hacer lo que sea.

—¿Por qué tienes tanto interés en comprar mi rancho? Hay muchos más en Brady.

Walker asintió.

—Pero ninguno es tan especial como este. Además, me encanta tu insistencia para no vender. —Miró a su alrededor con una sonrisa en los labios—. ¡Qué extraño! ¿Dónde está tu putita, Jones? ¿Te ha dejado solo para irse a la ciudad? Seguro que allí encontrará a alguien decente con el que acostarse, aunque supongo que tendrá que probar a muchos para elegir definitivamente a uno...

—Deja en paz a Emelie —dijo entre dientes al tiempo que apretaba la mandíbula y los puños e intentaba serenarse—. Ya se ha ido, no se meterá más en tus asuntos, así que olvídala.

Para sorpresa de Michael, Walker se echó a reír a carcajadas hasta que comenzó a aplaudir y a mirarlo a los ojos.

—Así que es eso... La has echado de tu vida para salvarla... —Walker se aproximó a él unos pasos más y cuando estuvo a solo unos centímetros de él le dijo con seriedad—: Tienes un solo día para aceptar mi oferta. Si pasado este día decides seguir negándote a vender, habrá consecuencias.

Con paso decidido, pero sin dejar de mirarlo a los ojos, Walker caminó hacia la puerta y se marchó, dejándolo completamente solo y con el alma en un puño sin saber qué hacer. Había una clara amenaza contra Emelie en las palabras de Walker, pero aquella era su casa y su rancho y no había conocido otro tipo de vida más que aquel, ni tenía ningún lugar a donde marcharse a trabajar y empezar a vivir desde cero. La decisión que había tomado desde un principio estaba resquebrajándose poco a poco y él no podía hacer nada más por salvarlo.

Necesitaba hacer algo ya o estaba perdido, pero no solo eso, sino que la vida de Emelie corría peligro si finalmente optaba por la misma decisión que había tomado hasta entonces. Michael caminó hacia el sofá de nuevo y se dejó caer sobre él. Se sentía derrotado y tentado ciegamente a vender de una maldita vez y alejarse de Brady para siempre y así empezar una nueva vida en algún otro lugar que no le recordara a Emelie, solo así podría salir del desasosiego que le producía pensar que no volvería a verla ni vivirían bajo el mismo techo, ni compartirían su vida como siempre había deseado.

Las horas pasaban y Michael no era capaz de tomar una decisión que

podiera beneficiar a todos. Volvió a poner las fotos sobre la mesa para intentar, con ellas, tomar una decisión, sin embargo, su mente divagaba una y otra vez hacia Emelie. Le habría encantado ir a Houston para poder decirle lo que realmente sentía por ella y pedirle disculpas por sus palabras. La amaba, y lo hacía de tal manera que no era capaz de pensar algo para salvar su patrimonio y lo que había sido su vida hasta entonces. Solo pensaba en salvarla y dejar que fuera feliz, aunque estuviera con otra persona, pero al menos estaría a salvo de las garras de Walker.

Cuando los rayos de luz comenzaban a desaparecer por el horizonte, Michael fue consciente de que había pasado el día sin llegar a una conclusión y ni siquiera se había podido preocupar del estado de su ganado durante todo el día. Se había pasado las horas yendo de un lado hacia otro del salón intentando buscar una solución que no deseaba ser encontrada.

Y cuando la desesperación estaba comenzando a hacer mella dentro de él, comenzaron a llamar insistentemente a la puerta. El joven miró extrañado hacia ella pensando que de nuevo volvía Walker a amenazarlo, pero se encontraba cansado y moralmente por los suelos, por lo que no estaba dispuesto a aguantar de nuevo sus desplantes y aires de grandeza con los que siempre aparecía. Miró hacia un lado del salón y al tiempo que sonaba de nuevo la puerta, Michael se preguntó si debía usarla hasta que se animó a ello solo para ahuyentar a su enemigo.

El joven se levantó de prisa del sofá y caminó hacia la escopeta que había pertenecido a su padre y que la mantenía guardada ya durante años debido a que nunca le habían gustado las armas. Sin embargo, la presencia de aquella arma dentro de la casa le transmitía seguridad y buenos recuerdos. Sabía que estaba descargada, pero aún así podría conseguir el efecto deseado sobre la persona que había tras la puerta, por lo que, agarrándola con fuerza, se dirigió hacia la entrada y abrió de golpe mientras apuntaba con el arma a su visitante.

—¿Qué demonios quieres? —vociferó antes de enfocar la vista sobre la persona que tenía enfrente.

Ambos se quedaron de piedra al verse. Michael no esperaba ver tras la puerta a Emelie con el rostro lleno de preocupación que cambió de repente a asustado cuando el cañón de la escopeta la apuntó directamente a la cabeza.

La joven dio un respingo cuando escuchó la voz grave y enfadada de Michael mientras esta abría la puerta, pero verse encañonada por él era algo que jamás se había planteado en su existencia. Inconscientemente, dio un paso

para atrás, pues pensó que se había vuelto loco durante su huida de Brady, y durante unos instantes estuvo tentada a darse media vuelta y marcharse a casa de Nick o algún otro amigo de su niñez.

—Tal vez será mejor que me marche... —dijo la joven al tiempo que recuperaba la movilidad tras el susto e intentaba girarse.

Al instante, Michael bajó el arma y estuvo tentado de golpearse en la cabeza con ella por haber sido tan tonto y no haber preguntado antes de abrir la puerta y actuar como un completo desequilibrado.

—¡No! —dijo mientras dejaba a un lado la escopeta de su padre y daba un paso hacia ella para intentar detenerla—. Lo siento. Ha sido un día complicado y no he actuado como debía.

Su voz se suavizó y no pudo evitar mirarla con desesperación mientras sus dedos acariciaban inconscientemente el brazo de la joven. El corazón de Emelie comenzó a latir con fuerza, pero no por miedo a la escopeta o a la forma en que Michael la había recibido, sino porque el solo contacto de las callosas y calientes manos del joven sobre su piel provocaron que su calor corporal aumentara de tal manera que no sabía si se debía a la presencia de Michael o al calor del verano.

Emelie dudó unos instantes, incluso había vacilado sobre si debía ir a su casa después de todo lo ocurrido, pero era la única persona con la que tenía más confianza de todo el pueblo, por lo que no podía pedir asilo en ninguna otra casa, puesto que la suya era imposible que volviera a usarla después del incendio.

Por eso, aquella misma mañana, después de recibir la carta y ver las fotos, había decidido ir a la casa de Michael y actuar como personas adultas hasta resolver de una vez por todas el enigma que pendía sobre el rancho del joven. Pero ahora no podía evitar dudar. Incluso durante una fracción de segundo pensó en volver a huir y dejarlo con su problema. Pero ella no era así, y se había prometido a sí misma ayudarlo a resolver el problema que lo atormentaba.

Michael apretó ligeramente los dedos para animarla a contestarle y finalmente asintió en silencio y se adentró en la casa cuando Michael se apartó hacia un lado para dejarla entrar.

Emelie carraspeó incómoda. No sabía por dónde empezar. Una parte de ella deseaba decirle que no había podido dejar de pensar en él durante toda esa semana y que lo amaba como nunca había amado a nadie. No obstante, su

corazón herido le gritaba que lo insultara y gritara hasta quedarse sin voz, pero solo se limitó a mirarlo durante unos momentos que le parecieron eternos mientras él le devolvía esa misma mirada, cargada de sorpresa e incredulidad por verla allí después de todos esos días.

—Me pediste que me fuera y no volviera a meterme en tus cosas —comenzó diciendo Emelie—, y estaba dispuesta a seguir al pie de la letra tus palabras. Sin embargo —La joven sacó de su mochila el sobre que le había llegado esa mañana—, he recibido estas fotos hoy mismo, y he decidido que no voy a parar hasta ver entre rejas a Aarón Walker, así que me da igual lo que digas o pienses. Este tío me ha puesto vigilancia y no pienso consentirlo.

Cuando Emelie calló, esperó unos instantes a que Michael contestara o le diera su opinión al respecto, sin embargo, el joven se quedó mirándola con una mezcla de asombro y orgullo que Emelie no supo muy bien cómo encajar. A medida que pasaban los segundos y Michael no contestaba, el nerviosismo de Emelie aumentó hasta pensar que su interlocutor no estaba de acuerdo con que hubiera vuelto al pueblo o igual no querría verla, por lo que agarró con fuerza las fotos y se dispuso a marcharse.

—Eres increíble, Emelie.

Esas tres palabras casi hicieron que su corazón dejase de latir al instante. La joven se quedó parada en el sitio mirando con intensidad a Michael. Abrió la boca para contestar, pero ningún sonido pudo salir de su garganta, pues sentía un nudo en ella que le impedía hablar.

A pesar de todo lo ocurrido, esa noche veía a Michael más guapo que nunca. Sus vaqueros desgastados y su camisa de cuadros estaban arrugados, pero su pelo estaba revuelto y aquel entrecejo fruncido lo hacía más varonil. Emelie tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por mantenerse en el sitio y no echarse sobre él para besarlo y acariciarlo, que era lo que su corazón y su cuerpo realmente deseaban. Tragó saliva y carraspeó para alejar aquellos pensamientos que estaban fuera de lugar en ese preciso instante.

—Acepto tu ayuda, Emelie —sentenció Michael con voz suave sin dejar de mirarla a los ojos con la misma intensidad que hacía que las piernas de la joven temblaran.

Emelie asintió agradecida y relajó ligeramente los músculos de su cuerpo. Había llegado al pueblo con la intención de ser más dura con él y directa, sin embargo, una vez lo tuvo delante no pudo sacar de su pecho las palabras que había ensayado durante el camino en el coche. Solo pudo decir lo justo para

que supiera que ella iba a estar ahí para ayudarlo, quisiera o no.

—¿Sabes si hay algún hostel decente donde poder pasar la noche? —le preguntó.

En un primer momento, había pensado que tal vez podría dormir en la casa de Michael, aunque fuera en el sofá, pero después de verlo y sentir en su corazón aquel dolor por haberlo perdido creyó que lo mejor sería buscar otro lugar para dormir, pues estaba segura de que no podría aguantar estar bajo el mismo techo sin tocarlo, sin acariciarlo, sin besarlo...

Michael negó con la cabeza.

—El único que había lo compró Walker, como todo lo demás —contestó con ironía—. Pero si vamos a trabajar juntos contra él lo mejor será que te quedes aquí. Tengo hueco de sobra, Emelie.

La joven estuvo a punto de cerrar los ojos al escuchar de nuevo su nombre en los labios de Michael, que lo pronunció a modo de susurro. No obstante, mecánicamente, sin pensar, asintió y dejó caer las fotos sobre el pequeño mueble que había junto a la puerta de la entrada a la casa.

—Gracias —contestó con una media sonrisa tímida.

—Te prepararé mi cuarto, que es el único decente, y yo dormiré aquí en el sofá —dijo señalando el asiento.

Emelie estuvo a punto de pedirle que no lo hiciera, ya que temía que aquel dormitorio le trajera a la mente recuerdos y sentimientos que debía olvidar y enterrar para siempre. Sin embargo, no quería que Michael viera en ella la flaqueza que realmente estaba sintiendo en ese momento, por lo que dejó que el joven subiera al piso superior y ella se dejó caer sobre el sofá. Estaba tan cansada que sentía que sus ojos se iban a cerrar poco a poco antes de que Michael bajara por las escaleras. Había sido un día realmente agotador, especialmente para su cerebro, que había intentado por todos los medios encontrar la solución al problema y descubrir qué era tan importante para Walker.

Emelie intentó relajarse durante unos momentos. Cerró los ojos unos instantes con la intención de descansar un segundo antes de que Michael regresara junto a ella. Sin embargo, el peso de todo el día se echó sobre ella y sintió que poco a poco se comenzó a sumir en un sueño reparador que le duró solo unos instantes hasta que Michael comenzó a bajar las escaleras y la despertó de golpe.

Se maldijo a sí misma por haberse dejado llevar por el cansancio. Se

levantó del sofá de un salto y se giró para mirar a Michael, que enseguida descubrió que la joven estaba a punto de caer rendida sobre el suelo.

—Si quieres, puedes subir a dormir ya —le dijo señalándole las escaleras.

Pero Emelie negó con la cabeza. No estaba dispuesta a dejarse llevar por el sueño. Había vuelto a Brady con una intención y no pensaba descansar hasta que diera con la clave de lo que estaba ocurriendo.

—No, creo que será mejor que intentemos buscar una solución. Cuando antes lo hagamos, antes te dejaré en paz. No quiero ser una molestia.

—No lo eres —contestó él, dolido por el tono que la joven había empleado.

Ambos se sumieron en un silencio incómodo que Michael supo sortear con éxito.

—¿Te apetece una pizza? —le preguntó al recordar que aquella era la comida favorita de Emelie en su niñez.

La joven sonrió animadamente y de forma tan sincera que Michael se quedó embobado en sus labios.

—Es mi comida favorita —dijo en un susurro—. No pensaba que lo recordarías.

Michael se encogió de hombros y se dirigió a la cocina para preparar la receta que su madre le había enseñado, por lo que cogió una de las bases que había dentro del frigorífico y con maña comenzó a cocinar.

—No sabía que cocinaras...

Michael sonrió.

—Mi madre insistió en enseñarme. ¿Cómo crees que sobrevivo? —le preguntó con la sonrisa aún en los labios.

Emelie le devolvió la sonrisa. El ambiente entre ellos se había suavizado ligeramente y ya no se sentía tan mal dentro de aquellas paredes que le había ofrecido cobijo una semana antes y le habían aportado tanto calor mientras se entregaba a la pasión con Michael.

Emelie se decidió a ayudarlo y disfrutó en la cocina como nunca lo había hecho. Poco a poco, ambos fueron relajándose ante la presencia del otro y disfrutaron de la noche como dos verdaderos amigos, aunque en sus corazones había un sentimiento completamente diferente al de la amistad. Cuando por fin la noche decidió que era momento de despedirse, Emelie se disculpó con Michael y subió al piso superior para descansar. Estaba terriblemente cansada después de todo un día lleno de emociones encontradas, por lo que apenas

tenía fuerzas en las piernas para subir los pocos escalones que la separaban de la cama que parecía llamarla a voces.

Cuando sus huesos dieron por fin contra las sábanas, suspiró de puro placer. Estaba tan cansada que no podía pensar en que allí mismo habían hecho el amor una semana atrás y donde se habían prometido muchísimas cosas que ya estaban demasiado lejos para ellos. No obstante, Emelie deseó con todas sus fuerzas que las cosas fueran diferentes y volvieran a ser como siete días atrás y la frialdad que habían entre ellos, a pesar del buen rollo que parecía haber en la cena, se fuera para siempre y diera paso al amor que la joven sentía dentro de ella.

Sin poder evitarlo y contra sus propios deseos, las lágrimas aparecieron en su rostro, bañándolo por completo y dejando que la almohada también se mojara de aquel líquido que procedía del dolor de su propio corazón y de su alma. Se arrepintió por haber aceptado dormir en aquella casa y especialmente por no haber dormido ella en el sofá para evitar, de esta manera, aquel sentimiento.

Lentamente, la joven fue cayendo en un profundo sueño donde las tinieblas fueron acercándose poco a poco hacia ella, arrastrándola al más oscuro océano de donde le resultaba altamente improbable salir, presagio de lo que estaba a punto de suceder en los días venideros...

CAPÍTULO 10



Un sonoro portazo la despertó de golpe. Durante unos momentos, no sabía dónde se encontraba hasta que echó un vistazo a su alrededor y reconoció el dormitorio de Michael. En ese momento, todo le vino a la mente y no pudo evitar sonreír tontamente a pesar de que las cosas con Michael estaban en el mismo punto de partida. Respiró hondo y a sus pulmones llegó el intenso olor masculino que flotaba en el ambiente de la habitación. Michael apenas tenía decoración en su dormitorio, pero el olor que desprendía su ropa del armario embotaba sus sentidos. Sin embargo, se obligó a sí misma a salir de aquel pensamiento y volver a la realidad, y esta era que Michael no la quería en su vida.

Emelie se frotó los ojos y se incorporó en la cama. Estaba segura de haber escuchado un portazo, pero al intentar escuchar algo en la casa, lo único que le llegó fue el más completo silencio. No estaba segura de la hora en la que se encontraba y tal vez Michael aún no se había levantado, pero los rayos del sol ya iluminaban el día y se obligó a levantarse.

Lentamente, puso los pies sobre el suelo y estiró su cuerpo, soltando el aire contenido y relajando el cuerpo. Después se levantó y se dirigió hacia la ventana para echar un vistazo al resto del rancho de Michael, pero lo que sus ojos vieron estuvo a punto de dejarla paralizada en el sitio.

—¡Joder! —vociferó.

Se giró de golpe y buscó desesperadamente su ropa. Como pudo, se puso los pantalones cortos y su camiseta básica y bajó casi volando las escaleras. Ahora entendía el portazo que había escuchado minutos antes. Miró hacia el sofá y descubrió que Michael no estaba allí, por lo que salió en su busca. Emelie corrió hacia la valla que cercaba a los toros y vio a Michael allí parado con la vista fija en las reses que estaban muertas ante sus ojos.

Emelie se aproximó lentamente hacia él. No podía imaginar cómo podía sentirse en ese momento al ver que más de la mitad de su ganado estaba

muerto. Se fijó en las manos del joven, que estaban tan apretadas que apenas le quedaba sangre en las mismas y estaban tan blancas que podrían pertenecer a un muerto.

—Michael... —lo llamó en un susurro dulce.

Emelie no sabía cómo actuar, pero hizo lo que su corazón le pedía. Se aproximó a Michael y le puso una mano en la espalda, acariciándola para intentar reconfortarlo, aunque sabía que eso sería imposible.

El aludido giró levemente la cabeza hacia ella, pero no le contestó. En su rostro podía verse la desesperación y la impotencia que sentía al verse completamente arruinado y sin esperanzas de poder salir de ese tremendo bache que Walker le ponía en el camino. Sabía que aquello lo había provocado él mismo después de la amenaza del día anterior. Ese mismo día debía darle una respuesta al millonario y esta estaba cada vez más cerca de ser lo que Walker deseaba. Sin embargo, aún le quedaba una vía de escape para Michael, y debía intentarlo antes de ceder ante su enemigo.

—Si quieres, puedo prestarte dinero —dijo Emelie—. Tengo algo de la herencia de mis padres.

Michael sonrió levemente y la miró a los ojos.

—No serviría de nada. Walker mataría al próximo ganado que compre, y así hasta que no pueda hacer frente. No puedo dejarte sin dinero.

—¿Y qué piensas hacer?

—Iré al banco. Les explicaré lo que ocurre y estoy seguro de que me prestarán dinero.

Michael se giró para ir a la casa y cambiarse de ropa antes de marcharse al centro del pueblo. Sin embargo, la voz de Emelie lo interrumpió.

—Te acompaño.

Michael levantó una mano para frenarla.

—Llegaste anoche al pueblo y estoy seguro de que nadie sabe que estás aquí. Lo mejor será que te quedes en el rancho y no le abras a nadie.

—Pero...

—A nadie... No quiero que Walker sepa que estás aquí, y menos sola.

Emelie sintió un revoloteo en su estómago. Veía preocupación en los ojos de Michael, y aquello le gustó, a pesar de que el joven la había tratado como si fuera una amiga desde que había regresado. Pero Emelie creía ver algo más. Estaba segura de que todo aquello lo había montado Michael para alejarla de él y que Walker no la usara como moneda de cambio.

Emelie asintió y esperó a que Michael saliera de la casa para dirigirse al banco. Tras despedirse de ella, subió a su camioneta y la dejó sola, deseando con todas sus fuerzas que encontrara la solución a aquel problema que estaba muerto a su espalda...

Cuando Michael entró en la oficina del banco, sintió un escalofrío en su cuerpo. Supo en ese momento que algo no iba bien y que había ido allí para conseguir absolutamente nada. Los banqueros lo observaron de reojo, pero enseguida apartaron sus miradas hacia los papeles que tenían ante ellos.

Michael frunció el ceño y estuvo a punto de dar la vuelta y volver a casa, pero no perdía nada por intentarlo, así que se dirigió hacia la oficina del director del banco y llamó suavemente a la puerta con los nudillos. Esperó pacientemente hasta que la voz de Bryan Carter, al que conocía de toda la vida, se pudo escuchar al otro lado de la puerta.

Michael abrió la misma con lentitud, pensando la forma en la que le pediría aquel favor a Bryan. Tenía la esperanza de que al ser conocidos desde pequeños pudieran concederle el crédito que deseaba. Sin embargo, al ver la cara de contrariedad de Bryan, supo enseguida que no conseguiría nada.

—¡Michael! —exclamó con sorpresa fingida el director—. Hace tiempo que no te veo, ¿cómo te va?

Antes de acabar, Bryan le ofreció asiento en la silla que había justo frente a él y Michael no contestó hasta que estuvo sentado.

—Pues no muy bien, Bryan —dijo intentando no parecer desesperado—. Esta mañana ha muerto la mitad de mi ganado y no puedo hacer frente a los pagos del resto de créditos. Necesito que me des un préstamo.

Bryan torció el gesto y chasqueó la lengua, contrariado, por lo que no hicieron falta más palabras para Michael.

—Por favor, Bryan. Tengo que salvar el rancho de mis padres.

El joven vio que su amigo se encontraba ligeramente agobiado. Lo miraba casi de reojo e intentaba por todos los medios esquivar sus ojos. Se llevó las manos a la cabeza para intentar buscar una solución, sin embargo, las órdenes habían sido claras si quería conservar su trabajo.

—Tengo que darte algo, Michael —dijo lentamente con incomodidad.

Bryan se incorporó en la mesa y dirigió su mano hacia uno de los cajones en los que guardaba las cosas importantes. Lo abrió con la llave que siempre tenía en su bolsillo y sacó del cajón un pequeño sobre de color negro.

Michael se extrañó y frunció el ceño. Extendió la mano para cogerlo y vio

que Bryan se quedaba parado esperando que lo abriera. Finalmente, rasgó la parte superior del sobre y desplegó el papel que contenía. Leyó para sí:

“Jones, siento comunicarte que todos los bancos de la zona están bajo mi mando y ninguno te concederá ni un solo crédito para pagar tus deudas. Ya sabes qué es lo que quiero, y espero que no tardes en venir a mi oficina a venderme tu rancho porque el tiempo corre en tu contra.

Nunca acepto un no por respuesta, y ahora no será menos.

Atte., Aarón Walker”

Michael no pudo evitar arrugar con fuerza y rabia la carta que le había escrito su enemigo bajo la atenta mirada de Bryan, que deseaba con todas sus fuerzas abandonar la sucursal hasta que Michael se hubiera marchado.

—Lo siento, amigo —se disculpó—. Las órdenes han sido claras. No puedo darte ni un centavo.

Michael lo miró con rabia. A pesar de que él no tenía la culpa, se había dejado arrastrar bajo el influjo de aquel malnacido de Walker, por lo que para él no dejaba de ser otro rastrero como su enemigo.

Se levantó con tanta prisa del asiento que estuvo a punto de tirar la silla para atrás. El joven se dirigió hacia la puerta de la oficina y salió del despacho sin despedirse. Su forma de caminar era tan decidida que los trabajadores del banco ni siquiera tuvieron la suficiente valentía de mirarlo a la cara para despedirse de él, temerosos de ser el blanco de su furia.

Cuando por fin estuvo fuera del banco, Michael no pudo evitar descargar su rabia contra la pared de la sucursal, deseando que el mismo se viniera abajo con solo aquel golpe. Respiró hondo para intentar no entrar de nuevo a partirle la cara a Bryan por haberse dejado comprar, pero al ver que no lo lograba, decidió dirigirse a su camioneta y regresar a su rancho para ver a Emelie. Al menos sentía que su presencia calmaba en parte lo que estaba viviendo con su gran problema.

Emelie sentía que estaba a punto de subirse por las paredes. No había podido evitar que el veterinario del pueblo se llevara las reses muertas del ganado de Michael mientras este se encontraba en el banco y estaba segura de que se pondría hecho un basilisco cuando lo descubriera. Emelie no entendía por qué habían tenido tanta prisa por llevarse los toros sin tan siquiera esperar

a que Michael llegara para darles el permiso. Tan solo habían irrumpido en el rancho y sin hacer caso a las súplicas de Emelie, que se llevó un empujón y estuvo a punto de caer al suelo, se los habían llevado sin especificar a dónde, aunque la joven se temía que lo hubieran hecho para evitar que algún otro veterinario llegado de fuera examinara a los toros muertos.

La joven daba vueltas de un lado para otro junto a la puerta de entrada mirando de vez en cuando hacia el camino para ver si Michael ya se aproximaba al rancho. Y cuando por fin vio que la camioneta irrumpía por el camino a gran velocidad supo que su viaje al centro de Brady había sido infructuoso y seguramente venía enfadado. Y no quería ni imaginar cómo se pondría cuando viera que su ganado muerto había desaparecido.

Esperó pacientemente mientras la camioneta se acercaba a ella y Michael la dejaba aparcada justo al lado de la de la joven, que estaba a punto de morderse las uñas de puro nerviosismo.

—¡Michael! —vociferó cuando lo vio bajar del auto.

—¿Qué ocurre? —preguntó este extrañado por el recibimiento.

—Lo siento —contestó casi tartamudeando—. No he podido hacer nada.

—¿A qué te refieres? —preguntó Michael, que aún no se había fijado en que el ganado que había muerto ya no se encontraba allí.

Emelie le señaló hacia la valla y dijo:

—Se los han llevado, Michael. No los he podido detener. Han venido varios hombres, y parecían llevar prisa. Han cargado los toros en varios camiones y se los han llevado sin explicación alguna. He intentado conseguir el número de los camioneros para luego llamarlos y preguntar a dónde los han llevado, pero me han apartado como si fuera basura.

El rostro de Michael cambió de nuevo y se tornó rabioso.

—¿Te han hecho daño? —preguntó con evidente preocupación.

Emelie negó con la cabeza, aunque la señal de los dedos que aún podía verse en su brazo le confirmó a Michael lo contrario.

—Walker ya debe saber que estás aquí de nuevo —dijo sin poder dejar de mirar el brazo de la joven—. Lo mejor será que evites salir de la casa. Esto es peor de lo que imaginaba.

—¿No te han dado el crédito?

—No, y Walker tiene comprados a todos los banqueros de los alrededores. Así que no podré pagar a tiempo mis deudas.

Michael caminó lentamente hacia la valla y se apoyó sobre ella mientras

apretaba los puños con fuerza.

—¡Maldita sea! —vociferó enfadado.

Emelie no sabía qué hacer. Se encontraba ligeramente incómoda en esa situación. Sentía que estaba en medio de algo que no le pertenecía y que se había metido sin permiso, como el veterinario de Brady en el rancho de Michael. Una parte de ella le pedía que saliera corriendo de allí, pero al ver a Michael en aquella situación tan extrema en la que podía perder su rancho y a punto de ser comido por las deudas deseaba con todas sus fuerzas acortar la distancia que los separaba y abrazarlo por la espalda, hacerle sentir que ella estaba allí con él y que lo ayudaría en lo que hiciera falta, que haría lo posible para que conservara su rancho y pudiera hacer frente a los pagos. Pero sentía demasiado lejos a Michael y no estaba segura de si el joven aceptaría un contacto por su parte.

Emelie se aproximó a él y se colocó junto a él contra la valla. Lo miró directamente a los ojos y con voz dulce le preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

Michael resopló y dejó caer la cabeza contra sus manos. El corto camino desde el centro de Brady hasta el rancho le había dado vueltas una y otra vez a lo mismo, y ya solo le quedaba una opción:

—Venderé a Walker. Estoy harto de este tira y afloja con él. Que se quede con todo.

—¿Y ya? ¿Te has vuelto loco? —Emelie estaba realmente sorprendida con aquella respuesta, y no podía evitar sentir frustración tras escuchar sus palabras—. No dejes que Walker te venza.

—No puedo hacer más.

—¿Y dónde está el Michael que yo conocí hace años? ¿Dónde está tu valentía?

—Tengo que pagar los créditos que me concedieron hace meses, Emelie. —Michael se giró hacia ella enfurecido y acortó la distancia entre ambos—. Tal vez tu vida en Houston sea perfecta, pero aquí vivo de mi rancho y si no puedo pagar mis deudas, tengo que vender. Así de simple. ¿Acaso crees que quiero? ¿Cómo puedes ser tan hipócrita? Dentro de unos días, volverás a tu casa de la ciudad y seguirás con tu vida. Para ti esto es como un juego, unas vacaciones, pero regresarás a Houston a vivir tu vida como veterinaria en tu querido trabajo en la universidad y te olvidarás de esto mientras yo me pudro aquí sin diner...

Una sonora bofetada cortó a Michael, que se llevó con asombro la mano a la mejilla donde Emelie había depositado toda su fuerza.

—Eres un maldito gilipollas desagradecido —vociferó con lágrimas en los ojos—. No tienes ni puñetera idea de mi vida. Y sí, regresaré a Houston, allí al menos tengo amigos que me respetan y me quieren, pero tendré que buscar trabajo porque el que había aceptado en la universidad lo he dejado para venir a ayudarte con tu maldito rancho.

Michael intentó acercarse más a ella, incluso levantó una mano hacia el brazo de la joven, pero estaba buscando desesperadamente una huida y se alejó de él.

—No me toques —dijo con desprecio—. ¿Sabes lo peor?

Emelie ni siquiera esperó a que Michael contestara.

—Que no voy a parar hasta ver a Walker entre rejas. Pero, descuida, no lo haré por ti, sino por estos animales indefensos que nada tienen que ver contigo.

Emelie se dirigió con paso rápido hacia la casa, pero se detuvo a medio camino para volverse hacia Michael de nuevo y le espetó:

—Ah, se me olvidaba. No te preocupes, que no te molestaré más. Voy a recoger mis cosas y me marcharé a donde sea. Así no tendremos que vernos.

—Emelie... —comenzó Michael sin saber muy bien qué decir.

—Vete a la mierda —dijo antes de desaparecer tras la puerta e ir a por sus pertenencias.

CAPÍTULO 11



Después de abandonar el rancho de Michael, Emelie se dirigió al centro de Brady. Sabía que no podía refugiarse en el hostel del pueblo, ya que pertenecía a Walker, por lo que su única esperanza era su propio rancho, aunque tuviera que dormir dentro de la camioneta. Pero en ese momento había trazado un plan desesperado que esperaba que saliera bien. No podía contar con Michael, pues estaba decidido a vender, por lo que debía actuar lo antes posible si quería salvar a esos animales. No obstante, se maldecía una y otra vez porque realmente no era así, también lo hacía por él, porque su corazón aún seguía amándolo a pesar del daño que le había hecho con sus palabras, pero jamás volvería a mostrar ningún sentimiento hacia él.

Cuando aparcó su camioneta en la plaza de Brady, la dejó allí parada y esperó a que Walker apareciera ante la puerta de su oficina. Necesitaba saber el número de matrícula de su coche para investigarlo y ver así a qué tipo de persona se iba a enfrentar.

Tras más de una hora esperando, en la que su paciencia se vio seriamente afectada, por fin apareció Aarón Walker ante su oficina. Emelie intentó esconderse de su vista y de la de sus hombres simulando buscar algo dentro de su camioneta, y hasta que no desaparecieron de su vista no volvió a levantar la mirada.

—Te tengo —dijo en un susurro mientras agarraba su teléfono de su bolso y marcaba el número que tanta esperanza le daba para desenmascarar a Walker.

Tras escuchar varios tonos, una voz femenina contestó al otro lado de la línea.

—¡Emelie! —La voz alegre y cantarina de Kate le hizo sonreír—. Te echo de menos, zorra. ¿Dónde te metes últimamente?

El apelativo con el que Kate siempre se dirigía a ella provocó su carcajada mientras Emelie seguía con la mirada puesta al frente, a la oficina de Walker.

—Pues creo que me voy a dedicar a lo tuyo —contestó—. Estoy en plan

detective, amiga.

—¿Y eso? —se interesó Kate—. ¿Estás a la caza de algún maromo fortachón, rudo y sexy en Brady? Búscame otro a mí, zorra, no te los quedés todos.

Emelie volvió a esbozar una sonrisa, aunque se tiñó de tristeza al recordar a Michael. Le habría gustado decirle a Kate que sí, que había encontrado a ese tío en Brady, pero prefirió obviar esa respuesta, así se ahorraría las explicaciones que en ese momento no tenía tiempo de dar.

—Más bien estoy intentando ayudar a un tío así con un problema bastante jodido —respondió—. Hace meses llegó al pueblo un tipo que está comprando casi todos los ranchos de Brady y está molestando a mi amigo para comprar el suyo.

—¿Qué tipo de molestia? —preguntó Kate con la voz más seria.

—Le ha envenenado la mitad de su ganado para que se lo coman las deudas.

Emelie escuchó un silbido de sorpresa al otro lado de la línea, seguido de un silencio en el que la joven respiró hondo.

—Pues sí que está interesado ese tío en el rancho de tu amigo. Eso es delito, Emelie.

—Lo sé, por eso estoy hablando con mi querida amiga Kate, que es la mejor policía de todo el estado de Houston.

La aludida se carcajeó.

—Bueno, el gilipollas de mi compañero no opina lo mismo. ¿En qué puedo ayudarte?

Emelie pensó bien sus palabras.

—Me gustaría saber qué tipo de negocios son los que lleva Aarón Walker y por qué está tan interesado en comprar medio pueblo. Me parece algo extraño.

—Es que es muy extraño, amiga —contestó Kate—. No te ofendas, pero me parece sorprendente que se deje parte de su fortuna en comprarse un pueblo, y más en este estado. Me has dicho que se llama Aarón Walker, ¿no?

—Exacto.

Emelie escuchó el bolígrafo de su amiga sobre el papel mientras anotaba el nombre del susodicho. Tan solo esperó unos momentos más para volver a oír la voz cantarina de su amiga.

—Bueno, creo que para dentro de una hora podré tener algo, Emelie —dijo seriamente—. En cuanto acabe el informe me pongo con lo tuyo y te llamo.

—Vale, muchas gracias, Kate. Te debo una...

La aludida rio suavemente.

—Una cosa, zorra —dijo más animada—. ¿Ese amigo tuyo está bueno? Lo digo porque si tú no lo quieres... llevo meses de sequía.

—Que te den, Kate.

Emelie escuchó la sonora carcajada de su amiga justo antes de colgar el teléfono. La joven guardó su móvil de nuevo dentro del bolso sin poder quitar la sonrisa que se le había quedado tras hablar con Kate. Habían sido amigas desde que Emelie dejó Brady y llegó a Houston. Y la había defendido de los abusos del colegio, ya que al ser nueva, todos querían aprovecharse de ella y quitarle su almuerzo.

Y después de todos esos años, habían seguido siendo amigas. Kate se licenció en la policía de Houston mientras que Emelie lo hizo de veterinaria. Y así, metida en esos pensamientos, mientras esperaba en el coche, la hora que Kate le había prometido pasó rápida y el teléfono de Emelie volvió a sonar.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó nada más descolgar.

—No te lo vas a creer, Emelie —le dijo en voz baja—. En la comisaría hay quien lo conoce, y no para bien, precisamente. He mirado en los ficheros que tenemos y en el archivo del ordenador. Parece ser que Aarón Walker estaba arruinado hace años, pero logró su fortuna gracias a que invirtió lo poco que le quedaba en el petróleo.

—¿Petróleo? —se sorprendió Emelie.

—Sí. Poco a poco fue amasando la fortuna que ahora tiene y al parecer sigue invirtiendo en lo mismo.

—¿Y qué tiene que ver con el rancho de mi amigo?

—Todo, amiga. Bajo la tierra de Brady hay una masa de petróleo que podría abastecer a todo el país durante años. Al parecer esta información es confidencial, pero he movido algunos hilos en la oficina porque aquí hay más de uno que querría verlo entre rejas.

—Pues ya somos varios...

—Sí, bueno... Pero no se queda ahí, amiga. En la zona donde más petróleo hay es al sur de Brady.

—¿Al sur? —se sorprendió Emelie.

—Exacto.

—¡Ahí es donde está el rancho de Michael!

Hubo un silencio durante unos segundos.

—Pues ahí tienes tu respuesta, amiga. Este tío quiere hacerse de oro con el petróleo que hay bajo el rancho de tu amigo.

—Y seguro que bajo el mío también hay. Están al lado.

—Seguro —aseveró Kate—. Por lo que dicen en la oficina, ese tío es peligroso. Tu amigo está en un buen problema porque Walker no parará hasta conseguir su rancho. Más te vale no meterte con él, Emelie.

Emelie calló y no contestó.

—¿Emelie? —La voz de Kate se escuchó al otro lado, preocupada—. Porque supongo que no te has metido en medio, ¿no?

La joven carraspeó incómoda. No podía mentir a su mejor amiga, y menos teniendo en cuenta que era policía.

—Ya estás metida... ¿Verdad?

—No lo entiendes, Kate —contesto finalmente—. Michael siempre fue mi amigo desde pequeños y no podía irme del pueblo sin ayudarlo.

—¿Y? No me creo que solo sea por una amistad de niños...

Emelie resopló. Kate la conocía mejor que nadie.

—El ranchero está buenorro, ¿no? —preguntó con retintín.

—Pues sí... —Kate rio al otro lado—. Estoy enamorada, Kate, pero él no me quiere.

—Pues pasa de él, joder. Que se solucione él solito sus problemas.

—Ya, pero a mí me gustaría que me ayudaran con un problema así. Lo ayudaré y me iré. Además, yo también quiero ver a ese tipo entre rejas.

—Pues podemos investigar a ver si hay algo turbio, pero tardaremos días.

Emelie resopló.

—¿Días? No tengo días, amiga. Además, ahora que ya sé que lo que quiere es petróleo puedo presionarlo.

—¿Presionarlo? —vociferó Kate para después añadir en voz más baja—. ¿Te has vuelto loca? Deja que nos ocupemos de esto, Emelie. Ese tío me da mala espina.

Emelie dudó unos instantes, pero después de mirar hacia la oficina de Walker y descubrir que aún no se había marchado, tomó la decisión.

—Kate, escúchame. —La aludida resopló con fuerza—. Voy a entrar para hablar con él.

—¿Qué?

—Calla, por favor. —Emelie miró nerviosa hacia el frente—. Estoy segura de que dentro de una hora habré salido de su oficina.

—Emelie, es peligroso... No lo hagas.

—Si en una hora no te he devuelto la llamada, llama a Michael. Ahora te enviaré un mensaje con su número.

—¿Pero qué coño le vas a decir? Vas a hacer una tontería.

—Voy a salvar el rancho de Michael. Y no pienso parar hasta conseguirlo.

—Pero...

Emelie ya no escuchó lo que Kate iba a decirle porque cortó la llamada para no seguir escuchando sus argumentos para que no fuera a hablar con Walker. Pero era algo que había decidido y no había vuelta atrás. No iba a dejar que aquel millonario se saliera con la suya, aún a costa de los bienes de las familias de Brady.

Antes de salir del coche, Emelie envió un mensaje a Kate con el número de Michael para que lo llamara en caso de que le hubiera ocurrido algo a ella.

Emelie:

“Lo siento, amiga”.

Kate:

“Más te vale salir indemne o te dejaré morir en sus manos”.

La respuesta de Kate le hizo gracia y salió del coche con una sonrisa en el rostro. A pesar del nerviosismo que intentaba ponerse en su estómago, Emelie sentía que tenía la sartén por el mango. Había descubierto el motivo por el que Walker insistía en comprar todos los ranchos de la zona, y no estaba dispuesta a que dejara el pueblo patas arriba solo para sacar el petróleo que había bajo él.

Con decisión, Emelie se aproximó a la puerta de la oficina. Le extrañó no ver a los guardias que solían estar frente a ella para cortar el paso a quien no debía entrar en la oficina. Por eso, cruzó el umbral y abrió la puerta con decisión. Un intenso olor a incienso invadió su nariz. La joven la arrugó y torció el gesto. Jamás le había gustado el olor del incienso y no pudo evitar levantar una ceja al descubrir que aquel olor le gustaba al gran magnate del petróleo.

Aarón Walker se encontraba detrás de la mesa de la oficina y cuando levantó la mirada para ver quién llegaba, no pudo evitar un gesto de sorpresa y extrañeza en su rostro.

Se levantó de la mesa mientras vio cómo Emelie cerraba la puerta de la oficina y se giraba para encararlo. Se fijó en la decisión que la joven portaba

en el rostro y levantó una ceja, expectante por lo que la joven pudiera decirle.

—Vaya, vaya. Señorita Clark, ¿acaso viene usted a quejarse por la mala calidad de las fotografías que le hemos enviado?

Emelie apretó los dientes con fuerza. No había esperado que le recordaran lo de las fotos, y menos en aquel momento en el que necesitaba de toda su atención para no fracasar en su intento por convencerlo, pero aquella referencia a las fotos en las que salía desnuda y haciendo el amor con Michael la desconcentraron levemente. Sin embargo, Emelie supo reaccionar a tiempo y contestarle:

—No, tienen muy buena calidad. —Intentó por todos los medios que su voz sonara distante respecto al tema—. He venido a hablar de algo más interesante, Walker.

—Pues usted dirá... Siéntese, por favor.

Emelie negó con la cabeza.

—No hace falta. Me iré pronto —declinó su oferta—. Sé que su fortuna procede de la venta de petróleo.

Emelie esperó unos segundos para ver la reacción de Walker, que no se hizo esperar. El rostro del millonario se puso lívido al tiempo que apretaba las manos y la mandíbula con fuerza.

—¿Quién le ha dado esa información, señorita Clark?

—Eso no es de su incumbencia —contestó Emelie—. También sé que está interesado en el petróleo que hay bajo el suelo de este mismo pueblo.

—¿Se puede saber cómo demonios ha conseguido usted esa información? —vociferó encolerizado.

Sin embargo, Emelie no se achantó frente a él y apretó aún más las tuercas.

—Así que si no quiere que la policía estatal sepa que su forma de enriquecerse es a costa de arruinar a sus vendedores, le aconsejo que busque petróleo en la otra parte del mundo. Si no, acabará pudriéndose en una cárcel.

Walker resopló intentando restar importancia a sus palabras, sin embargo, su rostro pálido seguía indicando duda ante Emelie. Al instante, cuadró los hombros y se irguió mirándola con desprecio.

—No tiene pruebas, señorita Clark —dijo lentamente.

Emelie sonrió de lado y también se irguió.

—Eso no lo sabes...

Emelie esperó durante unos momentos antes de continuar.

—Y espero que te vayas de este lugar para siempre y dejes en paz a

Michael si no quieres acabar tus días en una de las cárceles del estado.

Walker apretó los puños con fuerza mientras la miraba con rabia. Sin embargo, Emelie le dedicó una sonrisa triunfal y se giró para marcharse de la oficina. Pero Walker no podía dejar que aquella joven hundiera todos los planes que había trazado desde su llegada al pueblo, y menos después de haber invertido tantos millones en aquellas tierras.

Sin pensárselo, Walker fue tras Emelie y apoyó una mano sobre la puerta antes de que la joven pudiera abrirla. Esta se giró sobre sí misma y miró a Walker, que estaba demasiado cerca de ella. El corazón de Emelie comenzó a latir con demasiada fuerza, sin embargo, intentó por todos los medios que su interlocutor no notara su desazón.

—¿Acaso quiere negociar? —le preguntó ansiando que se apartara de ella.

Walker la miró durante unos instantes que le parecieron eternos.

—Soy un hombre de negocios —contestó finalmente apartándose ligeramente de ella—. ¿Por qué no nos olvidamos del rancho de tu... amigo y te vienes a mi bando? Soy un hombre rico y podrías convertirte en una de las mujeres más poderosas del país.

Walker acompañó sus palabras con una mirada intensa recorriendo el cuerpo de Emelie que provocó una oleada de auténtico asco en la joven. Tras respirar hondo, su respuesta no se hizo esperar:

—Lo siento, pero yo no soy una persona que vende su honestidad y dignidad por nada ni nadie, Walker.

El aludido resopló.

—Venga ya, preciosa. Todo el mundo tiene un precio, y tú no serás menos. Eres joven, podrías vivir como una reina el resto de tu vida si aceptas mi dinero y desapareces.

Emelie sonrió de lado y le dijo:

—Ni por todo el oro del mundo vendería mi educación y mis valores. Eso no tiene precio. Tal vez tú no sepas lo que es, y ni siquiera podrás comprarlo con tu maldito dinero, Walker. Si no dejas tu empeño por molestar a Michael, policía y prensa sabrán qué es lo que te mueve.

Emelie se giró para abandonar la oficina, pero antes de que abriera la puerta, escuchó la voz de Walker a su espalda en apenas un susurro.

—Entonces no me dejas otra opción.

Emelie frunció el ceño e intentó girarse hacia él para intentar descubrir a qué se refería con aquellas palabras, sin embargo, no le dio tiempo a

reaccionar, pues Walker la empujó contra la pared, lejos de la puerta de entrada para que nadie la viera desde fuera.

—Lo siento, pero no te puedo dejar marchar.

La joven abrió la boca para quejarse y pedir auxilio, pero no logró emitir ni un solo sonido, ya que Walker, sin previo aviso, le lanzó un puñetazo en la mejilla, tirándola al suelo y sumiéndola en la más profunda inconsciencia.

CAPÍTULO 12



Tras varios minutos en los que Walker se dedicó a cerrar la puerta de la oficina y bajar las persianas, llamó a uno de sus empleados de seguridad.

—¿Qué desea, jefe?

Se trataba de uno de los guardias que habían golpeado a Michael el día que fue a la oficina.

—Necesito que te la lleves al almacén, Josh —le pidió señalando a Emelie.

El aludido dirigió su mirada hacia el lugar que señalaba la mano de Walker, ya que hasta entonces no se había percatado del bulto que había en el suelo. Sin poder evitarlo, elevó una ceja, sorprendido por la presencia de la joven allí.

—¿Qué ha ocurrido, jefe?

—Se ha metido demasiado en mis asuntos, y no puedo permitir que nadie interceda en lo que tengo preparado. Así que hay que precipitar todo. Tenemos que instar a Jones a que venda cuanto antes el rancho si no quiero perder todo el dinero invertido en este maldito pueblo.

—¿Y qué haremos con ella después de llevarla al almacén?

Walker dudó unos instantes.

—Átala y siéntala contra un muro. Hazle fotos, especialmente a la mejilla, para que Jones vea que su putita corre peligro. Antes del anochecer tendremos por fin su rancho a mi nombre.

Josh asintió y en silencio se dirigió hacia Emelie, que estaba tirada de cualquier manera en el suelo. Cargó a la joven casi con cuidado y se dirigió hacia la puerta por la que había aparecido en la oficina, que daba lugar a un pasillo estrecho que finalmente acababa en un almacén que había en la calle de atrás. Este almacén era mucho más amplio que la oficina de Walker, y desde allí habían planeado todos y cada uno de los movimientos a llevar a cabo en el pueblo desde que había aparecido allí.

En ese momento, el almacén estaba prácticamente vacío, apenas había un par de mesas y sillas en las que llevar a cabo todas las operaciones pertinentes para sacar de las profundidades de Brady el petróleo que le habían prometido. Aquel era un lugar muy escondido de los vecinos del pueblo y nadie podría ver lo que sacaban o llegaba al almacén. Un todoterreno casi nuevo se encontraba aparcado junto a la puerta de entrada al almacén y el que parecía ser el conductor del vehículo se encontraba en el interior del mismo a la espera de las órdenes pertinentes de su jefe.

Josh llevó a Emelie junto a una de las paredes sobre las que mejor visibilidad había, ya que justo encima pendía una potente bombilla que marcaría las facciones de la joven en las fotos que le haría para enviarlas a Michael Jones. Una vez la depositó sobre el suelo, se detuvo a observar a la joven. Se había cruzado con ella varias veces desde que habían llegado al pueblo y le parecía una chica que destacaba por su atractivo y la valentía que mostraba ante su jefe, algo que ni siquiera nadie entre los suyos se atrevería a contradecir. En parte, admiraba a aquella chica y sentía mucho por ella el destino que su jefe había decidido para la joven, ya que estaba seguro de que, si se había metido en sus asuntos, aquella mujer no acabaría muy bien.

—¿Qué pasa, amigo, te la quieres follar?

Josh sintió una fuerte mano sobre su espalda y no pudo evitar dar un respingo cuando vio al que era el conductor de Walker. El joven carraspeó y lo miró a los ojos intentando que su rostro no mostrara sus pensamientos de hacía solo unos segundos.

—Solo la miraba —respondió con sequedad—. A mí me gustan las mujeres de otro tipo.

Intentó por todos los medios que su voz no demostrara lo que realmente estaba pensando de Emelie, pero no pudo evitar cerrar los puños cuando vio que su interlocutor se aproximaba a la joven y le levantaba la cara.

—Pues la verdad es que a mí no me importaría follármela.

—Bueno, no estamos aquí para eso —respondió con sequedad mientras se agachaba a coger una cuerda—. Toma, ácala mientras cojo el teléfono del cajón de la mesa para hacerle unas fotos.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó mientras elevaba aún más la cabeza de Emelie y la observaba con deseo.

—Son órdenes del jefe. Debemos actuar cuanto antes, así que déjate de tonterías.

Josh sacó el móvil y se dirigió con prisa hacia donde se encontraba Emelie. Vio que ya tenía las manos atadas y se encontraba sola. Miró a su alrededor intentando buscar a su anterior interlocutor y descubrió que se encontraba ya en el coche esperando las órdenes de Walker. En solo unos minutos, Josh había conseguido hacer las fotos que su jefe le había pedido, por lo que al instante, le envió las fotos a su jefe para que hiciera con ellas lo que considerase conveniente.

A los pocos minutos de esperar, Josh recibió un nuevo mensaje de Walker:

“Perfecto, llevadla al granero del bosque”

Acto seguido, el joven guardó su teléfono en el bolsillo del pantalón y cargó de nuevo el cuerpo de Emelie hacia la parte trasera del todoterreno en el que ya lo estaba esperando el conductor.

Mientras, en la oficina de la calle delantera, Walker seleccionaba las fotos que le había enviado su subordinado y marcaba el número de Michael para enviárselas. No podía perder más tiempo del que ya había gastado con él para conseguir su rancho. Debía actuar cuanto antes y obtenerlo esa misma semana si no quería perder todo el dinero invertido en Brady.

Cuando el teléfono marcó en la pantalla que el mensaje había sido enviado, Walker no pudo evitar respirar hondo y sonreír. Estaba seguro de que iba a ganar la batalla contra Michael. Emelie era la ficha ganadora y estaba en su poder...

Después de que Emelie se marchara, Michael estuvo a punto de sucumbir ante todo el alcohol que tenía en la casa. Sin embargo, no podía dejarse llevar por la bebida en un momento como ese, y menos ese día en el que debía darle una respuesta a Walker. Le habría gustado dormir hasta que todo pasara y despertar cuando estuviera solucionado. No obstante, debía dar una respuesta y en su mente rodaba una y otra vez lo mismo: finalmente tendría que ceder su tierra, y estaba seguro de que Walker le pagaría aún menos de lo que en un principio le había ofrecido. Pero no podía esperar más. Las deudas iban a comérselo antes de que terminase el verano, y al haberse quedado casi sin ganado no podría enfrentarse a ellas.

Cuando Emelie se marchó, se quedó durante la hora siguiente frente a la valla mirando al poco ganado que aún le quedaba. Intentaba buscar una solución que no llegaba y su tiempo llegaba a su fin. Sentía en su estómago una inmensa bola de fuego que lo carcomía y le impedía respirar con normalidad. Los nervios estaban comenzando a aflorar y todo el estrés de los últimos días

y semanas estaba llegando a su punto álgido.

En el momento en el que decidió que lo mejor era ir a ducharse y visitar a Walker para aceptar su oferta su teléfono móvil sonó levemente. Se sorprendió al ver que sobre la pantalla se veía reflejado el nombre de su enemigo en forma de mensaje y frunció el ceño al pensar que se trataba de alguna trampa. Durante unos segundos pensó que lo mejor sería borrarlo antes de abrirlo y dirigirse directamente a la oficina, sin embargo, algo dentro de él le pidió que lo abriera y descubriera el contenido del mensaje.

Con lentitud, pulsó la opción en la que aceptaba abrir el mensaje y lo que apareció en la pantalla del móvil estuvo a punto de hacer que el mismo cayera al suelo. El cuerpo comenzó a temblarle de forma incontrolable, y no estaba seguro de si se trataba de miedo por Emelie o rabia por haber dejado que la joven se marchara aun sabiendo que era el centro de todo y podrían usarla para que él finalmente aceptara vender.

Con fuerza apretó el móvil sin dejar de mirar el cuerpo inconsciente y maniatado de la joven. No podía creer cómo el ansia de poder de Walker podía llegar a esos límites. No quería imaginar lo que podrían llegar a hacerle a Emelie si no aceptaba el acuerdo.

—¡Joder! —gritó dando un puñetazo contra la valla de madera.

Instantes después, su teléfono volvió a sonar. Esta vez se trataba de un mensaje de texto de Walker. Apenas unas palabras en las que ponía claramente lo que deseaba de él:

“Si quieres volver a verla con vida, ya sabes lo que tienes que hacer”

Michael guardó al instante el teléfono dentro de su pantalón y corrió hacia el interior de la casa. Con rapidez, se dirigió hacia el lugar donde guardaba la escopeta de su padre y, tras comprobar que estaba cargada y coger varias balas, se dirigió hacia la camioneta.

—Hijo de puta... —susurró mientras arrancaba la misma y pisaba el acelerador a tope para ir cuanto antes a la oficina que Walker tenía en el centro de Brady.

CAPÍTULO 13



Kate estaba realmente nerviosa después de su llamada a Emelie. Miraba constantemente su teléfono a la espera de que su mejor amiga volviera a llamarla para comunicarle que estaba bien. Sin embargo, su móvil seguía igual que la última vez que lo había mirado. Después se dio cuenta de que la hora que Emelie le había prometido estaba a punto de llegar a su fin.

La joven taconeaba insistentemente el suelo en busca de una tranquilidad que no llegaba. Estuvo a punto de llamar a Emelie para comprobar si estaba bien y si se le había pasado devolverle la llamada para tranquilizarla, sin embargo, su instinto de policía le decía que algo no andaba bien y que aquel pez gordo era demasiado peligroso como para dejar pasar que alguien como Emelie pusiera en peligro sus planes para hacerse aún más rico.

—¿Qué pasa, Kate? —le preguntó su compañero—. ¿No te llama tu último ligue?

Will Roberts era su último compañero desde que perdiera al anterior. Al comienzo de su trabajo ambos habían intentado por todos los medios destruir el trabajo del otro, pero desde que Kate le había salvado la vida en una de las misiones más peligrosas, la actitud de Will cambió por completo, cambiando hasta tal punto que siempre bromeaba con ella.

Ahora estaba ante ella sin saber todo lo que había descubierto de Aarón Walker y el problema que tenía Emelie. Sabía que podía confiar en él a pesar de todo y finalmente, tras haber descubierto su nerviosismo, dejó a un lado su orgullo y le contó el tema que la tenía con tanto nerviosismo.

—Pero Brady no es de nuestra competencia, Kate —dijo muy serio.

—Lo sé, pero todos los polis de ese pueblo están comprados. Al parecer, el alcance de este tipo es mayor del que en un principio parece.

—¿Y por qué has dejado que tu amiga se meta en la boca del lobo?

—He intentado impedirselo, pero es muy tozuda. Si algo se le mete en la cabeza, no parará hasta solucionarlo.

—¿Y cuánto tiempo ha pasado desde que te llamó?

Kate miró la hora de su reloj de muñeca y la corroboró con el reloj de pared de la oficina. Era exactamente la misma, y vio que ya había pasado el tiempo de plazo que le había dado Emelie.

—Ya debería haberme llamado, Will.

El aludido sonrió de lado y cogió la chaqueta que reposaba sobre el respaldo de su silla.

—Entonces, ¿a qué esperamos para la aventura?

Kate le devolvió la sonrisa y se levantó dispuesta a seguirlo.

—Un segundo —dijo mientras cogía su teléfono de la mesa—. Emelie me pidió que avisara a su amigo.

—¿Es de fiar?

—No lo sé, pero Walker lo está puteando, así que está de nuestro lado.

—Avisaré a los demás...

Kate asintió y le agradeció el gesto. Finalmente, buscó el mensaje que le había enviado Emelie antes de desaparecer y marcó el número de Michael.

En apenas unos minutos, Michael llegó al centro de Brady con su camioneta, levantando una intensa nube de polvo debido a la velocidad que había tomado tras pisar al fondo el acelerador. Sin apagar el motor de la camioneta, el joven agarró la escopeta que había dejado a sus pies y se bajó de la misma. Se dirigió a pasos rápidos hacia la oficina de Walker. Esta se encontraba abierta, pero cuando echó un vistazo a su alrededor no había absolutamente nada. Ni siquiera quedaban la mesa y las sillas que había la última vez. Estaba todo vacío, sin embargo, Michael dirigió la mirada hacia la puerta del fondo. Ya la había visto con anterioridad, pero no estaba seguro de a dónde llevaba. En solo dos pasos estuvo frente a ella, pero cuando intentó abrirla, esta no cedió.

—Maldita sea —vociferó.

Estaba a punto de dar media vuelta y buscar a Walker en algún otro lugar del pueblo cuando se dio cuenta de que en el suelo había un papel doblado con su nombre escrito. Enseguida, lo agarró y abrió con rapidez:

“Estaremos en el bosque que hay en el lado norte del pueblo”

Michael arrugó la nota. Había estado perdiendo el tiempo. Maldijo en silencio a Walker y juró vengarse por todo lo que le estaba haciendo pasar desde que llegó al pueblo.

Michael tiró la nota al suelo y salió de la oficina camino de su camioneta

cuando su teléfono sonó. Con la esperanza de que se tratara de Walker o Emelie indicándole que se encontraba bien, descolgó y contestó:

—Hola, ¿Michael Jones?

La voz dulce de una mujer contestó al otro lado. El joven frunció el ceño sin comprender qué quería.

—Sí, pero ahora no puedo hablar.

—Me llamo Kate...

—Lo siento, tengo prisa —le cortó con voz seca.

Michael estuvo a punto de colgar, pero cuando escuchó las palabras de la amiga de la mujer a la que amaba se quedó lívido.

—Emelie está en peligro.

Al instante, Michael volvió a colocar el móvil en su oreja para escuchar lo que aquella mujer pudiera decirle de Emelie.

—¿Dónde demonios está? —le preguntó al pensar que esa mujer estaba compinchada con Walker.

—No lo sé. Eso intento averiguar. Soy policía de Houston, amiga de Emelie desde que éramos pequeñas. Hace alrededor de hora y media que hablé con ella. Me pidió información de Aarón Walker porque al parecer estaba molestando a un amigo suyo, que, deduzco, eres tú. Le di lo que me pedía y me dijo que iba a hablar con él. Debía haberme llamado transcurrida una hora, pero no he recibido su llamada. ¿Sabes algo? He alertado a mis compañeros y vamos a ir a buscarla a Brady.

El corazón de Michael comenzó a latir con fuerza. No podía creer que un policía estuviera interesado en Walker. Todos los de Brady estaban comprados por él y sabía que nunca lo ayudarían, pero si la amiga de Emelie aparecía en el pueblo, tal vez podrían ayudarlo y encarcelar a Walker por todas sus fechorías.

—La tiene Walker —contestó finalmente—. Hace un rato me han llegado unas fotos en las que aparece inconsciente y maniatada.

—¡Mierda! —escuchó Michael al otro lado del teléfono—. ¿Reconoces el lugar?

—Parecía un almacén, pero después de venir a la oficina de Walker he visto una nota para mí en la que me indican que vaya al bosque que hay al norte del pueblo. ¿Qué haréis?

Michael no vio la sonrisa que se le dibujó en el rostro a Kate.

—Ir a por ese desgraciado...

Emelie comenzó a recuperar la conciencia poco a poco. Durante unos momentos, no sabía qué era lo que había ocurrido con ella, pero después de unos segundos, en los que recordó todo lo que había sucedido en la oficina de Walker, la joven abrió los ojos de golpe para darse de lleno con la realidad que había a su alrededor. Descubrió que se encontraba en un lugar en el que había poca luz, pero debido a los rayos que entraban por la enorme puerta del fondo llegó a la conclusión de que aún era de día. No estaba segura de cuánto tiempo había transcurrido desde que Walker le golpeara y perdiera la conciencia, pero la posición del sol apenas había cambiado desde la última vez que vio la luz.

Emelie giró el cuello para intentar adivinar el lugar en el que se encontraba, ya que escuchaba los pájaros y desde allí podía ver los árboles. Agudizó el oído para descubrir que no se encontraban en Brady, o al menos no dentro del pueblo, ya que no había sonido alguno de coches o el típico bullicio de las calles del pueblo.

La joven hizo un gesto de dolor cuando movió la cabeza, pues la postura en la que había estado desde que la habían atado a aquella columna de madera había provocado que sus cervicales sufrieran daño. Sin embargo, tras estirar el cuerpo, lo poco que le permitían las cuerdas, logró vencer al dolor y recuperarse levemente.

Tras el vistazo inicial, descubrió que se encontraba en lo que parecía ser un granero que tenía pinta de haber estado abandonado, pues apenas había enseres de trabajo dentro de él, tan solo mugre y polvo acumulado, cuyas partículas flotaban en el aire, provocando que la nariz le picase hasta el punto de querer estornudar todo el tiempo.

—¡Caramba! —exclamó una voz cerca de ella—. Ya ha despertado nuestra invitada.

A Emelie no le hizo falta girar la cabeza para mirar hacia el lugar de donde provenía la voz. Sabía que pertenecía a Aarón Walker y solo en ese momento deseó tener las manos libres para poder abalanzarse sobre él y darle su merecido.

—¿Qué pasa, Walker, quieres aumentar tu lista de delitos y añadir el secuestro?

Una sonora carcajada fue lo que recibió como respuesta. En ese momento, Emelie decidió girarse para encararlo y descubrió que se encontraba cerca de ella apoyado contra la jamba de una ventana y mirándola con gesto

impertinente.

—Admiro tu valentía, mujer —le dijo—. Todas las que he conocido eran unas flojas, sin una pizca de sangre en las venas con las que poder divertirme.

—Suéltame y descubrirás toda mi valentía, te lo aseguro.

La sonrisa de Walker aumentó considerablemente y dejó su posición para acercarse a ella.

—¿Sabes? Tu querido amigo Michael Jones está de camino.

—No es mi amigo —respondió casi con rabia tras recordar su último encuentro.

—Oh... ¿Os habéis peleado? ¡Qué pena! —dijo parándose frente a ella a solo unos centímetros de la joven—. Bueno, da igual. Este mismo día conseguiré lo que deseo. He pensado que voy a matarte. Es lo que he hecho con todos los metomentodo con los que me he cruzado a lo largo de mi vida. Pero quiero que sea especial. Lo haré cuando tu amigo Jones esté aquí para verlo. Si no, no tendría gracia, querida.

Walker calló durante unos momentos para ver cómo reaccionaba la joven, pero se mantuvo impassible ante sus palabras. Emelie estaba segura de que tarde o temprano Kate daría con ella y encarcelaría a Walker y a todos sus hombres.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó casi sorprendido.

Emelie chasqueó la lengua.

—No tengo la costumbre de hablar con reptiles como tú.

Walker sonrió ante su comentario, pero al instante respondió con una sonora bofetada.

—Que me guste tu valentía no quiere decir que no disfrute domando a personas como tú —le dijo—. ¿Qué te gustaría hacer antes de morir?

Emelie lo miró largamente antes de llegar a una respuesta. Sonrió levemente y dijo muy escuetamente:

—Esto.

Antes de que Walker pudiera reaccionar, la joven levantó una pierna desde su posición y clavó el talón de su bota en la entrepierna de su interlocutor.

CAPÍTULO 14



Michael pensó que el nerviosismo y la ansiedad podrían con él antes de llegar al bosque que le habían indicado. Sabía que allí había una especie de granero que siempre había estado abandonado, pero supuso que ahora, como todo, pertenecía a Walker. Después de hablar con la amiga de Emelie sentía que la ayuda ya estaba en camino y que todo acabaría antes de lo que tenía previsto y de una manera muy diferente a como se lo había imaginado.

Las órdenes de Kate habían sido claras: debía aprovechar el tiempo lo máximo posible y sacar toda la información que pudiera. Kate ya le había dado las directrices a seguir sobre los diferentes temas que debían tocar para poder encontrar algo con lo que llegar a arrestarlo.

Durante los escasos quince minutos que lo separaban del bosque en el que se encontraba Emelie, Michael pudo pensar en todo lo que había descubierto en la conversación mantenida con Kate. Emelie aún seguía interesada en salvar su patrimonio incluso después del encontronazo que habían tenido antes de que la joven se marchara de su rancho por su culpa. Se maldijo una y otra vez mientras golpeaba el volante de la camioneta. Durante todo ese tiempo había intentado evitar que Emelie se expusiera ante Walker para que no le hicieran daño, pero había conseguido que la joven finalmente tomara un camino diferente al suyo y se pusiera en peligro. Eso no se lo perdonaría jamás.

El camino se le hizo eterno. A pesar de haber recorrido esa pequeña carretera durante toda la vida, ahora temía perderse y que Emelie sufriera algún tipo de daño que no merecía. Hasta que no la tuviera ante sus ojos, su corazón y su alma no encontrarían algo de paz.

Cuando el bosque apareció frente a él, la carretera dio paso a un camino que, debido al paso de los años y el escaso cuidado, estaba en mal estado. Incluso en las temporadas de lluvia apenas era transitable. Michael redujo la velocidad e intentó ver algo a través de los árboles. Sin embargo, a su

alrededor no había absolutamente nada. Tras bajar la ventanilla de la camioneta, solo podía escuchar el sonido del motor, pero ni un solo eco de cualquier otro movimiento entre los árboles.

Anduvo unos metros más hasta que al fin logró ver el granero abandonado que ahora pertenecía a Walker. Desde la distancia, pudo comprobar que había varios hombres pertenecientes a la guardia de Walker que ya habían reparado en su camioneta y se giraron hacia él a la espera de que llegara a un perímetro que habían establecido.

Michael buscó desesperadamente la presencia de Emelie, pero no logró verla en ningún lado.

—Maldita sea —susurró para sí.

Cuando se aproximó aún más a los guardias, descubrió que estos portaban escopetas en sus manos y vio cómo las aferraron con fuerza antes de apuntar hacia su camioneta para que el joven frenara y se bajara del coche.

—¡Muéstranos tus manos! —vociferaron.

Michael dudó durante un instante. Había pensado agacharse y coger la escopeta de su padre, que aún estaba a los pies del asiento, y disparar hasta sacar a Emelie de aquel lugar y llevarla lejos de las garras de Walker. Sin embargo, si ahora hacía eso, aquellos guardias podrían dispararle y todo acabaría allí.

—Joder —susurró antes de abrir la puerta para bajarse.

Michael suspiró con fuerza. El enfado que había dejado aparcado mientras conducía volvía a su pecho, aunque esta vez con más fuerza, atacando cada célula de su ser e instándolo a hacer cualquier locura para sacar a Emelie de ese bosque.

Con lentitud, abrió la puerta de la camioneta y levantó las manos para que los guardias, que se estaban poniendo nerviosos, vieran que no llevaba ningún arma entre sus manos. Después, con la misma parsimonia, el joven bajó de la camioneta y se alejó unos pasos de la misma mientras uno de los guardias se aproximaba a él para cachearlo. El otro, por su parte, se aproximó al auto para ver qué había dentro y levantó una ceja cuando vio escondida la escopeta bajo uno de los asientos.

—¿Qué pensabas hacer con esto, Jones? —le preguntó mientras abría la puerta y se hacía con el arma.

—Volaros la cabeza —respondió secamente.

El aludido sonrió de lado mientras que el que había a su lado lo empujó con

fuerza hacia el granero. Michael sintió a su espalda el cañón de la escopeta del guardia y pensó que si le disparaba en ese preciso instante jamás podría salvar a Emelie.

Su mente volvió a la joven. La última vez que la había visto le había dicho cosas que le habían hecho mucho daño y no estaba seguro de cómo recibiría que fuera él quien la sacara de las garras de Walker. A pesar de todo, y teniendo en cuenta de que no sabía cómo iba a acabar todo aquello, le debía a Emelie muchísimo porque gracias a ella había logrado avanzar bastante respecto a lo de su rancho, y si todo salía bien y Walker iba a la cárcel, tal y como le había dicho Kate, no tendría que preocuparse más de la venta de su rancho, ya que sería definitivamente para él.

Cuando por fin llegaron a la entrada del granero, Michael respiró hondo para llenar sus pulmones de aire e intentar calmar los nervios que sentía al pensar que podría acabar mal y que los policías de Houston no pudieran llegar a tiempo para solucionar todo.

—Vaya, vaya, amigo. —La voz de Walker sonó cercana a él, pero debido a la poca luz que había dentro del granero, apenas logró apreciar más que su sombra al fondo del mismo—. ¡Qué grata visita, Jones!

—Hijo de puta... —fue la respuesta de Michael, que se ganó son sonoro golpe en el costado.

Walker chasqueó la lengua y se acercó a un rayo de luz que había justo un par de metros más adelante para que Michael lo viera mejor.

—Así no se trata a los amigos con los que se hacen negocios.

—Yo nunca he tenido interés en hacer negocios contigo. Ya lo sabes.

—Bueno —Walker rio suavemente—, eso era porque no tenías un aliciente que te animara a vender. Pero ya lo hemos encontrado, así que no te preocupes.

Walker se giró levemente hacia su izquierda y señaló una de las columnas que había repartidas por todo el granero. Michael forzó la vista para acostumbrarla a la semioscuridad que lo invadía todo hasta que finalmente descubrió la silueta de Emelie en el suelo y atada a esa columna.

La inspeccionó de arriba abajo y descubrió que la joven tenía un moratón en la mejilla, el mismo que le había visto en la foto que le habían enviado. Vio que no había nada más fuera de lo normal, aunque debido a esa oscuridad no podía ver con claridad su rostro. Sí vio que Emelie estaba amordazada e intentaba por todos los medios soltarse del amarre de las cuerdas, sin éxito.

—¿Qué pasa, Jones, te gusta lo que ves?

Walker chasqueó la lengua, contrariado.

—Esto es lo que has conseguido al insistir tanto con tu rancho. Si hubieras vendido al principio, te habrías ahorrado mucho sufrimiento. —Miró a Emelie—. Y se lo habrías ahorrado también a esta joven.

—¿Qué le has hecho?

Michael dio un paso hacia adelante con la clara intención de golpear a Walker, sin embargo, los dos guardias que lo habían escoltado hacia el granero le cortaron el paso poniéndole una mano en el hombro.

—Quieto ahí, Jones.

—Vete al infierno —dijo el aludido haciendo fuerza contra ellos.

—¡Ya está bien! —vociferó Walker mientras se dirigía hacia un lado del granero para darle al interruptor de la luz.

Las escasas bombillas que colgaban del techo por fin se encendieron, dotando al lugar de poca luz, pero la necesaria para que Michael viera por fin con claridad el rostro de Emelie y las marcas que estaban comenzando a aparecer en él.

—Hijo de puta... —dijo entre dientes—. El problema lo tienes conmigo, deja que ella se marche.

Walker sacudió la cabeza y se aproximó a Emelie.

—Esas no son palabras para un socio, Jones.

La voz de Walker sonaba dulce, pero tan peligrosa que Michael no sabía a dónde quería ir a parar. Un momento después, vio como su enemigo sacaba una pistola de la parte de atrás del pantalón y apuntaba con ella a Emelie.

—Mis negocios los hago de esta manera. ¿Vendes o no? Si lo haces, tu querida putita saldrá ilesa de aquí. Bueno... ilesa... —Rio para sí—. Si no lo haces, ella será la que pague por ti.

Michael se quedó callado mientras Emelie negaba con la cabeza intentando decirle algo, pero la mordaza le impedía emitir sonido alguno que pudiera indicarle lo quería transmitirle.

—¿Qué tienes que decir, querida? —Walker acertó la distancia, se agachó junto a ella y le quitó la mordaza—. Ya que sois... amigos, deberías aconsejarlo.

—Eres un desgraciado que va a dar con sus huesos en la cárcel antes de lo que esperas —escupió la joven mirándolo a los ojos.

Walker sonrió y tiró de su pelo hacia atrás, provocando en la joven un gesto

de dolor, aunque no emitió sonido alguno. Emelie sintió el cañón de la pistola en la garganta y no pudo evitar tragar saliva ante lo que pudiera ocurrir.

Desde su posición no podía ver lo que ocurría, tan solo las vigas del techo estaban ante sus ojos, pero sí podía escuchar lo que sucedía a su alrededor. Por el movimiento y los quejidos de dolor, Emelie dedujo que Michael estaba intentando soltarse de los hombres de Walker, sin éxito.

—El tiempo corre, Jones —dijo Walker muy cerca de ella.

—Déjala en paz.

—Cuánto te preocupas por ella, socio —contraatacó Walker—. Cualquiera diría que esta zorrita te gusta para algo más que para acostarte con ella...

—Suéltala y te daré una respuesta —contestó el joven.

Walker sonrió de lado y soltó el pelo de Emelie. Esta hizo un gesto de dolor cuando su cuello volvió a la posición inicial, pero no se detuvo en eso, sino que miró detenidamente a Michael, al igual que Walker, a la espera de una respuesta por su parte. La tensión podía cortarse en el ambiente y a su alrededor solo se escuchaba el sonido de los pájaros.

Michael miró a Emelie y recordó el último momento en el que habían estado juntos. Se maldijo por la discusión que habían mantenido y deseó con todas sus fuerzas que todo fuera diferente entre ellos. Pero ahora debía salvarla. Él era el único que podía sacarla de allí sana y salva. Mientras había durado el silencio había intentado escuchar algún sonido en el exterior que le indicara que los policías de Houston habían llegado y podrían actuar en cualquier momento, pero el silencio fue lo único que escuchó, por eso, para no dilatar más el sufrimiento de Emelie, con la mirada aún fija en los ojos de ella, le dio a Walker la respuesta que tanto estaba deseando escuchar:

—Es tuyo. Pon el precio que quieras.

Walker dejó escapar una carcajada triunfal y dio una palmada con las manos.

—¡No lo hagas, Michael! Eso es tuyo.

—¡Cállate! —Walker se giró hacia ella con la mirada repleta de odio.

Emelie le devolvió la mirada a Walker, pero se mantuvo en silencio. Le habría gustado no tener las manos atadas para así devolverle todos los golpes que le había dado después de que ella le pateara la entrepierna cuando despertó en el granero.

La joven se giró hacia Michael y vio que hacía un gesto extraño, que no supo identificar, con la cabeza, apenas perceptible por los allí presentes e hizo

oídos para intentar escuchar algo fuera de los muros de aquel lugar. Al instante, reconoció un sonido peculiar que a su amiga Kate siempre le había gustado imitar: el canto de un jilguero. Su corazón comenzó a latir con fuerza y en ese momento entendió lo que Michael le quiso decir con aquel gesto: la policía ya estaba allí.

Cuando Kate y sus hombres se internaron en el bosque apenas se cruzaron con un par de hombres de Walker. Tuvieron que esperar unos minutos hasta que toda la unidad formó un círculo alrededor del granero para cercar a los que estuvieran dentro de él.

La joven policía rezó para que su amiga estuviera bien y no le hubieran hecho daño. Desde su posición no se escuchaba absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo dentro del granero, por lo que la joven dio la orden para que poco a poco, los policías fueran aproximándose al mismo. Desde allí vio que había varios coches cerca de la entrada, pero no había nadie dentro de ellos, por lo que supuso que el resto de hombres de Walker se encontraba dentro del granero.

—¿Cuántos crees que puede haber? —le preguntó Will.

—Ni idea —respondió la joven—, pero al tratarse de una operación con un rancho del pueblo, no creo que haya necesitado a muchos de sus hombres para retenerlo a él y a Emelie. Estoy segura de que no habrá más de tres dentro del granero, unidos a los cuatro que había en el bosque son más que suficientes para una operación así.

Will asintió y estuvo de acuerdo con ella.

—Puede ser... ¿Crees que Michael Jones podrá sacarle toda la información que necesitamos para poner a Walker en la sombra una temporada?

—¿Tú qué crees? Su rancho depende de ello, y, si no me equivoco, hará lo que sea para salvar a Emelie.

Después, agarró el *walkie* que llevaba sobre el hombro y pulsó el botón para hablar con el resto de hombres.

—Atención, todos los agentes en posición. Vamos a acercarnos al granero. Cambio y corto.

Kate miró a Will y le sonrió despectivamente.

—¿Crees que estarás a la altura?

Su compañero le devolvió la sonrisa.

—Más que tú.

Con una sonrisa en los labios, Kate se aproximó lentamente e intentando no

hacer ruido para alertar a los que estuvieran dentro del granero. Poco a poco, sus hombres se fueron aproximando a la puerta grande del mismo y tomando posiciones hasta el momento en que Kate diera la orden de entrar. Desde allí sí podía escuchar lo que pasaba dentro del edificio casi en ruinas, por lo que sacó de su bolsillo una grabadora y pulsó el botón necesario para comenzar a grabar todas las palabras que salieran por la boca de Walker.

Kate amplió su sonrisa. Aquello era lo que necesitaba para ascender en la comisaría y que todos sus compañeros la admirasen y respetasen, así que debía hacerlo bien si quería conseguir ese puesto. Cuando vio que la grabadora ya funcionaba y grababa todo, la dejó a un lado en el suelo para tener las manos libres y poder sujetar la pistola con facilidad.

Después, para que Emelie supiera que la ayuda ya estaba allí, y tal y como había quedado con Michael, emitió el sonido que siempre le había gustado: el canto de un jilguero. Duró solo unos segundos, pero estaba segura de que había sido más que suficiente para que Michael comenzase a sacarle información a Walker. Después, se detuvo a escuchar lo que sucedía en el interior del granero.

Michael respiró hondo. Sabía que debía actuar pronto, ya que así había quedado con Kate para conseguir todo lo que necesitaba para llevar a Walker a la cárcel durante una buena temporada. Y el sonido del jilguero era lo que necesitaba para comenzar su parte del trabajo.

—Mi rancho será tuyo y no pondré condiciones al contrato —comenzó Michael—. Pero tienes que soltar a Emelie ahora mismo.

—¿Tanto te importa esta furcia que eres capaz de perder una buena suma de dinero por ella?

Michael la miró a los ojos y respondió:

—El rancho no me importa; ella, sí.

Walker soltó el aire de golpe y rio suavemente burlándose de él.

—Qué bonito... —dijo antes de indicarle a uno de sus hombres que soltara a Emelie.

Cuando la joven se vio al fin con las manos libres, se frotó las muñecas. Le ardía la piel allí donde había apretado la cuerda con tanta fuerza y al tiempo que se tocaba la zona, miró a Michael sin entender lo que estaba pasando. Este le indicó con otro gesto que mantuviera la calma y la joven se apartó a un lado.

—Pero antes de cederte mis tierras quiero saber algo, Walker —dijo

Michael.

El aludido dudó unos instantes, pues no estaba seguro de qué era lo que Michael iba a pedirle, sin embargo, asintió y levantó una mano para incitarlo a hablar.

—Adelante... —contestó levantando una ceja.

—¿Qué tiene mi rancho de especial para que secuestres e intentes matar a gente?

Walker se mantuvo en silencio durante unos momentos en los que le sostuvo la mirada a Michael. Se habría esperado cualquier otro tipo de pregunta, pero no aquella. Levantó una ceja, incrédulo.

—¿Eso es lo que más te preocupa? ¿De verdad quieres saberlo?

—Ya te he dicho que mi rancho es tuyo, parece que temes contestar...

Walker resopló.

—No. Está bien, es muy simple. He comprado gran parte de los ranchos de Brady porque debajo de este pueblucho hay muchísimo petróleo. Y en el momento en que lo extraiga, seré uno de los hombres más ricos de este país.

—¿Y para eso tienes que llegar a estos límites?

—Nunca me ha importado hacer lo que sea para conseguir el patrimonio que tengo. Me ha dado igual matar, extorsionar o secuestrar para que me cedan sus posesiones. ¿Y sabes qué es lo mejor de todo, Jones?

—Sorpréndeme —contestó Michael.

—Que nunca me han pillado.

Michael sonrió después de escuchar sus palabras y dio un paso hacia adelante.

—¿Y sabes qué es lo mejor de todo, Walker? —preguntó utilizando sus mismas palabras—. Que esta vez sí te han pillado.

Walker abrió la boca para contestar, pues no había entendido muy bien lo que quería decir, pero justo en ese momento, al fondo del granero, por la puerta grande, aparecieron más de una veintena de agentes de policía.

—¡Quietos! —vociferó Kate mientras apuntaba con el arma a los hombres de Walker—. Policía de Houston, más les vale mantenerse quietos y con las manos en alto, señores.

Los hombres de Walker tiraron al instante sus armas al suelo, pues estaban en clara desventaja, sin embargo, este, al verse acorralado por ellos y sin una oportunidad para salir de allí indemne, miró hacia Emelie, que se había mantenido quieta a un lado cerca de él, y la agarró del brazo, tirando de ella

hacia él y poniéndola delante para protegerse de las pistolas que lo encañonaban.

—Todo ha acabado, Aarón Walker —dijo Kate dirigiendo la mirada hacia Emelie para comprobar que se encontraba bien—. Deje a la chica si no quiere que lo encerremos durante más tiempo en el trullo.

Michael había cerrado los puños y estaba a punto de saltar sobre Walker para que liberase de una vez por todas a Emelie, pero la pistola que sostenía en la mano se digirió hacia la sien derecha de la joven y dejó que los policías hicieran su trabajo, ya que no quería empeorar las cosas.

—No pienso dejarla, a menos que me dejen salir de aquí libremente —contestó mientras amartillaba el arma.

Emelie cerró los ojos al tiempo que llevaba sus manos al brazo de Walker, ya que este apretaba con tanta fuerza, debido al nerviosismo que tenía, que la joven sentía cómo se le escapaba el aire de los pulmones y era incapaz de volver a llevar más a su pecho.

—Ya no hay nada que hacer, Walker —contestó Kate—. Deje a la chica y entréguese. No podrá salir de aquí, a menos que sea esposado.

—No se lo repetiré más veces, jovencita. —La mano le temblaba incontrolablemente—. Voy a matar a esta chica si no me dejan salir.

—¡Suéltala de una puta vez! —vociferó Michael con la clara intención de acercarse a él.

Pero Walker, al verse acorralado y sin posibilidades de salir de allí, dirigió el arma hacia Michael al tiempo que empujaba a Emelie y la tiraba al suelo y disparó contra el joven, dándole en el centro del pecho.

—¡No! —gritó Emelie al ver que la bala alcanzaba a Michael.

Al instante, los policías amartillaron sus armas y dispararon contra Walker. Emelie, instintivamente, se cubrió la cabeza con las manos y se encogió en el suelo hasta que los disparos cesaron. Antes de levantar la cabeza de nuevo, Emelie escuchó un sonido corto y seco, que dedujo era el cuerpo de Walker al caer contra el suelo, muerto después de recibir más de diez disparos.

Intentó no mirar hacia donde se encontraba y mientras se levantaba aprisa para comprobar cómo se encontraba Michael, sintió sobre ella las suaves manos de su amiga.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Emelie asintió, pues tenía un nudo en la garganta y le resultaba imposible contestar. Se dejó ayudar por uno de los policías y se levantó del suelo

mientras Kate se alejaba para pedir ayuda.

—A todas las unidades, necesito una ambulancia al norte de Brady...

Emelie dejó de escuchar para dirigirse hacia Michael, que había caído al suelo y estaba siendo atendido por uno de los policías.

—¿Cómo está? —preguntó con nerviosismo.

—La bala le ha alcanzado en el pecho, pero no sé si ha tocado algún órgano. —Miró a Emelie—. ¿Puedes presionar aquí?

La joven asintió y se arrodilló a su lado para poner las manos en el mismo lugar donde él las tenía. Emelie sintió que sus ojos comenzaban a picarle y a llenarse de lágrimas. Se sentía culpable por lo que acababa de ocurrir, ya que si ella no se hubiera inmiscuido en los planes de Walker, ahora Michael estaría en su rancho cuidando tranquilamente de sus animales y no debatiéndose entre la vida y la muerte por su culpa dentro de un granero abandonado.

—Aguanta, Michael, por favor —le susurró mientras una lágrima caía sobre el rostro del joven.

Emelie se dejó caer contra el rostro de Michael y lo besó en los labios. Necesitaba sentirlo cerca de ella, vivo, y tener la esperanza de que lograra salvarse. Sabía que Michael era un hombre fuerte, siempre lo había sido, y desde muy pequeño había demostrado ser capaz de aguantar lo que fuera. Pero aquella bala podría estar encharcando sus pulmones y ella no podía hacer nada por ayudarlo y salvarlo, por llevarlo cuanto antes a un hospital e impedir que su sangre se derramara en ese lugar.

—No me dejes, Michael —susurró mientras dejaba que el torrente de lágrimas saliera de sus ojos y así poder liberar su corazón y su pecho de toda la tensión que había albergado desde que puso el primer pie sobre el terreno de Brady.

Mientras rezaba para que la ambulancia llegara lo antes posible, escuchaba a su alrededor el movimiento de policías mientras recogían todas las pruebas necesarias para inculpar a Walker y ensuciar su nombre, ya que, a pesar de que había muerto por los disparos, no podían dejar que muriera siendo una persona honrada, sino teniendo sobre su memoria el peso de la ley.

Emelie llevó una mano hacia el cuello de Michael y comprobó que aún tenía pulso, pero era tan débil que temía que muriera antes de que la ambulancia pudiera hacer algo por su vida. Sin embargo, el sonido de la sirena comenzó a oírse minutos después, haciendo que las esperanzas de

Emelie resurgieran y sonriera al ver que Michael podía salvarse si llegaban a tiempo.

—Emelie. —La voz de Kate se escuchó a través del torrente de sentimientos que en ese momento sentía dentro de su pecho—. Cuando venga la ambulancia, tendrás que venir con nosotros.

—¿Qué? —preguntó sorprendida—. Yo quiero ir con Michael.

—Lo sé, y lo siento. Pero es el protocolo, amiga. Tienes que venir a declarar. Iremos a la comisaría de Brady. Además, al mismo tiempo detendremos a los polis del pueblo por corruptos. No hará falta que vayamos a Houston. Solo tienes que contarnos lo que ha ocurrido. ¿Vale?

Emelie resopló y miró enfadada a su amiga.

—Está bien.

Kate asintió para intentar suavizar el momento. No quería hacerle daño a su amiga, pero el protocolo policial era el que era y no podía saltárselo ni por Emelie ni por nadie.

Minutos después, una camilla del hospital más cercano se abrió paso entre los policías para aproximarse a Michael. Kate instó a Emelie a apartarse de su cuerpo, pues debían dejar que los sanitarios hicieran su trabajo. La joven no quería apartarse de él, pero cedió y miró las actuaciones desde unos metros atrás.

Escuchó que los médicos señalaron la gravedad de Michael y vio cómo se lo llevaban en la camilla sin que a ella le dieran la opción de despedirse, por lo que cuando fue consciente de que podría ser la última vez que lo viera con vida, no pudo evitar que sus piernas temblaran y cayera al suelo, derrotada.

EPÍLOGO



Tras haber contado todo lo que había sucedido en Brady desde que ella había aparecido, además de lo que sabía de Aarón Walker, Emelie se dirigió a toda prisa al hospital donde habían llevado a Michael. No había podido concentrarse del todo en la comisaría, pues su mente estaba todo el rato con él y sentía en su pecho una presión tan grande que necesitaba ir con él para sentirse a salvo de nuevo.

A pesar de la insistencia de Kate en que le contestara si estaba enamorada de él, no había respondido, sin embargo, sabía que la respuesta era afirmativa. Estaba enamorada de él desde mucho antes de dejar Brady siendo una niña, y a pesar del tiempo que había transcurrido hasta su vuelta, seguía enamorada de él. Michael era el único que había sabido ver en ella lo que era y su valía, independientemente de su físico. La aceptaba y respetaba, aunque desde su vuelta a Brady las cosas habían cambiado y Michael se había convertido en un gruñón, pero incluso así lo amaba. Sabía que su carácter era diferente debido a su situación con Walker, por lo que esperó que con su enemigo bajo tierra pudiera recuperar la forma de ser que siempre lo había caracterizado.

—Emelie —dijo una voz sorprendida a su lado.

La joven levantó la cabeza y miró hacia la camilla. Desde que había llegado al hospital se había sentado junto a la cama en el sillón negro que había preparado para los familiares y se había mantenido en completo silencio desde entonces sin tener el valor de mirarlo a la cara. Sin embargo, cuando escuchó su nombre como si fuera un susurro, se levantó casi de un salto y lo miró con ojos sorprendidos.

Tenía miedo de moverse y descubrir que todo era parte de un sueño y que Michael aún no había despertado, pero allí estaba, y era cierto. Había despertado y la estaba mirando con tanta intensidad que no pudo evitar mandar la orden a sus músculos para que se movieran y se lanzó sobre él para besarlo.

—¿Estás bien?

Michael sonrió de lado.

—Vaya... menuda sorpresa.

Emelie sonrió incómoda y se apartó. Recordó la pelea que habían mantenido la última vez que se habían visto a solas y pensó que su beso le había molestado a Michael.

—Lo siento —se disculpó—. No quería incomodarte.

—No lo has hecho —respondió el joven con voz ronca—. Solo me ha sorprendido que estuvieras preocupada por mí después de lo que te dije en mi rancho.

Emelie giró la cabeza y dirigió la mirada al suelo.

—Y a mí me sorprendió que fueras al bosque.

Michael sonrió apenado.

—No quería que estuvieras en peligro, por eso te dije todo eso.

—Lo sé —dijo Emelie—. Después de una semana en Houston me di cuenta. Por eso volví.

—Lo siento, Emelie. Siento haberte hecho daño, y siento todo lo que ha pasado por mi culpa. Si hubiera vendido la primera vez que Walker me contactó, nada de todo esto habría pasado.

—Eso ya da igual, Michael. Walker ha muerto y tú sigues conservando tu rancho.

El joven asintió y suspiró aliviado. Intentó incorporarse, pero un dolor agudo en el pecho le hizo desistir.

—No te muevas —dijo enseguida Emelie poniendo las manos sobre los hombros de Michael.

Al instante, el joven puso sus manos sobre las de Emelie y las mantuvo allí retenidas. Emelie lo miró a los ojos, estaban tan cerca que podía ver con claridad las diferentes tonalidades del iris de Michael.

Su corazón comenzó a latir con fuerza y sintió cómo su cuerpo comenzaba a subir de temperatura. Los segundos pasaron y los dedicaron exclusivamente a mirarse. No necesitaban decirse nada el uno al otro.

—Emelie...

—Michael...

Ambos sonrieron al ver que habían intentado hablar al mismo tiempo.

—Tú primero —dijo Emelie.

—Te pido disculpas de nuevo por todo el daño que te he hecho. Y quiero que sepas que nada de lo que dije era cierto, no lo sentía dentro de mí. Al

contrario, lo que te dije aquella noche antes de que te fueras era cierto. Te he amado desde la primera vez que te vi el primer año de colegio. Y nunca he dejado de hacerlo. Y si tú todavía me amas, me gustaría que pasáramos juntos el resto de nuestra vida.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —preguntó Emelie, sorprendida.

—Sí —fue su escueta respuesta.

Emelie sentía que su corazón se henchía de amor, por lo que sin decir nada le contestó con un simple movimiento de cabeza.

—¿Eso es un sí?

—Claro que sí, tonto —dijo la joven antes de abalanzarse sobre él y besarlo con pasión.

—¡Caramba! ¿Interrumpo vuestras asquerosas hormonas rositas volando por el ambiente?

La voz de Kate y aquel comentario típico en ella provocaron la carcajada de ambos. Emelie se separó de Michael y se giró hacia la puerta, lugar de donde procedía la voz. Su mejor amiga apareció con un ramo de rosas y las depositó en la mesa junto a la camilla de Michael y les dedicó una sonrisa.

—Me alegro de que estés bien. Si no, Emelie me lo habría echado en cara toda la vida.

—Gracias —dijo Michael—. Y gracias por todo lo que has hecho por nosotros.

Kate se encogió de hombros restándole importancia.

—Bueno, solo quería que Emelie se casara de una vez para quitármela de encima... —bromeó mientras lo miraba de arriba abajo—. Y ahora entiendo por qué quería ayudarte... Estás muy bueno.

Michael rio a carcajadas mientras Emelie se llevó las manos a la cara.

—¿Tienes algún hermano soltero?

Michael negó con la cabeza aún riendo.

—Vaya... Me tendré que conformar con Will.

—¿Tu compañero?

Kate asintió con una sonrisa pícaro.

—Es muy bueno... Y no me refiero como persona...

Cuatro meses después, Emelie salió a la puerta del rancho. Después de todo el verano había conseguido arreglar los desperfectos que había ocasionado el fuego provocado por Walker en el que casi pierde la vida y el rancho de sus

padres al fin había adquirido el esplendor de antaño.

Emelie sonreía ampliamente. El otoño se estaba aproximando y el tiempo había refrescado para alegría de todos después de un verano tremendamente seco y caluroso. En Brady las cosas habían cambiado por completo. Debido a la desaparición de Walker, las detenciones de sus secuaces y todos los que se habían sentido tentados por su dinero y eran corruptos todo había vuelto a ser como antes, como Emelie recordaba de su niñez, incluso el carácter de Michael se había suavizado y cambiado tanto que no parecía ser el mismo con el que se había encontrado después de tantos años.

Gracias a la ayuda de Emelie, Michael había logrado pagar todas las deudas que había contraído por culpa de Walker y ahora volvía a centrar su atención en su nuevo ganado y en los caballos que habían comprado un par de semanas antes y que ya se habían adaptado a su nuevo hogar.

Emelie amplió su sonrisa cuando las manos de Michael aparecieron tras ella y se fundieron en su cintura. La joven apoyó la espalda en el pecho del que iba a ser su marido y lanzó un largo suspiro.

—Ahora que tu rancho está arreglado, ¿querrás vivir aquí?

Emelie se encogió de hombros y escondió la cara en el cuello de Michael.

—Me da igual vivir en este o en el tuyo. Lo importante es estar juntos y tranquilos de una vez por todas. El lugar da igual porque ambos me traen buenos recuerdos.

Michael asintió y sonrió de forma cansada. Habían trabajado sin descanso durante todos esos meses y por fin podían recoger los frutos y descansar. Los juicios que había pendientes sobre el caso de Aarón Walker serían en un par de meses, pero sus conciencias estaban tranquilas, pues solo necesitaban ir a declarar y, según Kate, los tenían ganados, y seguramente les darían una buena suma de dinero por todas las molestias ocasionadas por el empresario desde que apareció en Brady.

Tan solo un mes después de todo lo sucedido en el granero del bosque, Michael y Emelie se comprometieron en una hermosa y romántica cena que Michael había preparado en el mejor restaurante de Houston, y a la que acudieron los mejores amigos de ambos. Habían decidido que la boda sería un año después, por lo que los preparativos aún no habían comenzado, pero Emelie ya había empezado a buscar el vestido de sus sueños.

Y ese día, en el que permanecían abrazados a la salida del rancho de Emelie, la joven pudo ver por fin que su vida tenía un futuro que siempre había

deseado. No había imaginado que ese futuro estaría en su pueblo natal, pero desde que era muy pequeña sí había imaginado que se casaba con él, con el hombre que le había enseñado tanto sobre los animales y la había empujado a estudiar medicina veterinaria, el hombre que la defendía en el colegio del niño que siempre intentaba quitar su bocadillo a los más pequeños... Y sin imaginarlo, ese niño se había convertido en el hombre más atractivo, caballeroso y protector que había conocido jamás.

—¿Crees que serás feliz en Brady o echarás de menos la ciudad?

Emelie sonrió. Aquella pregunta la había escuchado demasiadas veces en los últimos días.

—Siempre y cuando esté contigo, seré feliz donde sea.

Michael sonrió y al mismo tiempo apretó los brazos alrededor del cuerpo de la joven. Por fin sentía que su vida tenía sentido. Al fin su gran amor había regresado junto a él y en solo unos meses pasarían por el altar para sellar su amor ante todos.